

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Abarrategui: La cuneta. —
Juan Goytisolo: Actuali-
dad de Larra. — A. Sam-
blancat: La ciudad pala-
ciana. — Erich Frömm: —
Un manifiesto socialista. —
José Peirats: España bajo
el prisma económico. —
E. Armand: Dios, una hi-
pótesis. — Juan Ruiz: Ideas
sobre educación. — J. El-
balle: Invierno. — W. Mu-
ñoz: Thoreau y Hudson. —
Índice general de los diez
años de CENIT.

120

DICIEMBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Asintamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

No, no caemos en la tentación de hacer militarismo. Hemos sufrido mucho por culpa de los militares españoles para que, aunque no hubiera otros motivos, nos dejásemos tentar. Es cierto que el muchacho en el árbol, es un hombre armado, que, de cierta manera, va uniformado, que monta la guardia frente al enemigo. Mas no es la suya una actitud militarista. Militarismo quiere decir acción bélica por profesión y por imposición. Pero en ello no está comprendido el obrero, el campesino, el productor, que se ve obligado a dejar las herramientas de trabajo para oponerse a que el militarismo haga de él un esclavo.

El muchacho, miliciano, es un hijo del pueblo español que se opone a que los criminales de la Junta de Burgos, dignos de un Hitler, de un Himmler y de un Landrú, lleguen a Madrid. Estamos en 1936. Simboliza pues la resistencia al mal, la resistencia al oscurantismo, la resistencia a la criminalidad hecha ley y convertida en ciencia.

Quizás algún español reconozca en ésta su propia imagen. Que nos dispense. Nuestra intención no es la de ponerlo en evidencia, no es la de sacarlo del anonimato en el que, sin duda, trabaja, produce y... ¿quién sabe? lucha.

Lucha. Si. Porque, antimilitarista y todo, profundamente pacífico y pacifista por intuición y por formación, el pueblo español aun sabe que no es cumplir con su deber dejar que hienas y chacales en forma de hombres campeen por España reduciendo a los españoles a la triste condición de total servidumbre cual si se tratara de seres inferiores.

Y... que no es ser inferior lo demostró el año 1936.. y a demostrarlo otra vez se encamina.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Diciembre 1960

Nº 120

LA CUNETA

de ABARRATEGUI

La España del treintaiséis
se acaba de abrir las venas,
y ayudan a su agonía
largas zarpas extranjeras.
Es tiempo horrendo, de sangre,
de savia que cae en la tierra
con sabor de fratricidio:
se han erguido las tinieblas
con despóticos acentos
de azules camisas viejas.
En un luminoso pueblo
de Málaga, la muy bella,
la muerte irrumpe en las alas
de cóndores nací, fieras.
El pueblo, bombardeado,
sin gentes ni aliento queda,
y otro pueblo hospitalario,
parece estar a mil leguas
de quienes huyen buscando
una salvación incierta.
En éxodo extenuado,
que Dios, ausente, no vela,
las gentes pasan, cargadas
con sus bultos, con sus penas,
con esperanzas sin nombre
y desgarradas miserias.
Una familia, sin hombres,
sin saber a dónde rueda:
Mercedes la del Romero
ve en la tranquila cuneta
sitio propicio al descanso
de aquéllos que a andar se niegan.
Con Mercedes va la Elvira,
su cuñada, y con ellas,
Paquita, Antonio y Eulalia,
otro que al pecho se aferra
y que son los cuatro hijos
de Juan Romero Contreras.

MERCEDES

*(Haciendo alto con su gente,
que buen descanso desean).*

¡Aquí nos quedamos, vaya,
que sea lo que Dios quiera,
que él nos proteja si quiere
y a mí que me dé más fuerzas!

ELVIRA

Dí que sí, que ya está una
rota por dentro y por fuera.

PAQUITA

Yo quiero dormir, mamá,
hasta la muerte, en la hierba.

ANTONIO

Si nos paramos, vendrán
a matarnos.

EULALIA

Que vengan,
que voy a sacarles los ojos
con estas uñas tan negras.

MERCEDES

¡Niños, dios mío, a callar
y a na salir de mí vera!
No miréis al horizonte,
ni preguntéis cuánto queda,
ni lloréis porque yo os doy,
en vez de pan, tanta pena.
Mirad al cielo en silencio
y el gesto con que la hierba
despunta para encontraros
sabor negro, de miseria...
Cantad coplas en voz baja.
Mordedle el gusto a la tierra
y así olvidaréis que sois
prisión de sangre y tristeza.

*(Al pequeñín que en sus brazos,
toma, encantado, la teta):*

Y tú embrión de mi vida,
capullito de quimeras:
bébete el amor a sorbos,
si amor en mis senos queda.
Hacedle caso al silencio
que dice cosas perfectas.

*(Contemplando el interior
de su infinita cansera):*

Yo soy de humo y dolor.
Yo soy rueda que no rueda.
Yo soy badajo que tañe
en campana que no suena.

ELVIRA

Debes dejar de pensar
qué has tenido y qué te queda.
Piensa sólo que, en tus manos,
el niño tu vida espera.

MERCEDES

¿Qué vida podrá mamar
el tallo en la rama seca?

*(Los niños, con dulce olvido,
se entretienen con la hierba).*

ELVIRA

La vida busca la vida
donde la vida la acecha,
y tú tienes, no lo dudes,
oculta fuente, de cepa,
que enjuta, fría y estéril
lo es tan sólo en apariencia.

PAQUITA

Si yo pudiera coser
estas hojitas con seda,
un manto haría ahora mismo
para vestir mi muñeca.

EULALIA

¿Tu muñeca? No seas tonta,
bien sabes que allí está muerta,
con el botijo, el quinqué,
el espejo y la peineta.
Cuando las bombas rompieron
el cielo de la ribera,
rotos pedazos de cielo
cayeron en la plazuela.
Y en el ruido que hicieron
se murieron, ¿no te acuerdas?
Todas las cosas que sabes
y otras más que nadie viera.

ANTONIO

Yo estaba entonces haciendo
la cola de mi cometa.

PAQUITA

Pues yo jugaba a la comba
con Milagros y Teresa.

EULALIA

Yo hacía una comidita
de arroz con leche y hojuelas.

ANTONIO

¿Ya no podremos jugar
a piratas y princesas?

EULALIA

¿Ya no podremos vestirnos
con las ropas de la abuela?

PAQUITA

Si yo pudiera coser
con estos tallos la hierba,
¡qué hermosa mortaja haría
para mi pobre muñeca!

*(Las mujeres descansan
en silencio y luego llegan
dos ancianos campesinos
que, allí, apartados se sientan).*

ANSELMO

La carretera es un ogro.
Ya no puedo ir más por ella:
Tengo mordidos los pies,
mi cuerpo, sin base queda.
¿Quién va a sostener la llama
de mi cabito de vela?

AMANCIA

Larga serpiente de polvo
que nos devora por fuera...
Que la transiten los niños,
que tienen brio en las piernas.
Que la corren los que tienen
en lugar de carne, piedra.

ANSELMO

Nosotros somos dos ríos
que antes del mar ya se secan.

(Sacan mendrugos de pan de una menguada talega, y comen difícilmente lo que difícil se encuentra).

MERCEDES

Mira esos viejos: ¡con pan!
Y a nosotras, ¿qué nos queda?

ELVIRA

El campo y el cielo entero.
Y tenemos en la cesta
por lo menos dos membrillos
y un buen puñado de almendras.

MERCEDES

Que se las coman los niños

ELVIRA

Ellos prefieren saber
que hay algo como reserva,
y no quieren ver vacía
esa preciosa despensa.
Ya sabes que la ilusión,
más que el pan los alimenta.
Déjalos jugar ahora
con sus juguetes de hierba.

*(Callado grupo de gentes,
pasa por la carretera).*

¡Eh, buena gente!

UNA MUJER

¿Qué quiere
la pobre luna en el alba?

ELVIRA

Saber si han visto a un zagal
que tiene los ojos malva,
con chaquetilla ceniza
y pantalones de pana.
Un zagalón que parece
batirle al cielo las palmas,
con una sonrisa aguda
como punta de navaja;
que luce andares de hombre
templado en la sierra brava
y un gusto de trigo tierno
en su tranquila palabra.

ESA MUJER

El zagal a quien tú buscas
era un hijo de mi entraña.
Se me lo llevó la guerra
sin preguntarme a mí nada
y yo me quedé como un río
al que le quitan el agua.
No preguntes por los mozos
en estas horas tan malas.
Es mejor mirar si hay luna
en los dobleces del alma.

MERCEDES

¿Qué cosas tienes, Elvira!
Siéntate a mi lado y calla.
Deja la gente que pase
tranquila hacia su esperaanza,
que no hay nadie que no busque
un gran amor que les falta.
Quédate a mi lado y duérme.
Mira al cielo, cómo pasa,
parece un río sin cauce
que todo el campo acapara.
¿Y en el aire no ves tú
una canción sin palabras
de amores claros y nuevos?

ELVIRA

Oigo tan sólo mi alma,
mi alma, que perseguida
por un viento sin entrañas,
no sabe dónde esconderse
el plumaje de sus alas.

*(Vuelve cerca de Mercedes
y se sienta, resignada.
Por ver comer a los viejos
los tres niños se levantan).*

ANSELMO

Ya hay cuervos sobre mi frente
esperando las migajas.

MERCEDES

¡Niños, aquí!

PAQUITA

Deja, madre,
que miremos otras caras.

AMANCIA

¿Qué gusto habréis de pasar
al vernos comer, con rabia,
este pan que no podemos
masticar?

EULALIA

¡Vaya una gracia!
Si ustedes quieren, señoras,
nosotros de buenas ganas,
masticaremos su pan
porque dientes no nos faltan.

ANTONIO

De dos bocados yo puedo
comerme la luna blanca.

MERCEDES

¡Niños, ahora mismo, aquí,
a dormir un rato, vaya!

*(A los ancianos les dice
con la sonrisa velada:)*

No hagan caso a mis perrillos.
Que les aproveche. Gracias.
Ustedes lo necesitan,
porque el camino que falta
es tan largo...

ELVIRA

Y, además,
los niños no sienten nada.

*(Los niños van a sentarse
esta vez junto a las faldas
de Mercedes, que suspira.
Elvira, muy quedo, canta:)*

«Clavelito de mi tiesto,
tiesto blanco en mi balcón,
balcón que asomas al aire,
aire de mi corazón.
Corazón rico de sombras,
sombras sin ton y sin son,
son amores que yo tengo
en mi clavel de ilusión.
Clavelito de mi tarde,
tarde perfecta de amor,
amor que llama a la puerta,
puerta de mi corredor.
Corredor, corredor mío,
mío es el tierno dolor,
dolor que yo sola tengo
en un tiestecito hecho flor.

*(Pasa por la carretera
HOMBRE seguido de gentes,
que al mirar a la cuneta
y ver los que se detienen,
los anima, con cariño,
a proseguir, si es que pueden).*

HOMBRE

No es tiempo de darle al cuerpo
descanso que no agradece
¿No saben que el enemigo
muy cerca de aquí ya viene?
Unanse, pues, a nosotros.
Tenemos panes y arenques,
fruta seca, vino blanco

y algunos bollos de aceite.
Vénganse y corramos todos
unidos, la misma suerte.

ELVIRA

¿Por dónde está el enemigo?

HOMBRE

Haciéndole al río un puente
para que pasen los tanques
como tortugas de muerte.

ELVIRA

¡Ay, río, donde lavaba
mis enaguas y sostenes,
con qué frío, entre las piedras,
preguntarás muchas veces
por las tiernas manos limpias
que tú nos besabas siempre!
Y el enemigo ¿qué hará
cuando al pueblo roto llegue?

HOMBRE

Plantará banderas tintas
en joven sangre caliente.

ELVIRA

El enemigo es un loco
que se bebe nuestro amor
y nuestro llanto se bebe.

MERCEDES

Es una loca manada
de mozos bien que se quieren.

HOMBRE

Vénganse todos, deprisa,
y que descansen, si pueden,
quienes dan sus manos frías
a una fría luz de muerte.

MERCEDES

Id vosotros, id corriendo
como pájaros o liebres
que arrancados de sus vidas
aún huyen de los lebreles.
Prefiero aquí, meditando,
saber que el aire se pierde
con dolor tranquilo y dulce
cuando las bombas acierten.
Y qué contenta he de estar
cuando muerta, yo me quede
sabiendo que nunca más
habré de correr la suerte.
Y a vosotros no os veré
sangrando a mis pies inertes,
como sombríos dolores
que a mis caricias se vuelven.
*(Y todos corren, no obstante,
siguiendo al hombre que muere
arenas esperanzadas
en una hora inclemente.
El éxodo del espanto
avanza con pies inertes.
El aire tiembla, sombrío.
La existencia palidece:
con un estertor siniestro
que despunta el campo verde,
por el norte puntiagudo
un avión aparece
y va sembrando metralla
sobre el rastro de las gentes.
El cielo escupe una bomba,
con sarcasmo, indiferente,
y la vacía cuneta,
que reanimó a las mujeres,
que a los viejos dió descanso
y a los niños sus juguetes,
por pura gracia fascista
en infierno se convierte).*
Francia, 1959 y 60.

VOCES DE ESPAÑA

Escribir en Madrid es llorar, es buscar una voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta.

J. G

Actualidad de Larra

por Juan GOYTISOLO

CUATRO lustros después de la guerra civil, un análisis objetivo de la situación intelectual de España, reservaría a algunos ensayistas y críticos un tanto alejados de las realidades del país, infinidad de sorpresas. Una de ellas — y no la menor, sin duda —, sería comprobar la creciente influencia de Larra sobre la nueva generación. A los ciento veintitrés años de su suicidio, Mariano José de Larra aparece, en efecto, en nuestra panorámica cultural, como el autor español más vivo, más entrañablemente actual de la hora presente. Mientras Ortega y los escritores de la generación del Noventa y Ocho — con la única excepción de Machado y, hasta cierto punto de Baroja —, son objeto de revisión y de crítica por parte de los jóvenes, su prestigio, por el contrario, aumenta de día en día y, de nuevo, son muchos quienes ven en él un precursor de los tiempos futuros y lo elevan a la categoría de un auténtico director de conciencia.

A decir verdad, el fenómeno no es de ahora. Postergado durante más de medio siglo, Larra suscitó, hace ya varias décadas, el entusiasmo de la, entonces, naciente generación del Noventa y Ocho. Hombres tales como Azorín, Unamuno y otros muchos, se sirvieron de «Figaro» como emblema y símbolo de su oposición a la vez literaria que política, a los responsables de nuestra decadencia; pero, una ojeada sucinta a sus escritos — salvando, tal vez, las obras primeras de Unamuno y ciertos pasajes de Ganivet y Joaquín Costa — nos autorizan a afirmar que su devoción por el patriotismo eminentemente progresivo y reformador de Larra fué puramente personal, y no se traslució, o se traslució débilmente, en sus creaciones. Ahora, con la perspectiva de que disponemos, resulta bien claro que, en tanto que Larra anduvo por encima de su época — hasta el extremo de actuar como avanzadilla de la misma —, los escritores del Noventa y Ocho que se vendieron por continuadores de su obra no estuvieron — en su conjunto — a la altura de la suya. Les faltó la fe, les faltó el penetrante diagnóstico de los males de España y sus remedios posibles, que constituyen — al cabo de más de un siglo —, la fuerza actual de los ensayos de Larra.

Pues si el autor de «Día de difuntos de 1836», desem-

peña papel tan primordial en la vida intelectual española — y está llamado a representar uno aún mayor, sin duda, en los próximos años — ello se debe, no sólo a la agudeza e inteligencia de su misión; obedece asimismo, a causas intrínsecas a su propia obra que, antes de seguir adelante, conviene dejar bien sentadas: sus artículos nos resultan más actuales que todo lo que, por el instante, aparece en España, por la sencilla razón de que la sociedad que fustigan continúa siendo la misma en 1960 que en 1836, cuando menos, en sus líneas generales. «Siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España — había escrito — suelo dirigirme mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: «Hombre, por usted no pasan días». Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días, bien es verdad que por ella no pasa nada; ella es, por el contrario, la que pasa por todo» (1). Doblemente actual por tal motivo en época tan pobre de plumas y espíritus satíricos como la nuestra, la obra de Larra viene a colmar un hueco, al tiempo que sirve de estímulo y de guía.

«Figaro» vivió veintiocho años de esa historia española del siglo XIX, que Pierre Vilar ha calificado como «un encadenamiento de intrigas, comedias y dramas». Nacido en plena guerra de Independencia — su padre era médico militar de José Bonaparte, y emigró tras él a raíz de la derrota de los franceses —, tenía escasamente tres años cuando las Cortes reunidas en Cádiz redactan la Constitución de 1812, verdadera Carta Magna de la democracia española. La inmensa obra legislativa gaditana — elaborada por los viejos políticos del despotismo ilustrado — fué, por desgracia, de corta duración. Al entrar en Madrid, Fernando VII disuelve las Cortes con el apoyo del ejército y, desde 1814, reina con una camarilla de cortesanos, mientras las colonias americanas se rebelan y la resucitada Inquisición persigue a los liberales. En 1820 Riego subleva el cuerpo expedicionario que debía embarcar para América y proclama la Constitución de 1812. El rey, atemorizado, publica el célebre manifiesto «Marcharemos francamente y yo el primero, por la senda constitucional». Es el trienio liberal (1820-1823), durante el que se establece la libertad de imprenta, y se decide la supresión de los jesuitas y

el cierre de los conventos pertenecientes a órdenes monacales. Pero alarmados por el giro de los acontecimientos, los monarcas de la Santa Alianza resuelven intervenir en España, y envían al duque de Angulema al frente de los Cien Mil Hijos de San Luis.

RESTABLECIDO en sus prerrogativas de rey absoluto, Fernando VII abre la «ominosa década» de represión contra los liberales, que inaugura los periodos de terror que, en lo sucesivo, se abatirán ciclicamente sobre el país y que — junto con el exilio de los intelectuales y minorías cultas —, constituye uno de los trazos más característicos de la Historia Contemporánea de España. Riego, Lacy, Porlier, el Empecinado, son «judicialmente asesinados» (2), como dirá Larra, durante el Ministerio de Calomarde, cuyo Gobierno, según definición del propio Larra, «fue el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las Universidades, y abrió, en cambio, una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema» (3).

Cuando en 1830 estalla la revolución en París, los liberales refugiados en Francia desde el año catorce o el veintitrés, organizan una tentativa desesperada de invasión, que recuerda, en muchos aspectos a la que debía intentar el «maquis» republicano ciento quince años más tarde; el gobierno francés, después de haberles alentado y facilitado fondos, los abandonó a su suerte, comodebía hacerlo aún en 1945. «Esta página de la vida de M. Guizot — ha escrito Larra —, será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado a lavar el error de 1832, y proclamarse hermano de los liberales de España» (4). Entretanto, el nacimiento de una heredera de Fernando VII, hija de su tercera esposa, María Cristina, divide al país en dos bandos: el de los moderados, defensores de los derechos de la futura Isabel II, y el de los apostólicos, partidarios del hermano del rey, don Carlos, que invocan la «ley Sálica». La corte es un semillero de conspiraciones e intrigas. Al fallecer el rey en 1833, María Cristina gobierna como Regente, en nombre de Isabel II. Poco después comienza la guerra civil — la primera de las que, en lo futuro, van a ensangrentar España: los defensores del absolutismo se niegan a reconocer a Isabel y don Carlos se pone al frente de los facciosos de Valencia, Navarra, Vascongadas y Cataluña. Por esta época, poco más o menos, Larra inicia su colaboración en los periódicos. Comentando el sistema de Platón, que enseñaba a callar a sus discípulos durante cinco años de pasar a materias más hondas, resumirá la «ominosa década» al escribir: «de cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón que, hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33, inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales no sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, a saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás, y perdonemos el filósofo griego la comparación» (5).

La rebelión carlista obligó a María Cristina a buscar el apoyo de los liberales. El Ministerio Cea dimite y

con Martínez de la Rosa, reaparecen en la escena política los hombres de 1812 y 1820. En la prensa, Larra, defiende con su pluma una política avanzada: «España, a pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática» (6).

«Fuera de él (el dogma de la soberanía popular) no puede haber sino monopolio y violencia» (7). La actitud tibia de Martínez de la Rosa y de su sucesor Toreno, le decepcionan profundamente. Los facciosos campean a sus anchas por el Norte, y el descontento popular estalla y provoca — como en 1808, 1931 y 1936 — la quema de conventos. Los hombres de 1812 son incapaces de resolver los problemas de 1835. Se han plantado veinte años antes, para ellos tampoco pasan días. Larra les reprocha su falta de empuje, de fe en la democracia y el progreso, su incompreensión de las nuevas doctrinas sociales. La explosión popular contra los frailes le parece una advertencia grave, que quienes rigen los destinos de España deben escuchar, antes de reprimirla ciegamente: «España va a dar el gran paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir; está en el momento crítico de la transición que pudiera ser tanto más brusca, cuanto ha sido más deseada y demorada...» (8).

«Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo» (9). Toreno cae como había caído Martínez de la Rosa y con el Ministerio de Mendizábal, la revolución parece triunfar por un instante. Mendizábal desamortiza, en efecto, los bienes del clero, pero el producto de la venta, en lugar de aprovechar a la nación enriquece sólo a un puñado de especuladores. La fracción carlista se extiende y el gobierno mantiene en vigencia el anacrónico estatuto de Martínez de la Rosa. Mendizábal se ve forzado a dimitir y le sustituye Istúriz. La confusión crece de día en día. La Regente convoca elecciones y Larra, que hace sus primeras armas en la política, sale diputado por Avila. Casi al mismo tiempo, un grupo de suboficiales se amotina en La Granja e impone a María Cristina la Constitución de 1812. Calatrava reemplaza a Istúriz y, amargado por su frustrada experiencia, Larra se refugia, de nuevo, en el periodismo. Los artículos de esta época — los mejores que nunca escribió, sin duda — rebosan angustia y desengaño. La melancolía de Larra — una de «aquellas melancolías de que sólo un liberal español, en estas circunstancias, puede formar una idea aproximada» (10), según el mismo describió — debía agravarse meses más tarde con un contratiempo amoroso. El trece de febrero de 1837: mientras los facciosos de Gómez y Cabrera proliferan por Castilla y el Maestrazgo, Larra se suicida.

El breve resumen histórico que acabamos de trazar, muestra sin lugar a dudas, que «Figaro» fue, ante todo, un hombre de su siglo, preocupado por los problemas de su país y el destino de sus compatriotas. Ello permite distinguirlo, de entrada, de aquella categoría de escritores «intemporales», que se dirigen al hombre «eterno», al hombre «inmutable», desvinculado del tiempo y de la sociedad en que vive. En la literatura española, como en la de los restantes países, tal concepción del hombre ha existido paralelamente a la de los escritores comprometidos con la realidad de su época y, desde Santa Teresa a Calderón, desde San Juan de la Cruz a Unamuno, ha dado numerosas obras en don-

de la espiritualidad de sus autores alcanza perfecta expresión verbal. En estos escritores los problemas subjetivos anulan completamente la visión del universo que los rodea. Para Unamuno, por ejemplo, la realidad 'necesaria' de la existencia humana es la soledad; despojado de sus coordenadas «aquí» y «ahora», horror de pasado como de porvenir, el hombre es un ser eternamente condenado a la angustia. Así, los personajes de sus novelas existen con independencia de la sociedad en que les ha tocado vivir. Las esencias intemporales, sirven de pretexto a su autor para exponer su concepción atormentada del mundo, *que sustituye al universo real*. Con gran acierto, uno de nuestros ensayistas jóvenes, analiza recientemente la reacción de don Miguel, ante el yermo castellano: la miseria de los demás no despertaba en él otro eco que su emoción mística, que le llevaba a considerar la desnudez del paisaje algo así como una emanación de su religiosidad personal. Y Francisco Fernández Santos concluía: la visión de Unamuno es la visión de un hombre egocéntrico, *carente de solidaridad*.

Larra se sitúa exactamente en la línea opuesta — la del Lazarillo y Quevedo, Moratin y Cervantes —, cuya imagen del hombre es siempre concreta, situada dentro de una perspectiva histórica, ligada de modo orgánico e indisoluble al medio social en que se desenvuelve. Español del siglo XIX, Larra se dirige siempre a sus compatriotas: la realidad de España no le gusta y la describe crudamente, para transformarla: «no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que lo concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia... enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como «debe ser», sino «como es», para conocerle...» (11), pues escribe en otra ocasión, «uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es» (12). Como veremos más tarde, Larra vivió en su propia carne la sensación de angustia y soledad que forma la esencia de la obra de Unamuno, pero nunca se entregó a ella con regusto; luchó y sucumbió tras un duro combate, excesivo para sus fuerzas. La desesperación de Larra no es fruto de la soledad radical del hombre, como en don Miguel; es el resultado de una serie de circunstancias históricas, sociales y de carácter que, en un momento dado, se conjugaron de tal modo, que no halló otra escapatoria que la muerte.

Escritor de «aquí y de ahora» y, como tal, decidido a hacer oír su voz a sus compatriotas, Larra se plantea en términos que hoy calificaría de sartrianos, el problema del público: «¿Quién es el público y dónde se le encuentra?» (13). Su conclusión anticipa la que, un siglo más tarde, enunciará Sartre: «No existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; cada clase de la sociedad tiene su público particular» (14). En un brillante análisis de la literatura española, Larra sitúa al escritor, examina su responsabilidad respecto a la sociedad y sienta los fundamentos de una moral que el realismo desenvolverá más tarde. Su crítica de los místicos y teólogos del Siglo de Oro es significativa a este propósito: «Escritores cosmopolitas, filósofos universales — dice — habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres» (15). Frente a ellos, Larra defiende a los escritores que

se dirigían «no ya al hombre en general, como anteriormente se lo habían dejado otros escrito..., sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban» (16).

Así, históricamente situado, el escritor se debe a su sociedad, a su tiempo. En tanto que otros autores del momento buscan fuera la inspiración que no encuentran en su país y pretenden trasplantar al suelo español la problemática de la sociedad francesa o británica, Larra reacciona con violencia: la crítica de una sociedad más evolucionada que la española, dice en síntesis, no sólo carece de sentido en España; resulta, además, extremadamente perjudicial. Es «enseñar a un hombre un cadáver para animarlo a vivir» (17), incitándolo a renunciar al viaje antes de llegar a término, inclinarle a abandonar la esperanza. Cada sociedad se halla en un estadio de evolución diferente y lo que es válido en una no sirve para las restantes.

ESCRITOR español dirigiéndose a un público español, Larra debía tropezar en el desempeño de su cometido con numerosos obstáculos. El primero de ellos — y más importante — era la existencia de esa institución de tan sólido arraigo en nuestro suelo, llamada *censura*. El patriotismo de Larra le llevaba a decir, a menudo, verdades amargas, que no debían encontrar buena acogida, imaginamos, en los despachos de los censores. En épocas de opresión, el criterio moral del escritor ha consistido siempre en, *si no escribir todo lo que piensa, por lo menos no escribir aquello que no piensan*. Larra fustigó con dureza a cuantos traicionando su misión, ponían la pluma al servicio de quienes oprimían: «¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe ni el que las lee?» (18), pregunta.

El escritor que ha tomado la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos (debe insistir y remitir a la censura tres artículos nuevos por cada uno que le prohíban... debe apelar, debe protestar... sufrir, en fin, la persecución, la cárcel, el patíbulo, si es preciso)» (19)

«Algún día — dice publicando los artículos prohibidos, cubriremos de ignominia a nuestros opresores y les enseñaremos a apreciar en su justo valor un mezquino sueldo cuando se halla en contraposición con el honor y el bienestar del país» (20).

Basta una rápida ojeada por sus escritos para encontrar efectivamente, una serie de frases, tales como «por causas que no es de nuestra inspección examinar», «por la naturaleza de las cosas que nos rodean» o «dejemos, por consiguiente, este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros» que andando los años, han llegado a ser clásicas. Pero Larra no se detiene ahí. Un examen lúcido de la situación política de España le lleva a perfilar una serie de hechos que, ensayistas de la talla de Brecht, descubrirán, por su cuenta, más tarde:

«Toda la represión del gobierno más despótico, no basta a contrarrestar la fuerza de la opinión; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos» (21). Larra no se limita, pues, a capear, como puede, la censura, sino que se vale de su propia experiencia y le da una formulación teórica, con el propó-

sito de ilustrar, como hizo Brecht, a sus colegas, respecto de las distintas maneras de burlarla: «Generos enteros de la literatura han debido a la tiranía y a la dificultad de expresar los escritos sus pensamientos irracionalmente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido... La lucna que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece a éste ocasiones sin fin de renir la ley, y eludiría ingeniosamente» (22).

Toda la obra de Larra parece una viva ilustración del célebre ensayo de Brecht, «Las cinco dificultades para quien escribe la verdad». Obligado a jugar con la censura, «Figaro» maneja de modo insuperable la ironía y demuestra conocer a fondo la astucia de Shakespeare cuando, en el discurso de Antonio ante los restos mortales de César, afirma sin cesar la respetabilidad de Bruto, pero describe su crimen y da de él una imagen mucho más sobrecogedora que la del criminal. Así, cuando escribe: «En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le da la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos y nosotros, leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones... debemos aprender algo en él y no seguir las huellas de los países demasiado libres porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan...» (23), o eleva la voz para criticar a «esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno... esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta», (24), su defensa de la policía política o su elogio de la sumisión difícilmente convencerán a nadie. Como diría Brecht, «Figaro» condena la libertad y el espíritu crítico, pero los condena mal...

La ironía de Larra — burlona a trechos y, a trechos amarga — es siempre extraordinariamente personal. Sus cuadros de costumbres, llenos de flechas emponzoñadas contra el patriotismo de los «castellanos viejos» o la cerrazón de los facciosos partidarios de don Carlos, figuran, por derecho propio, entre las obras más importantes de nuestra literatura. Conocidas son su irónica enumeración de las cualidades morales del periodista («ha de pinchar como el espinoso y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de volver la cara al astro que más calienta, como el girasol») (25) o su protesta contra quienes afirmaban que en España no había libertad («con tal de que no hable en mis escritos ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente») (26). Buscaríamos otros ejemplos y llenaríamos todo un volumen.

Durante su corta existencia Larra llevó a cabo una ingente obra de desmistificación que, por desgracia, no ha tenido seguidores de talla. Antes que nadie, él supo restituir su verdadero valor a los hombres, como a los hechos o las palabras (véase a este respecto el admirable ensayo titulado «Por ahora»). En una época en que

el divorcio entre la minoría ilustrada y el pueblo era poco menos que completo, Larra se esforzó en promover una cultura nacional auténticamente popular; en una época en que la literatura nos venía importada de fuera, realizó una severa crítica de la tradición, buscando en ella los caminos de nuestra supervivencia y continuidad. «Quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España, escribía; quisiéramos sólo que pudiera llegar un día a ocupar un rango suyo, conquistado, nacional, en la literatura europea» (27).

Escritor de «aquí y de ahora», Larra no fué el autor incrédulo y cínico que sus enemigos se han esforzado en forjar. Su fe en el hombre debía llevarle, por el contrario, a considerar, como muchos de nosotros, la lucha política como el auténtico campo de aplicación de la moral. Larra no profesó nunca la concepción fatalista y catastrófica que divulgaron luego los discípulos de Spengler, pese a que, con una visión penetrante de la Historia, había pronosticado que «la Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada a perecer con ella y a ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto a un mundo nuevo» (28). «Las sociedades no perecen para siempre como los individuos, había escrito, sino que mueren para renacer, o por mejor decir, nunca mueren si no aparentemente, marchan constantemente a su fin, a la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son solo, en nuestro entender, sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar a la existencia inmediata... Para aquéllos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía...» (29). Su fe se manifiesta de modo inequívoco a lo largo de su obra y cuaja en multitud de fórmulas rigurosas que merecían análisis más detallado que el de las proporciones del presente estudio nos permite aquí. Contentémonos con decir que Larra profesa un concepto útil y progresivo de la obra literaria. Para él — y es una definición que harán suya los filósofos de la praxis —, «la literatura es la expresión del progreso de un pueblo» (30).

Larra cree en la transformación de la sociedad y, al estudiar la vida española, llega a la conclusión de que será necesario hacer tabla rasa de todo lo que existe, para comenzar a cero. «Nada nos queda nuestro — escribe — si no el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente tropezamos en nuestra marcha a dondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas si puede haber ruinas que hagan honor a un pueblo» (31).

Larra rozaba aquí el problema que hace ya algún tiempo, me expuso una amiga extranjera, a su regreso de un viaje a España; problema que continúa todavía en el aire y que la España nueva tendrá que resolver un día u otro; ¿es posible transformar la sociedad, sin modificar, al mismo tiempo, las «virtudes» características del pueblo? Mi amiga temía, a lo que parece, por el futuro del «alma» popular. A juzgar por sus palabras el pueblo de su país había perdido la suya y era muy consolador para ella poder viajar por España. Si

no ando trascordado creo que le repuse que los españoles pagábamos muy caro este consuelo. Como los griegos — debía añadir —, corremos el riesgo de acomodarnos a nuestra pobreza presente y, halagados por el elogio de quienes se extasian insoportablemente, ante ello, hemos de resistir la tentación de adornarla. Puesto que pobres somos, debemos desear, por añadidura, ser ricos.

Si la belleza de la corrida supone un régimen de latifundio responsable de la miseria del bracero andaluz; si el brillo del sol sirve de justificación a nuestra pereza y nos incita a cruzarnos de brazos, en buena hora desaparezcán sol y toros

Dejemos a otros guardianes y cicerones el privilegio de vivir de sus ruinas y ocupémonos nosotros en trabajar por el mañana.

El Larra que escribía «esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura, nueva, expresión de la sociedad nueva que consumamos» (32) no ha de hacernos olvidar, no obstante, al autor de «Día de Difuntos de 1836» o de «Horas del invierno». El uno resultado inexplicable sin el otro. Hasta el momento hemos examinado la ideología de «Figaro» sin detenernos a considerar, sino de paso, la sociedad que le rodeaba. Lo haremos ahora y ello nos aclarará de un modo harto elocuente las razones de su pesimismo.

Los jóvenes estamos particularmente bien situados para imaginar, sin esfuerzo, la realidad que conoció Larra. A lo largo de la Historia pocas sociedades han manifestado, en efecto, mayor intolerancia que la nuestra respecto a los intelectuales. Desde hace siglos, los vemos, por etapas, a la ventura de los vaivenes políticos, condenados a callar o a emigrar, privados a veces de patria, a veces de libertad y, casi siempre, de la posibilidad de ejercer con dignidad su magisterio. El abismo existente entre lo vivo y lo pintado, el alma y la fachada, lo real y lo oficial, es tan vertiginoso que, un domingo cualquiera por la mañana en la calle o en la plaza de toros por la tarde, el intelectual llega a dudar de sus sentidos. ¿Cuál es la realidad? ¿La que le dicen? ¿La que ve? ¿La que sueña, al escribir, en voz alta? Y España le parece entonces — a través del silencio de la multitud que duerme caminando y a la vista de la sangre se encrespa y grita — una alucinación, un espejismo de borracho, un mal sueño que se prolonga, una pesadilla que no cesa. Es preciso tener los nervios sólidos, el corazón fuerte, la fe inquebrantable, para no ceder a la tentación monstruosa. El problema que se plantea a un intelectual español dotado de sensibilidad social como Larra es, pura y simplemente, el de no enloquecer. Un día habrá de estudiar bajo este aspecto la vida de algunos de nuestros hombres ilustres y descubriremos que muchos gestos, en apariencia inexplicables, resultan claros en cuanto los consideramos como reacciones de defensa o abandono frente a la invasión de la locura.

El contraste brutal entre la España en que sueña Larra y la caricatura que ve debía provocar un desequilibrio. Naturalmente inclinado al pesimismo, «Figaro» desliza de modo progresivo hacia la desesperación. El país no le escucha, vanamente predica en el desierto: «Escribir como escribimos en Madrid es tomar una apun-

tación, es escribir un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escriben uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan o son los despojados?» (33). Pero para España no pasan días y, como dice en 1929 Antonio Machado en una carta dirigida a Unamuno, «las gentes parecen satisfechas de haber nacido. Nadie piensa en el mañana» (34). Larra lucha contra la angustia que le invade y la coiera con que reacciona nos vale las estremecedoras páginas de su paseo por Madrid el «Día de Difuntos de 1836». «¿Dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro?... El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nido de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo... Necios, decía a los transeúntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos, por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miráos, insensatos, a vosotros mismos y en vuestras frentes veréis vuestro propio epitafio!» (35). Larra clama, pero es un cadáver también: «Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón... También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos... ¡Aquí yace la esperanza! ¡Silencio, silencio!» (36). Tres meses después de haber escrito estas líneas, Larra se suicida.

Han transcurrido desde entonces ciento treinta y siete años, y las palabras de Larra vibran aún en nuestros oídos, despiertan evocaciones y, paradójicamente, abren camino al futuro y a la esperanza. Alguien dijo que llamamos utopía a todo aquello que no deseamos con suficiente fuerza para obtenerlo. Deseémoslo, pues, aunque, por el momento parezca imposible, ya que, para que sea posible un día, debemos prepararlo antes, cuando todavía es utópico. Relevemos a Larra en su deseo de ver una España mejor y si, como escribió un día, «nos está reservado caer gloriosamente en la lucha, caigamos con valor y resignación desempeñando la alta misión a que somos llamados» (37).

Barcelona, 1960

(1) «Ventajas de las cosas a medio hacer». Artículos completos. Ed. Aguilar, 1944, pág. 251.

(2) «La Policía», A. C., pág. 251.

(3) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 918.

(4) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 913.

(5) «El Siglo en Blanco», A. C., pág. 863.

(6) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 938.

(7) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 912.

(8) «Conventos españoles», A. C., pág. 1.085.

(9) «Dios nos asista», A. C., pág. 1.045.

(10) «Día de Difuntos de 1836», A. C., pág. 1.061.

(11) «Literatura», A. C., pág. 752.

(12) «Panorama matritense», A. C., pág. 756.

(13) «¿Quién es el Público y dónde se encuentra?», A. C., pág. 42.

(14) — Idem —, Pág. 48.

(15) «Panorama matritense», A. C. pág. 753.

(16) — Idem —, Pág. 754.

La ciudad palaciana

EL barón Alejandro de Humboldt, en el reporte de una excursión cinegética, que hizo por aquí, para ver lo que cazaba o pescaba, llamó a la inmensa Tenochtitlán (México) la Ciudad de los Palacios. Cuando a un Herr Profesor de Tübinga lo convidan a comer, además de tragar y soplar como un tudesco, llega a extremos de lambisconería goethianos, sólo proporcionales a los restallidos de fusta con que cruza el rostro a los que tiene debajo de su bota prusiana.

En México no hay más palacios que en mi pueblo. En Graus son monumentales la chirona, dos conventos de lo que se hace morcilla, tres templos de Jerusalén, el Hay Unto, dos puentes romanos, un castillo moro y media docena de guaridas feudales: las de Altemir, Heredia, Bardaji, Sardo, Linés, Capucho y hasta la de un señor apodado Pentineta, no sé si por lo bien que pentinaba o peinaba a los muertos de hambre a quienes prestaba dos duros, para que le devolvieran cinco, y con las debidas garantías. El resto de los habitáculos son parideras. Y hay en el monte espeluncas, en que las alimañas echan al mundo sus crías con más comodidad que las mujeres. No añadiré más que la escuela está entre el cementerio y el matadero de la guardia civil. Vecinos más indeseables no puede tener una infancia, siempre amenazada de visiones fantasmales y de fusilamiento por un ojo o por dos.

En México acaparan las vitaminas y el ozono y sólo habitan bomboneras desde las que se ve risueña la vida, los mismos cucos que están dentro del queso de mi Graus. La inmensa mayoría de la población de New York y de México vive en inquilinatos, conventillos, vecindajes horribles, bombos block, etc., cuando no al raso o en la caseta de cañas y *croquant* y et *hortet* como un pañuelo, prometidos y ni siquiera dados por Maciá a sus electores. ¿Para darestamos, como no sea por el monóculo, de que en el párrafo anterior se habla!

Yo tengo mi madriguera, que hace el número 305 en un cuartel de estajantes, al que vine a dar con mis fichas de dominó, cuando me barrieron para estas latitudes. Pago 75 morelos (pesos) de renta al mes. Y con los servicios de desodoración e hidroeléctricos, viene a salirme la fiesta por cien libertadores. La mitad de las familias de México dudo que tengan esa brutalidad de ingreso cada 30 días. Y viviendas que a ese rédito ceda el casateniente, ya no las hay. Las más baratas son hoy de 200 ojos bovinos. Alquiler, que es el que corresponde al de 12 pesetas, que antes de la guerra del 14 se pagaba en Barcelona en el distrito de la inmortal Mme Petit. No abonando ese censo extorsional, se ha de ir uno a vivir en nuestro verde valle al campo, bajo un toldo de palmito.

Así se explica que la acrópolis metropolitana esté aquí investida de campamentos de nómadas y de ba-

rriqueños, descalzos todos y desnudos casi como Adán y Eva en el paraíso y que se alimentan de tunas (higos chumbos) y gusanos de maguey. Si entre nosotros no lloviera en la forma en que lo hace, a la intemperie no muy rigurosa de este clima se podría tirar. Pero, la temporada de lluvias (medio año) es catastrófica, para el que en el trópico no tiene donde guarecerse. En Europa llueve a lágrimas y a suspiros; a hilos, y cuando más, a látigos o a cántaras, jarreando. Aquí las nubes se escoñan de modo, que parece que te envían por la cabeza el riego a las plantas de los pies a talegos. Son masas mizas de agua, las que como ríos despenados del cielo se desploman. El insecto, a quien no cogen a cubierto esos diluvios, se friega.

Esto les ocurre a un centenar de familias, que se han construido una choza de tablas de ataúd y latas de petróleo amarillas en un solar contiguo a mis Ediciones y al que da una azotehuela de metro y medio de que disfruto. Desde este lindarajo mirador, contemplo algunos de los palacios, de que habla Humboldt. Las ratas en sus agujeros gozan de más confort que los chicos y las mujeres en el descampado y los mesones de mal abrigo, que historio.

Las lechigadas en esos tabernáculos duermen en un bolligón. Guisase ahí en hornillos carboneros o entre dos piedras al aire libre. Se vacía la vejiga y otros almacenes residuarios contra la pared, como Moisés, Jesús

y Mahoma y no sé si el barón de Holbach. Y apenas el operador ha dejado humeante el ramillete de día de su santo, gallinas y palomazas acuden a darse con él un banquete. Gatos, perros y cerdos se traban por los enganches ante chicos y chicas, como si estuvieran en Cíteres. Con cualquier motivo, se arma cada bailongo, que Dios sopla el pito. Entre cuerdas de tender ropa, sillas de tres patas, algún zapato muerto de risa, una escudilla abollada, una escoba sin mango, ruedas de bicicleta desaparejas, trozos de sarape fuera de uso y un cantante de chirimbolos y catáticos, los dios de danzantes se encolan como los sellos a las cartas para los viajes de ultramar.

Toda esta gente sin lecho y sin techo — o con cama chinchosa y techumbre de cartón alquitranado formando ondas sicalípticas — no se contenta con que el Arzobispo, los santos de la Corte Celestial y los jerarcas de la Revolución de don Venus, descansen sobre colchones Sommons. Esa Faraonia se toca la bandurria en la tripa pistonudamente, mientras la piara innúmero de hijos sin padre de Dios carecen hasta de un pedrusco en que reclinar la cabeza.

A. SAMBLANCAT

- (17) « *Anthony* », A. C., pág. 416.
- (18) « *Poesías de J. B. Alonso* », A. C., pág. 1.057.
- (19) « *El Ministerio Mendizábal* », A. C., pág. 1.057.
- (20) — *Idem* —, Pág. 458.
- (21) « *Panorama matritense* », A. C., pág. 759.
- (22) « *La Policía* », A. C. págs. 252-253.
- (23) « *Lo que no se Puede decir no se Debe Decir* », A. C., pág. 1.006.
- (24) « *Lo que Debe ser el Periodista* », A. C., pág. 871.
- (25) « *Un periódico nuevo* », A. C., pág. 707.
- (26) « *Literatura* », A. C., pág. 750.
- (27) « *Felipe II* », A. C., pág. 522.
- (28) « *De la Sátira y de los Sátiros* », A. C., pág. 739.
- (29) « *Literatura* », A. C., pág. 748.
- (30) « *Horas de Invierno* », A. C., pág. 719.
- (31) « *Literatura* », A. C., pág. 751.
- (32) « *Horas de Invierno* », A. C., págs. 722-723.
- (33) Antonio Machado: « *Los Complementarios* », página 187.
- (34) « *Día de Dijuntos de 1836* », A. C. pág. 1.063.
- (35) — *Idem* —, pág. 1.067.
- (36) « *El Ministerio Mendizábal* », A. C., pág. 1.060.

Un manifiesto socialista

por Erich FROMM

I

AL salir de la Edad Media, el hombre de occidente parecía en vías de realizar al fin sus sueños y fantasías más vehementes. Se liberó de la autoridad de una iglesia totalitaria, del peso del pensamiento tradicional, de las limitaciones geográficas de un mundo apenas explorado. Descubrió la naturaleza del individuo, y se dió cuenta de su propia fuerza, de su capacidad para convertirse en gobernante sobre la naturaleza y las circunstancias implantadas por el pasado. Se consideró capaz de lograr una síntesis entre su nuevo sentido de la fuerza y la razón, y los valores espirituales de su legado espiritual humanista; entre la idea profética del tiempo mesiánico de paz y justicia a que habría de llegar la humanidad en su proceso histórico, y las teorías y ciencias de la tradición griega. Durante los siglos posteriores al Renacimiento y a la Reforma, construyó una nueva ciencia que a la postre condujo a la liberación de fuerzas productivas hasta entonces inauditas, y a la transformación total del mundo material. Se crearon sistemas políticos que parecían garantizar el desarrollo libre y productivo del individuo. Las horas de trabajo se redujeron a tal grado que el occidente dispone de tanto margen para el ocio como no podrían haber soñado sus antepasados.

Sin embargo, ¿dónde nos encontramos hoy en día?

El mundo está dividido en dos campos: el capitalista y el comunista. Ambos creen poseer la clave para la realización de las esperanzas humanas que alentaban las generaciones pasadas, y afirman que, aunque deben coexistir, sus sistemas son incompatibles.

¿Tienen razón? ¿No están ambos a punto de converger en un neofeudalismo industrial, en sociedades industriales dirigidas y manejadas por grandes y poderosas burocracias, en las que el individuo se convierte en un autómatas bien alimentado, que se divierte mucho, que pierde su individualidad, su independencia y su humanidad? ¿Debemos resignarnos a abandonar la esperanza de un mundo de solidaridad y justicia, y a que este ideal se pierda en un vano concepto técnico de «progreso», mientras podemos manejar la naturaleza y producir cada vez más artículos?

Nos preguntamos si no existe otra alternativa que la que ofrecen el industrialismo administrativo capitalista y el comunista. ¿No podríamos edificar una sociedad industrial en la que el individuo conservara su papel de miembro activo, responsable, que controlara las circunstancias, en lugar de ser dominado por éstas? ¿Acaso la riqueza económica y las aspiraciones humanas son verdaderamente incompatibles?

Además, estos dos campos no sólo compiten en economía y política, sino que uno al otro se amenazan con el arma del miedo a un ataque atómico que aniquilaría a ambos, y quizá a toda la civilización. Cierto: el hombre ha creado la bomba atómica, una de las mayores proezas de la inteligencia; pero ha perdido el dominio de su invento. La bomba se ha vuelto su amo, las fuerzas de su propia creación se han convertido en su peor enemigo.

¿Hay aún tiempo para dar marcha atrás? ¿Será posible lograr un cambio y llegar a dominar las circunstancias, en vez de dejar que éstas nos gobiernen? ¿Podremos superar las hondas raíces de la barbarie que nos impulsan a solucionar los problemas de la única manera en que no pueden resolverse: por la fuerza, la violencia y la muerte? ¿Seremos capaces de salvar el abismo que existe entre nuestros enormes logros intelectuales y nuestro atraso emocional y moral?

II

A fin de contestar estas preguntas, se necesita hacer un examen más detallado de la actual posición del hombre occidental.

Para la mayoría de los norteamericanos el éxito de nuestra forma de organización industrial parece evidente y arrollador. Las nuevas fuerzas productivas (vapor, electricidad, petróleo y energía atómica), y las

nuevas formas de organización del trabajo (planeación central, burocratización, aumento de la división del trabajo, automatización, etc.) han creado una riqueza material en los países más industrializados, lo que ha eliminado la pobreza extrema en que la mayoría de los habitantes vivían hace cien años.

En los últimos cien años, las horas de trabajo se han reducido de 70 a 40 por semana, y, al aumentarse la automatización, una jornada de trabajo que se vuelve cada vez más corta puede dar al hombre una cantidad increíble de horas de descanso. Se imparte educación básica a todos los niños, y educación superior a un porcentaje muy considerable de la población total. El cine, la radio, la televisión, los deportes, los pasatiempos, ocupan muchas de las horas que el hombre actual dispone para descansar.

Se diría que por primera vez en la historia una inmensa mayoría del mundo occidental —y pronto todos los hombres en aquél— estarán principalmente preocupados por vivir en vez de estarlo por la lucha por la vida. Parecería que los sueños más preciosos de nuestros antepasados están a punto de realizarse, y que el mundo occidental ha encontrado al fin la respuesta a la cuestión de «qué es la buena vida».

Mientras que la mayor parte de Norteamérica y Europa Occidental comparte este punto de vista, un número cada vez mayor de gente reflexiva y sensible nota los defectos de este seductor panorama. Han observado, en primer lugar, que aún dentro del país más rico del mundo, los Estados Unidos, casi una quinta parte de la población no participa de la «buena vida» de la mayoría; y que un número considerable de nuestros conciudadanos no ha alcanzado el nivel de vida material que es la base para una digna existencia humana.

ENTENTES

Puede uno entenderse con los que no hablan el mismo idioma, pero no con aquellos para los que las mismas palabras tienen diferente sentido.

Jean Rostand

Los espíritus críticos saben, además, que más de las dos terceras partes de la raza humana, los que durante siglos sufrieron el colonialismo occidental, tienen un nivel de vida 10 ó 20 veces más bajo que nosotros, y como promedio de vida la mitad del de un norteamericano medio.

A ellos también les sorprenden las contradicciones irracionales que obstruyen nuestro sistema. Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio, y cientos de millones en el extranjero, que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola, y además, gastamos cientos de millones cada año para almacenar nuestros excedentes. Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo llamamos «no americanos» a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

Aunque nos conformemos, como muchos, con suponer que es sólo cuestión de unas cuantas generaciones para que el occidente, y finalmente todo el mundo, alcance la abundancia económica, se impone preguntar: *¿Cuál es la situación del hombre, y a dónde llegará si continúa en la ruta que nuestro sistema industrial ha trazado?*

III

A fin de comprender cómo esos cambios con los que nuestro sistema pudo resolver algunos de sus problemas económicos, están encaminados cada vez más a fracasar en la solución del problema humano, es necesario examinar los aspectos que caracterizan al capitalismo del siglo XX.

La concentración del capital condujo a la formación de empresas gigantescas, manejadas por burocracias organizadas jerárquicamente. Grandes aglomeraciones de obreros trabajan juntos como parte de la inmensa maquinaria de la producción organizada, la cual para poder funcionar debe hacerlo uniformemente, sin fricción ni interrupción. El trabajador o el empleado se convierten en un diente del engranaje de esta maquinaria; su trabajo y sus actividades las determina la estructura total de la organización en que trabaja. En las grandes empresas, la propiedad legal de los medios de producción se ha separado de la dirección y ha perdido su importancia. Las grandes empresas están dirigidas por una ad-

ministración burocrática que no es propietaria legal de la empresa, sino social. Estos administradores no tienen las cualidades del antiguo propietario: iniciativa individual, osadía, atrevimiento, sino las del burócrata: falta de individualidad, impersonalidad, precaución, falta de imaginación. Manejan cosas y personas, y se relacionan con las últimas como si ellas fueran objetos. Esta clase administrativa, aunque no es legalmente dueña de la empresa, de hecho la controla. No es responsable (en una manera efectiva) ni ante los accionistas, ni ante los que trabajan en la empresa. Aun cuando los campos más importantes de la producción están en manos de grandes compañías, en realidad éstas son manejadas por sus funcionarios principales. Las inmensas compañías que controlan el destino del país, y, en un alto grado, el político, constituyen lo opuesto al sistema democrático: *representan el poder sin el control de los gobernados.*

La gran mayoría de la población es administrada por otras burocracias, además de la industrial. Ante todo por la gubernamental (incluyendo la de las fuerzas armadas) que dirige e influye sobre las vidas de millones de personas, en una forma u otra. Las burocracias (industrial, militar y gubernamental) se parecen en sus actividades, y cada vez más en su personal. Con el desarrollo de empresas más y más grandes, los sindicatos también se han convertido en enormes maquinarias en las que el afiliado tiene muy poco que decir. Muchos jefes de sindicato son burócratas administrativos, igual que los dirigentes de industrias.

Todas estas burocracias no tienen ningún plan ni visión. Y no podría ser de otro modo, dada la naturaleza de semejante administración burocrática. Cuando el hombre se transforma en una cosa y es manejado como tal, sus mismos directores se convierten en cosas; y éstas no tienen voluntad, ni visión, ni plan.

Al ser manejado el individuo burocráticamente, el proceso democrático se transforma en un ritual. Ya sea en una junta de accionistas, en una gran empresa, en unas elecciones políticas, o en la junta de un sindicato, el individuo ha perdido casi toda su capacidad para tomar decisiones y para participar activamente en la formulación de éstas. Especialmente en la esfera política, las elecciones se reducen cada vez más a plebiscitos en lo que el individuo puede expresar su preferencia entre dos candidaturas de políticos profesionales, y lo más que puede decirse es que lo están gobernando con su consentimiento. Pero los medios de conseguir esa conformidad son la suges-

tión y los manejos. Por esto las decisiones fundamentales —las de la política exterior que entrañan la paz y la guerra— son tomadas por pequeños grupos que el ciudadano medio apenas conoce.

Las ideas políticas de la democracia, tal como los fundadores de los Estados Unidos las concibieron, no eran solamente políticas. Estaban arraigadas en la tradición espiritual que proviene del mesianismo profético, de los Evangelios, del humanismo de los grandes filósofos de la lustración de los siglos XVII y XVIII. Los conceptos espirituales de igualdad, justicia y fraternidad humanas, son la base del sistema democrático americano. Pero estos conceptos políticos han perdido ahora sus raíces espirituales. Se han convertido en asunto de «eficacia»; se juzga sólo si sirven para elevar el nivel de vida y para mejorar la administración política. Al perder su arraigo en el corazón y en los anhelos del hombre, han degenerado en un cascarón vacío que puede desecharse si así lo justifica la efectividad técnica.

El individuo no sólo es controlado y manejado en la esfera de la producción, sino también en la del consumo, en la que se pretende que manifiesta sus preferencias libremente. En el consumo de comida, ropa, licores, cigarrillos, o de programas de cine y televisión, se emplea un poderoso mecanismo de sugestión con dos propósitos: primero, fomentar constantemente el deseo del individuo por nuevos artículos; y, segundo, dirigir ese apetito hacia los campos más beneficiosos para la industria.

El volumen de las inversiones en la industria de artículos para el consumidor, y la competencia entre unas cuantas empresas gigantescas, hacen incluso necesario que el consumo no se deje al azar, ni que el consumidor decida libremente si desea comprar, y qué es lo que quiere. Sus deseos tienen que ser siempre estimulados, sus gustos controlados, dirigidos, y previstos. El hombre se convierte en «el consumidor», en el eterno lactante, cuyo solo deseo es consumir más y «mejores» cosas.

Si bien nuestro sistema económico ha enriquecido al hombre en lo material, lo ha empobrecido en lo humano. A pesar de toda la propaganda y los lemas acerca de la fe que el mundo occidental tiene en Dios, de su idealismo, de su preocupación por el espíritu, nuestro sistema ha creado una cultura y un hombre materialista. Durante ocho horas de trabajo, el individuo es tratado como si fuera parte de un equipo de producción, y durante ocho horas de ocio, es instigado e inducido a que se convierta en el consumidor perfecto, al que le gusta lo que le indican; pero que

tiene la ilusión de seguir sus propios gustos. Constantemente se le machaca con lemas, sugerencias, voces irreales que lo privan del último resto de realismo que pudiera conservar aún. Desde la infancia se le combaten sus verdaderas convicciones. Existe poco criterio y pocos sentimientos reales, por esto sólo la conformidad con el grupo puede salvar al hombre de un sentimiento insoportable de soledad y desamparo. El individuo no se siente portador activo de sus propias potencias y su riqueza interior, sino como una «cosa» empobrecida, dependiente de fuerzas exteriores, en las cuales ha proyectado su esencia vital. El hombre está enajenado de sí mismo, y se inclina ante el trabajo de sus propias manos. Se inclina ante las cosas que produce, ante el Estado, ante los jefes que él mismo erige. Su propia obra, en vez de ser controlada por él, se convierte en una fuerza extraña que lo vigila y se le enfrenta. Más que nunca en la historia la unificación de nuestra producción en una fuerza objetiva superior a nosotros, fuera de nuestro control, que defrauda nuestras ilusiones, que aniquila nuestros cálculos, es uno de los principales factores que determinan nuestro desarrollo. El hombre moderno ha hecho de sus productos, de sus máquinas, del Estado, ídolos que cifran su propia vida en una forma enajenada.

Es indudable que Marx tenía razón al afirmar que «el lugar de todos los sentidos físicos y mentales ha sido usurpado por la auto-enajenación de todos éstos, por la sensación de poseer... La propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos e impotentes que las cosas sólo llegan a ser nuestras si las tenemos, o sea si existen para nosotros como capital y las poseemos, las comemos, las bebemos, esto es, las usamos. Somos pobres a pesar de nuestra riqueza, porque tenemos mucho, pero somos pocos».

Como resultado de esto, el hombre medio se siente inseguro, solo, deprimido, y es infeliz aun en la abundancia. La existencia no tiene sentido para él; confusamente se da cuenta de que el significado de la vida no reside en ser sólo un «consumidor». No podría soportar la infelicidad y el vacío de la vida, si el sistema no le ofreciera continuamente medios de escape, desde la televisión hasta los tranquilizantes que le permiten olvidar que cada vez se aleja más de lo que tiene de valioso la existencia. A pesar de todos los lemas en contrario, nos estamos acercando rápidamente a una sociedad gobernada por burócratas que administran a un «hombre-masa», bien alimentado, cuidadoso, deshumanizado y deprimido. Producimos máquinas que son como hombres, y hombres que son como

máquinas. Lo que más se le criticaba al socialismo hace cincuenta años —que conduciría a la uniformidad, a la burocratización, a la centralización y a un materialismo sin espíritu— es una realidad del capitalismo de hoy. Hablamos de libertad y democracia; sin embargo un grupo cada vez mayor de personas tiene miedo de la responsabilidad de la libertad, y prefiere la esclavitud del robot bien alimentado. No tienen fe en la democracia y se contentan con dejar que los políticos expertos tomen las decisiones.

Hemos creado un vasto sistema de comunicación por medio de la radio, la televisión y los periódicos. Sin embargo, en vez de conocer la realidad política y social, la gente está adormecida y mal informada.

El equívoco es una regla

El lenguaje equívoco se ha convertido en la regla en los países de libre empresa, así como en los de sus contrarios. Los últimos llaman «democracia del pueblo» a la dictadura, los primeros llaman a ésta «pueblo amante de la libertad» si es su aliada política. La posibilidad de que cincuenta millones de norteamericanos puedan morir en un ataque atómico se toma como riesgos de guerra, y se hace alarde de la victoria; cuando se piensa cuerdamente, se ve claro que no puede haber triunfo para nadie en un holocausto atómico.

La educación primaria como superior, ha alcanzado la cima. Sin embargo, mientras más educación tiene la gente, tiene menos razón, juicio y convicción. Cuando mucho habrá mejorado su inteligencia; pero su raciocinio (que es la capacidad de penetrar a través de la superficie y entender los móviles subyacentes de la vida individual y social) se ha empobrecido más. El pensamiento se separa más del sentimiento, y el hecho mismo de que la gente tolere la amenaza de la guerra atómica que se cierne sobre la humanidad, indica que el hombre moderno ha llegado a un punto en el que su salud mental debe ponerse en duda.

En vez de ser el amo de las máquinas que ha construido, el hombre se ha convertido en su sirviente. Pero él no ha sido creado para ser una cosa, ni aun satisfaciendo sus necesidades de consumo, es posible mantener siempre inactivas sus fuerzas vitales. Sólo tenemos una alternativa: dominar de nuevo las máquinas, convirtiendo la producción en un medio, no en un fin, utilizando ésta para el desenvolvimiento del hombre. De otra manera, las energías vitales reprimidas se manifestarán en forma caótica y destructiva. El individuo preferirá destruir la vida antes que morir de aburrimiento.

¿Podemos considerar a nuestra

forma de organización social y económica responsable de esta situación? Como se apuntó antes, nuestro sistema industrial (su forma de producción y consumo, las relaciones humanas que fomenta) origina, precisamente, la situación humana que se ha descrito. No porque *quiera* crearla, ni por malas intenciones de los individuos, sino porque el carácter del hombre medio se forma por las costumbres que le impone la estructura social.

Es indudable que el capitalismo del siglo XX ha tomado una forma muy diferente a la del siglo XIX. Es tan distinto que se vacila aun en aplicar el mismo término a ambos sistemas. La enorme concentración de capital en empresas gigantes, la creciente separación entre la administración y la propiedad, la existencia de poderosos sindicatos, los subsidios estatales para la agricultura y otros sectores de la industria, el principio de «el Estado benefactor», el control de precios y la economía dirigida, y otros muchos aspectos, distinguen radicalmente al capitalismo del siglo XX del anterior. Sin embargo existen (no importa los términos que utilicemos) ciertos factores básicos tanto en el viejo como en el nuevo capitalismo: el principio de que no es la solidaridad y el amor, sino la acción individualista y egoísta lo que da mejores resultados para todos; la creencia de que un mecanismo impersonal —el mercado— debe regir la vida de la sociedad, en vez de la voluntad, la visión y la planeación. El capitalismo coloca a las cosas —el capital— por encima de la vida —el trabajo—. La posesión, no la actividad, confiere el poder.

El capitalismo contemporáneo añade obstáculos al desarrollo del hombre. Necesita equipos de obreros, empleados, ingenieros, consumidores que funcionen de manera eficaz. Sucede así porque las grandes empresas regidas por burocracias requieren de este tipo de organización, y de hombres organizados que se adapten a ella. Nuestro sistema tiene que crear gente que se ajuste a sus necesidades, y (en un gran número) que coopere eficazmente, que quiera consumir cada vez más; pero que sus gustos sean uniformes y puedan ser fácilmente influidos y previstos. Necesita individuos que se sientan libres e independientes, no sujetos a ninguna autoridad o principio de conciencia, y que, sin embargo, estén dispuestos a dejarse manejar, a hacer lo que se espera de ellos, a amoldarse sin fricciones a la maquinaria social, que puedan ser guiados sin recurrir a la fuerza, dirigidos sin dirigentes, impulsados sin ninguna finalidad, excepto cumplir el deber, moverse, seguir adelante.

La producción se basa sobre el principio de que una inversión de capital debe producir ganancias, en vez de que las necesidades de la gente determinen lo que debe ser producido. Ya que la radio, la televisión los libros, las medicinas, están sujetos al principio de ganancias, se induce a la gente hacia un tipo de consumo que a menudo es dañoso para el espíritu, y algunas veces hasta para el cuerpo.

El fracaso de nuestra sociedad para satisfacer las aspiraciones humanas arraigadas en nuestras tradiciones espirituales, tiene consecuencias inmediatas para los dos temas de discusión más vehemente de nuestro tiempo: la paz y el igualamiento entre la riqueza del occidente y la pobreza de las dos terceras partes de la humanidad.

La enajenación del hombre moderno, con todas sus consecuencias, le dificulta resolver este problema. Debido a que adora las cosas y ha dejado de rendir culto a la vida, tanto a la propia como a la de sus semejantes, el individuo no sólo desconoce los principios morales, sino que ni siquiera piensa racionalmente en beneficio de su propia supervivencia. Es indudable que el armamento atómico conducirá a la destrucción universal, y que la división entre las naciones pobres y las ricas provocará abusos violentos y dictaduras. Sin embargo sólo se llevan a cabo tentativas mezquinas, y, por lo tanto, fútiles para resolver estos problemas. Parece que deseamos probar que los dioses ciegan a aquellos a quienes quieren destruir.

IV

Hasta aquí lo que se relaciona con el capitalismo. ¿Cuál es la historia del socialismo? ¿Qué es lo que pretende? ¿qué ha logrado en los países en donde ha sido posible implantarlo?

El socialismo del siglo XIX, en su forma marxista y en otras muchas, quería crear las bases materiales para una existencia humana digna para todos. Deseaba que el trabajo dirigiera el capital, en lugar de que el último dirigiera al primero. Para el socialismo, el trabajo y el capital no eran sólo dos categorías económicas y sociales, sino que representaban dos principios universales: el capital, el principio de acumular cosas, de tener; y el trabajo, los poderes de la vida y del hombre, el ser y llegar a ser. Los socialistas encontraron que en el capitalismo las cosas dirigen la vida; que tener es superior a ser; que el pasado gobierna el presente, y ellos querían invertir esta relación. La finalidad del socialismo era la emancipación del hombre, su restauración al rango de individuo no enajenado, no baldado, capaz de entrar

en una nueva, rica y espontánea relación con su prójimo y con la naturaleza. La mira del socialismo era que el hombre arrojara las cadenas que lo atan, las fantasías y las irrealidades, y se transformara en un ser que pudiera utilizar en forma creadora sus facultades para sentir y pensar. El socialismo deseaba que el individuo se volviera independiente, o sea que se sostuviera sobre sus propios pies, y creía que el hombre sólo podría llevar a cabo esto, como dijo Marx, si «se debe la existencia a sí mismo, si afirma su individualidad como un hombre completo en cada una de sus relaciones con el mundo, viendo, oyendo, oliendo, gustando, sintiendo, pensando, deseando, amando, en una palabra, si afirma y expresa todos los órganos de su individualidad». El propósito del socialismo era la unión del hombre con el hombre, y de éste con la naturaleza.

La finalidad del socialismo era la individualidad, no la uniformidad; la liberación de las trabas económicas, no el convertir los objetivos materiales en el principal interés de la vida; el sentimiento de completa solidaridad entre los hombres, no el manejo y la dominación de unos a otros. El principio del socialismo era que cada hombre es un fin en sí mismo, y no debe nunca ser el instrumento de otro. El socialismo deseaba crear una sociedad en la que cada ciudadano participara activa y responsablemente en todas las decisiones, en la que pudiera participar por el hecho de ser hombre y no una cosa, por tener convicciones y no opiniones sintéticas.

El socialismo esperaba que con el tiempo desaparecería el Estado, a fin de que sólo se administraran las cosas y no a las personas. Se proponía establecer una sociedad sin clases en la que la libertad y la iniciativa serían devueltas al individuo. El socialismo, en el siglo XIX, y hasta el principio de la primera Guerra Mundial, era el movimiento humanista y espiritual más activo en Europa y América.

¿Qué le ha sucedido al socialismo? Ha sucumbido al espíritu del capitalismo, al que deseaba reemplazar. En lugar de interpretarlo como un movimiento para la liberación del hombre, muchos de sus adeptos, y también de sus enemigos, lo entendieron como si fuera exclusivamente un movimiento para la mejoría económica de la clase trabajadora. Las miras humanistas del socialismo fueron olvidadas, o sólo sirvieron para hacer demagogia. Como en el capitalismo, todo el interés se dirigió hacia el provecho económico. Así como los ideales de la democracia perdieron sus raíces espirituales, el socialismo perdió su más profunda raíz: la fe pro-

fética mesiánica en la paz, en la justicia y en la hermandad de los hombres.

Así el socialismo se convirtió en un medio para que los trabajadores consiguieran su puesto dentro de la estructura capitalista, en lugar de trascenderla. En vez de cambiar al capitalismo, el socialismo se dejó absorber por el espíritu de aquél. El movimiento socialista se convirtió en un completo fracaso cuando en 1914 sus jefes renunciaron a la solidaridad internacional, y prefirieron los intereses económicos y militares de sus respectivos países a las ideas de internacionalismo y de paz que habían formado parte de su programa.

La mala interpretación del socialismo como un movimiento puramente económico, y de la nacionalización de los medios de producción como su principal objetivo, ocurrió en el ala derecha y en la izquierda del socialismo. Los jefes reformistas del movimiento socialista en Europa consideraron que su principal objetivo era elevar la condición económica de los trabajadores dentro del sistema capitalista, y que sus medidas más radicales estribaban en la nacionalización de ciertas grandes industrias. Sólo recientemente se ha llegado a comprender que la nacionalización de una empresa no constituye en sí misma la realización del socialismo. Para el trabajador, no hay diferencia esencial entre ser gobernado por una burocracia privada, y ser gobernado por una burocracia de carácter público.

Criterio simplista de los jefes del Partido Comunista

Los jefes del partido comunista en la Unión Soviética interpretaron el socialismo con este mismo criterio simplistamente económico. Pero viviendo en un país mucho menos desarrollado que la Europa Occidental, sin una tradición democrática, impulsaron el terror y la dictadura para impulsar la rápida acumulación del capital, que la Europa Occidental había logrado ya en el siglo XIX. Ellos crearon una nueva forma de capitalismo de Estado que demostró tener éxito económico pero ser humanamente destructivo. Construyeron una sociedad manejada burocráticamente, en la que la diferencia de clases, tanto en el sentido económico como en el aspecto de la autoridad, es más profunda y estricta que en cualesquiera de las sociedades capitalistas del presente. Definen su sistema como socialista, porque han nacionalizado toda su economía, cuando en realidad su sistema es la negación íntegra de cuanto el socialismo preconiza: la afirmación de la individualidad y el pleno desarrollo del hombre. A fin de ganar el apoyo

* CENIT lleva diez años de vida *

En esta ocasión, y en virtud de las numerosas colecciones que se nos solicitan, la Redacción ofrece a sus lectores la siguiente lista de autores con los correspondientes trabajos de cada uno, seguidos del número de la revista en donde se encuentra. Todo a modo de

INDICE GENERAL

— A —

A. A.: «Luigi Bertoni», 67.
 ABARRATEGUI: «La cuneta», 120.
 ABU THALB: «La mejor silla y el mejor amigo», 86.
 ACHARD Marcel: «La amistad y la disputa», 50.
 ADDISON: «Un libro», 86.
 A.F.S.: «¿Puede la técnica resolver el problema del hambre?», 20.
 A. L.: «Sobre el comunismo icariano», 22 y 23.
 ALAIN: «Absurdidad del Estado», 15.
 «Amistad e ideas», 56.
 ALAIZ F.: «Epicuro», 1. «Colectivizaciones inasistidas en la Revolución», 2. «Luz y sombra de Levante», 18. «Del romanticismo», 19 y 20. «Joaquín Costa», 24. «Blasco Ibáñez», 27. «Para conocerse», 39. «Europa y el pragmatismo americano», 43. «Una guerrita española», 51 y 52. «C. Arenas», 63. «E. Pardo Bazán», 75. «Agustina de Aragón», 101. «D. Hernando», 102. «Para que no se diga que conmemoramos nuestra derrota», 103. «Los franceses y el exilio: Maritain», 105. «G. Bernanos», 106. «Mis maestros: E. el Pelotaire», 107. «Cifra y prueba», 108. «¿Que hace ahí esa? y «Literatura y periodismo», 109. «El cuadrútero B.M.C.H.», 110. «Cortesía superpuesta», 111. «1º de Mayo», 113. «Disparo nervioso», 114. «Integralismo», 115. «Eficacia de la acción» y «Positivismo integral», 116. «Impulso cooperador», 117. «Mi maestro: J. Castelltort», 118.
 ALAULO J. (M. C.): «Del Japón», 89. «La libertad, de luto», 90. «El hombre frente a la tiranía», 95. «Panorama internacional», 98. «Unversalismo español», 108. «El Esperanto», 110. «El Tolstoi que yo conozco», 119.
 ALBA G. (A.R.): «Sobre el niño», 68. «Complejos de inferioridad», 79. «Teatralías», 98.
 ALBA V.: «Hay que volver al inconformismo», 73. «G. Mistral visto por su heredera», 74.
 ALBERT E.: «Siglo de la inutilidad», 66.
 ALBEROLA J.: «En la Revolución Española», 113.
 ALBEROLA O.: «Finalidad de la sociedad», 16. «Lo absoluto, la libertad y la ciencia», 35. «El poder universalista de la ciencia», 39.
 ALCRUDE Dr.: «El desnudo y el vestido», 112.
 ALFIERI: «El Gobierno», 64.
 ALTAMIRA R.: «Los libros y el entendimiento», 85.
 AMICIS (E. de): «Una casa sin libros», 70 y 86.
 ANACREONT: «El cristianismo», 75.
 ANCEL: «La paz y la libertad, pretextos de guerra», 50.

ANDERSCH A.: «La desertión», 50.
 ANDRENKO L.: «La perseverancia», 50.
 ANTONIO R.: «L'automne», 117.
 ARAMBURU J.: «Sobre educación», 10.
 ARANA (E. Z. de): «Ciencia de la vida», 99. «La medicina y la miseria», 100 y 101.
 ARAVELO J. J.: «Sobre educación», 10.
 ARCINIEGAS G.: «La cultura», 7. «Papini», 62. «Un libro polémico», 70. «Los desterrados», 72. «¿Quién manda hoy literariamente?», 75.
 ARCO L. del: «Muerte del justo», 91.
 ARGOS: «Ideas y hechos», 16.
 ARDIGO R.: «Sobre educación», 10.
 ARGUELLO S.: «La revolución» y «La verdad», 108.
 ARISTOFANES: «La esclavitud», 65.
 ARISTOTELES: «Lo que dice el sabio», 60.
 ARMAND E.: «Europa-América», 13. «La Rev. Esp.», 19. «La amistad», 56. «Panorama», 59 y 60. «Sobre el recuerdo», 72. «Comentarios sin pretensiones», 98. «G. de Lacaze-Duthiers», 104. «¿Dónde estamos?», 105. «Cristianismo libertario, anarquismo cristiano», 108. «Sobre la Biblia», 109. «Loísmo y loistas», 110. «El contrato», 114. «Religión y Paz», 117. «Dios, una hipótesis», 120.
 ARREAT: «Sobre Dios», 65.
 ASHLEY M.: «O. Cromwell, anarquista espiritual», 10.
 ATLANTE: «Olvidar, imposible», 90.
 AUBE A.: «Sobre el niño», 68.
 AUMENTE J.: «Libertad y justicia burguesas», 115.
 AUREL: «Han Ryner», 24.
 AURELIO Marco: «La conducta», 50. «Qué es la vida», 118.
 AURQUET A.: «La nueva sociedad», 50.
 AVAKUMOVIC I.: «Príncipe anarquista», 2. «Muerte de Kropotkin», 35.
 AVERCHENKO A.: «Filósofo original», 4.
 AVELINA C.: «La violencia», 50.
 AZORIN: «Grata ocupación», 86.

— B —

BACON: «Valor de lo escrito», 86.
 BADOIN Ch.: «Muerte de Han Ryner», 78.
 BAKUNIN M.: «Crítica del Estado proletario», 6. «Sobre el hombre», 9. «La alegría de la destrucción», 12. «Extractos», 13. «El Estado», 50. «El socialismo», 64. «Más sobre el Estado», 67. «La influencia religiosa», 75.
 BAKUNIN Marusia: «Carta», 111.
 BALDELLI G.: «Sicoanálisis del anarquismo», 100. «El budismo Zen», 109.
 BALKANSKI G.: «La guerra y los anarquistas», 4. «Guerra y Revolución», 6. «La fuerza social», 66 y 67. «C. Kolef y M. Guerdgicoj», 78. «Economía staliniana», 79. «C. Botev», 80 y 81. «La dirección económica de Rusia», 83.
 BALZAC H.: «Las fortunas», 50. «El dolor», 71. «El amor», 77. «El buen libro», 86.
 BALLESTEROS M.: «El hornero», 66.
 BARBANCE R. E.: «Pedagogía mercantil», 23. «Retrasos pedagógicos», 24. «¿Qué es un delincuente?», 26.
 BARBEDETE L.: «Ibsen y la necesidad», 29.
 BARBER S.: «Japón entre dos mundos», 26.
 BARBUSE H.: «La guerra», 69.
 BAROJA P.: «El labrador y el vagabundo», 65.
 BARRET R.: «Lo viejo y lo nuevo», 16. «Razón y voluntad», 67. «La pluma» y «Mi anarquismo», 68. «El silencio», 71. «Raza de víboras», 75.
 BASTIAT F.: «El hombre y el Estado», 13.
 BAY P.: «La libertad», 50.
 BECQUER G.: «La lira» y «Poesía», 86. «Hipocresía», 111.
 BEETHOVEN: «La libertad y la verdad», 22.
 BELL O.: «Civilización», 6.
 BENAVENTE J.: «Manifiesto», 20. «La revolución, el pueblo y el dictador», 67. «La educación», 71.
 BENDA J.: «Sobre cultura», 8. «El régimen democrático» y «El intelectual», 50.
 BENN E.: «Política», 50.
 BERCE C.: «Sobre anarquismo», 47.
 BERCKMAN A.: «Kronstadt», 35 a 38.
 BERDIAEF N.: «Sobre cultura», 8.
 BERL E.: «Sobre cultura», 8.
 BERNANOS G.: «Ideario», 16.
 BERNERI C.: «Dictadura del proletariado y socialismo de Estado», 15. «Los daños de la abstinencia sexual», 22. «Iglesia y prostitución», 81.
 BERNSTEIN E.: «Sobre el socialismo», 2.
 BERTHIER P. V.: «Lenguaje anarquista», 61.
 BIBY Cyril: «Niños que quieren la religión», 109.
 BJOERNSON B.: «El árbol» y «La pastora», 34.
 BLAKE W.: «El niño», 33.
 BLANCPAIN M.: «La burocracia», 50.
 BLANTON S.: «Vida armoniosa», 50.
 BONAL L.: «El maestro», 68.
 BOREI Teo: «E. Pouget», 76.
 BORCHI A.: «Los ojos del anarquismo», 11. «Cesarismo y Anarquía», 17.
 BORRAZ J.: «Monegrillo», 45. «Bonjour tristesse», 56. «En torno a la juventud», 94.
 BOSSUET: «La justicia», 54.
 BOTEV Cristo: «La lutte», 80.
 BOUILLIER F.: «Sobre el progreso», 4.

- BOURGUIN: «Sobre el socialismo», 2.
- BOUYE H.: «Las convenciones colectivas contra la Rvon. Social», 74.
- BRACHFELD O.: «El tiempo, enemigo del hombre», 52.
- BOVIO J.: «El Estado», 14.
- BRALSFORD H. N.: «Mitin contra Franco», 107.
- BRAMSON K.: «Lo que nos queda», 61.
- BRAVO P.: «Fuentes de inspiración», 26. «Apuros de pureza», 35. «Tolerar lo injusto?», 107. «De la sumisión a la rebeldía», 109. «Compromisos que nos comprometen», 110. «No te vendas ni te rindas», y «Milagros imposibles», 114. «Del dicho al hecho», 117. «Hoja por hoja», 118.
- BRENAN G.: «La faz de España», 17.
- BRITTEN B.: «Mitin contra Franco», 107.
- BROCKWAY F.: «Mitin contra Franco», 107.
- BRONOWSKI Dr.: «Mitin contra Franco», 107.
- BROWN T.: «¿Trades-unionismo o sindicalismo?», 21 y 22.
- BRUNO S.: «Lucifer es mi admiración», 75.
- BRUPBACHER F.: «Introducción a la Confesión de Bakunin», 64 a 66.
- BUDA: «Conducta», 65.
- BUNDO J.: «Federación de base: el Municipio», 2.
- BURNET M.: «Economía y exceso de natalidad», 22.
- BYRNES J.: «El papeleo administrativo», 50.
- C —
- CABALLERO D. N.: «Niños descalzos», 51. «Canción de la espera eterna», 53. «De la noche y del silencio», 67.
- CABALLERO Fermín: «España», 29.
- CABRERA T.: «Los niños pobres», 93.
- CABRILLANA J.: «G. Lorca», 37.
- CAKIA-MUNI: «Para ser sabio», 65.
- CALDERON A.: «Fragmentos», 13. «Todo mentiras», 119.
- CALLEJAS L.: «Unamuno», 65. «El destierro», 108.
- CAMPIO CARPIO: «Literatura ibérica del destierro», 5. «Figuras del teatro rioplatense», 7. «Guerra Junqueiro», 8. «A. Rembao», 9. «S. Torrens», 11. «A. E. Latelaro», 13. «José Martí», 15. «Progreso de la cultura», 18. «M. Hernández», 21. «Drama del hombre», 22. «La civilización contra sí misma», 33. «America», 35. «Enseñanza de la Rvon», 36. «Nuestro siglo», 37. «Nuestra casa era blanca», 39. «América, un mundo», 40. «Labor de E. Relgis», 42. «A. González», 57. «Nos, y vos», 59. «Ellos y los otros», 60. «La hora llega», 67. «Sangre de la tierra», 69. «Beba esas lágrimas», 72. «Libertad y responsabilidad», 76. «Eso seremos», 78. «La democracia capitalista y la otra», 79. «El hombre y su mundo», 80. «Nuestra revolución», 82. «El Medio Oriente en llamas», 95. «Fusilados al amanecer», 96. «Seremos nosotros», 97. «Volvamos a la tierra», 102. «Labradores del espíritu», 105. «Fabio Luz», 106. «Leyendo a R. Cabanillas», 111.
- CAMPOAMOR R.: «Humoradas» 99. «Las dos grandezas» 105. «Lo que es», 118.
- CAMPOS S.: «Función del trabajo en la sociedad», 77. «Integración del hombre a las prácticas libertarias», 88. «Fundamentos del futuro libertario», 89. «Del anhelo a la obra», 106.
- CAMUS A.: «Siglo del miedo», 16. «Profecía revolucionaria», 34. «El artista y su tiempo», 41. «El peor mal», 50. «Extractos», 83. «Mitin contra los crímenes franquistas», 103-107.
- CANO RUIZ B.: «La genética contra el concepto práctico de la justicia», 73 a 83. «Ecurción sobre la historia anarquista», 106 a 108.
- CANO RUIZ J.: «Friso», 48.
- CAPDEVILA A.: «Lo constructivo», 103.
- CAPDEVILA J.: «Turbulento arroyo», 49. «Realistas e idealistas», 64.
- CARBALLEIRA R.: «De la discusión», 102.
- CARBO P.: «Carta», 86. «Así nació el Paracutin», 97.
- CARDONA ROSELL M.: «Frente al fascismo, la revolución social», 103.
- CARLYLE: «Sobre los libros», 86.
- CARMONA BLANCO J.: «La libertad y el Estado», 1. «El escritor de nuestro tiempo», 3. «Rebelión y existencialismo», 17. «Sendero», 26. «Vida breve», 27. «M. Hernández», 28. «Nada nuevo bajo el sol», 31. «Candilejas», 32. «Poemas de mar y tierra», 36. «La libertad en el espíritu», 41.
- CARSI A.: «Monte Blanco», 1. «Ojos de la España dolorida», 2. «Sociometría», 5. «Sicología colectiva», 7. «Locura de los descubrimientos», 9. «Ciencia e historia», 11. «Camino siderales», 17. «Almadén», 21. «Ensayo», 32. «Molinos de viento», 35. «Petróleo en España», 40. «Rutas nocturnas», 46. «Punto de vista y realidad», 50. «Cenit», 53. «Beethoven», 24. «El cenit y el hombre», 25. «Aparición de España en la geografía», 29. «Hierro y acero», 54. «Homónimos honrosos», 58. «La fotografía panorámica, ciencia del futuro», 71. «Charpentier», 63. «Mi grano de arena», 103. «Brújula de la moral», 105. «La originalidad», 110. «Libros viejos, ideas nuevas», 111. «Túneles y canales», 114. «Baudelaire, el G. Lorca franceses», 116. «Reclusiana del agua», 119.
- CARRERO F.: «Manifestato», 20. «Crónica de Julio», 103.
- CASTELAR E.: «Derecho y libertad», 22.
- CASTRO C.: «Mapa económico de España», 23.
- CASTRO M.: «F. Ameghino» y «J. Ingenieros», 75. «Siervo soberano» y «¿Profano?», 77.
- CAVOUR: «Los poderosos», 61.
- CAZENOVE M.: «Los mediocres», 50.
- C. CARBO E.: «Artistas sin tiempo y creaciones sin historia», 1. «Sinceridad y convicciones», 44. «Proyecciones del pasado sobre el presente», 51. «Rectifiquemos», 58. «Por los fueros de la pasión», 71. «Debilidad del actual ordenamiento», 81. «Vivisecciones de rigor», 89. «Las minorías en los Movimientos Revolucionarios», 114.
- CECH S.: «El que pignoró su carácter», 2.
- CELMA M.: «La nouvelle classe», «Accusés hors serie» y «C'était en 1900», 86. «Temas sexuales», 87.
- «Profeta del hombre», «Integración de las Españas» y «Garbuz poético», 88. «1984» y «Los desplazados», 90. «Fundamentos de la ciencia económica y Jardenero español», 91. «Cita con Venus», 92. «Sicología y reeducación», y «Sangre de libertad», 93. «Taller de la revolución», «Columna entre ruinas» y «Conflictos entre la Religión y la Ciencia», 94. «El bandido», «El viejo y el mar» y «Señor presidente», 95. «El nuevo Israel» y «Sicología humana», 96. «El espíritu activo y Los precursores», 97. «Crónica de un revolucionario» y «Fête espagnole», 98. «Nuestra responsabilidad», 99. «Incitación al socialismo» y «Cayeron los dados», 99. «Perspectivas de Sud-América» y «Alegría del vivir», 101. «Anales», 104. «Hugo y los exiliados españoles», 105. «F. Ferrer, el Galileo español», 106. «Espíritu activo», «Albores de libertad» y «Sendas en espiral», 108. «Historia del Frente Popular», 109. «B. Juárez», 111. «Amistades de Mirón», 113. «Dos Españas», 114. «Crisis española del siglo XX», 117 a 119.
- CERNUDA L.: «Un español habla de su tierra», 107.
- CERVANTES: «Sobre libros», 86. «Sobre la justicia», 104. «Sobre la delincuencia», 105.
- CICERON: «Estoicismo», 65.
- CLARAMUNT T.: «Sobre la mujer», 68.
- CLERETIE: «Sobre los libros», 86.
- CLARIANA B.: «El héroe y el juglar», 30.
- CLEANTO: «La felicidad», 65. «Atalaya anárquica», 76 a 79.
- CLEMENCEAU G.: «Los académicos», 50. «Sobre el niño», 68.
- CLINCHY R. J.: «Responsabilidad y libertad», 50.
- COBES: «La paz y la guerra», 81.
- COCHET G.: «El arte», 18.
- COLL de G. (J. F.): «Vie et mort en U.R.S.S.», 1. «Lamolla, dibujante», 3. «El humor», 22.
- COMFORT A.: «Anarquismo moderno», 3. «Un mundo de ciegos» y «Advertencias», 5. «Responsabilidad en las ciencias y en las artes», 15. «La Rvon. Esp.», 19. «La delincuencia», 20. «Igualdad y libertad», 62.
- C. N. de la C.N.T.: «Declaración sobre la muerte de Durruti», 31.
- COMPERE Morel: «Ideas sobre el socialismo», 3.
- CONFUCIO: «La conducta», 65. «Espíritu y corazón», 67.
- CONSTAND B.: «La libertad», 50.
- CORDERO L.: «El árbol y sus renuevos», 30.
- CORES G.: «El movimiento anarquista en Inglaterra», 23. «Ojeada a la vida», 25 a 26.
- CORTE M.: «Sobre civilización», 6.
- COSTA I.: «Respuesta individualista», 8. «Cultura libertaria y cultura libertaria y cultura anárquica», 18. «Ensayos de B. Russell», 31. «El hombre y las civilizaciones», 98. «Latinoamérica iniciará una era», 99. «Biología de la libertad», 100 y 101. «Enseñanza racionalista», 101 a 104. «Definiciones inexactas de Pierbarg», 115. «Justicia y derecho», 116. «Memorias de un vagón de ferrocarril», 117. «Alcohol, juego y otros vicios», 118.

COSTA J.: «España», 18. «El capitalismo», 22.
CRANKSHAW E.: «La mujer rusa», 23.
C.R.I.A.: «Bibliografía anarquista en el Japon», 21.
CRITIAS: «Ella y él», 77.
CROCE B.: «Sobre el progreso», 4. «Fragmentos», 13. «Reflexiones», 118.
CUADRAT J.: «Don Juan de la literatura y del siquiatra», 101.
CURTIUS E. R.: «Sobre cultura», 8.
CHAMSON A.: «El heroísmo militar», 50.
CHAPOUTOT H.: «Ibsen», 29.
CHARRAS J.: «Paz y labor», 93.
CHAUFFIER L. M.: «Contra Franco», 103.
CHAVARRIA L.: «El árbol solitario», 73.
CHESTERTON G. K.: «Sobre el progreso», 4.
CHOCANO J.: «Las aves», 72.
CHUECA J.: «La enseñanza», 68.

— D —

DAC P.: «España es así», 102.
D'AGRAMUNT J.: «Sociedad deshumanizada», 22.
DALMON H.: «Sobre el anarquismo», 47.
DANTON: «Cuándo los pueblos serán felices», 75.
DAU A.: «Sobre el niño», 68.
DEBS E. V.: «No habrá Mesías», 50.
DELMIRA A.: «Campos de ensueño y La sed», 43. «Rebelión», 56.
DELLEPIANE A.: «Sobre el progreso», 4.
DEMOCRITO: «Resultado del pecado original», 75.
DENIS (A.G.B.): «José Prats», 7. «H. Mella», 8. «Crónica de Julio», 103. «Cain y Abel», 116. «La reina», 118. «El naturalista», 119.
DENIS H.: «El socialismo», 52 y 62.
DEPASSE H.: «El clericalismo», 50.
DERMENGHEN E.: «Sobre civilización», 6.
DESCHANEL P.: «Papel de los pobres», 53.
DESIRE O.: «Sobre los valores», 41. «Nietzsche», 42. «Sartre, Eróstrato y nosotros», 47. «Existencia y religión», 51.
DESTOURS G.: «El hombre confundido...», 50.
DEVAL J.: «El temor de los ricos», 50.
DEVIGNY A.: «El orden social actual», 50.
DEWEY J.: «Sobre educación», 11.
DICENTA J.: «Protesta», 87.
DIDEROT: «El servicio militar», 50. «La escuela y el fraile», 75.
DIONISIOS (A.G.B.): «El anarquismo y lo que no lo es», 26.
DION CRISOSTOMO: «Sobre el hombre», 65.
DOCTOR X.: «El polvo», 55.
DORADO P.: «El delito», 111.
D'ORE L.: «Sobre el niño», 68. «Teatralías y rutina», 86.
DUBOIN J.: «Ideas sobre el socialismo», 2.
DUMAS A.: «Lo que debe escribirse y hablarse», 22.
DUROC P.: «Sobre civilización», 6.
DURRUTI B.: «Saludo a los trabajadores rusos», 31.
D'YDEVGALL C.: «Julio entre rejas», 103.

— E —

ECHEGARAY J.: «Trabajo del periodista», 20.
EINSTEIN A.: «El individuo», 60. «El soldado», 50. «La ciencia», 77.
ELBAILE J.: «Deber y primavera», 112. «Ex-libris», 113. «Estío», 115. «Otono», 117. «Invierno», 120.
ELDRIDGE P.: «Valor de las cosas pequeñas», 50.
ELIOT T. S.: «Sobre la cultura», 7.
EMERSON R. W.: «El individuo en la multitud», 50. «Sobre los lioros», 86. «Vida y pensamiento de H. D. Thoreau», 91 y 92.
EMPELOLES: «Efecto de la abundancia de curas», 75.
ENDERIZ E.: «Revolución varada», 103.
EPICURO: «La fortuna y el sabio», 50.
EPICTETO: «Lo que debe decirse y cómo», 22. «La actitud de Sócrates», 65. «El placer, cebo del vicio», 67.
ERASMO: «Sobre el hombre», 9.
ESGLEAS G.: «Proyección del anarquismo», 49. «La iglesia y España», 62. «Valorización del anarquismo», 69. «Teoría y práctica de la libertad», 72. «Ética y anarquismo», 97. «Firmeza de posición», 114. «Hombres seguros», 116. «Valoricemos al M.L.», 118. «Impulso anarquista», 119.
ESGLEAS V.: «Sobre educación», 53. «Lo concreto y lo abstracto», 55. «Las matemáticas», 57. «La geografía», 58.
ESPERANZA J.: «El ramo de cortidos», 117.
ESPRONCEDA J.: «Himno al sol», 111.
ESTRADA C.: «Sobre el amor», 73.
EUBEE DR.: «El policía», 70.
EUCKEN R.: «Sobre cultura», 8.
E. V.: «La violencia», 71.

— F —

FABIO: «El trigo», 3. «En torno a un relato», 4. «Un consejo», 6.
FABIO LUZ: «Sepamos vivir en anarquía», 27.
FABRI Luce: «Anticomunismo, anti-imperialismo y paz», 21 a 26. «Democracia, socialismo y anarquismo», 27 y 28.
FABRI Luis: «Anarquía y comunismo en el pensamiento de Malatesta», 7. «La conquista del poder», 22. «¿Crisis de muerte o de transformación?», 92. «¿Qué es el fascismo?», 100.
F.A.I. - C.P.: «Manifiesto sobre la muerte de Durruti», 31.
FALASCHI F.: «La revolución y la libertad», 18. «El individuo, la ley y la sociedad», 99 y 100.
FAUCHER L.: «La ley», 70.
FAULHABER: «El mundo no tiene refugio», 24.
FAURE E.: «Sobre el progreso», 4. «La sociedad», 61.
FAURE S.: «Sobre el niño», 68. «El orador popular», 89.
FEDE (F.M.): «Empirea», 92.
FEDELI U.: «El Movimiento Maknovista», 9. «Ukrania y el Movimiento Insurreccional», 10 a 12. «Cronstadt y la Revolución Rusa», 13 a 15. «De los principios y de los métodos», 17 a 19. «La etapa del 36», 20. «El Movimiento Anarquista en

Francia», 21. «T. Ulenspiegel», 26. «G. Herce», 27. «Fanelli», 32. «Bibliografía», 33 a 56. «Malatesta», 36. «L. Galleani», 65. «Encuesta», 87.
FEDORA M.: «Hombres puros», 50.
FEIJOO: «El hablador», 118.
FELIPE L.: «Mundo de pintores», 17. «Manifiesto», 20.
FERNANDEZ Rios O.: «Juventud», 61. «Recuerdo a Federico», 64. «Poesía moral», 72.
FERREIRA P.: «Posibilidades en el Brasil», 18.
FERRER F.: «Sobre el niño», 68.
FERRER J.: «El sindicato único», 2. «Valor del sindicalismo revolucionario», 13. «Idealismo vacilante y arquitectura social», 15. «El anarquismo ante la sociedad y ante sí mismo», 16. «F. Ferrer Guardia», 18. «Crónica de Julio», 103. «Tolerancia», 113. «Cataluña popular», 115. «Caballos y caballerías», 117.
FERRINI J.: «El animal más dañino», 75.
F.I.J.L. C. P.: «Certamen juvenil libertario», 79.
FIELDER S.: «La sociedad», 70.
FIGUERAS A.: «Si no has muerto un instante», 83.
FLORENNE Y.: «Así es España», 99.
FLORES A.: «A mi madre», 50.
FLORES MAGON R.: «El gobierno», 71.
FOYER L.: «El deporte actual», 50.
FONSECA T.: «Los humildes», 62.
FONTAINE: «L. Michel no era patriota», 69.
FONTAURA E. (V. G.): «Realidad y fantasía en Rabelais», 3. «Anhelos de superación», 5. «La cultura en Levante», 10. «Acción libertaria», 12. «S. Weil y la técnica», 14. «El factor moral», 15. «El anarquismo en Francia», 16. «Vermeher», 26. «Malatesta», 36. «La divinidad», 54. «El temple de Verhaeren», 56. «Pío Baroja», 61. «Ideario de G. Lorca», 66. «Insurrección de los tejedores de Lyon», 70. «En un lugar de la Mancha», 97. «Tras el Congreso de Londres», 98. «Julio entre rejas», 103. «Guerrilleros en Andalucías», 107. «Guyau», 110. «Larra y el periodismo», 111. «Tres cartas», 112. «El maquinavelismo», 114.
FOOT M.: «Contra Franco», 107.
FORCES F.: «La educación», 68.
FOREL A.: «La patología en el erotismo religioso», 24.
FOSTER E. M.: «Contra Franco», 107.
FRANCE A.: «Sobre el progreso», 4. «El pensador», 50. «Sobre la guerra», 60.
FRANCO F.: «Protocolo secreto con su colega el criminal A. Hitler», 114.
FRANCO F.: «Protocolo secreto con su libertad», 41.
FRANK H.: «Obras de Rocker», 18.
FRANKLIN B.: «La muela», 20. «Patria y libertad», 74. «Los libros», 86.
FRAN F.: «Las dos fotos», 21. «En la tierra como en el cielo», 36. «El manganismo», 40. «La gran vuelta», 43. «Sobre la justicia», 54.
FRATERNAL: «La C.G.T.A. y el peronismo», 32.
FREHEL J.: «Otono», 97.
FRIEDNANN G.: «Sobre el progreso», 4.
F. RODRIGUEZ H.: «El nido», 90.
FROM Erich: «Manifiesto socialista», 120.
FRONTAURA C.: «Cosas de España», 29. «La peinadora», 30.

— III —

FUENTEALBA V.: «El Estado en Chile», 29. «Historia sexual de la humanidad», 40.
FUNK-BRENTANO C.: «Sobre civilización», 6.

— G —

GALVEZ P. L. de: «Ecce-homo», «El índice rojo» y «Teresa», 119.
GALLEANI L.: «V. de Cleyre», 68.
GALLEGO, J. L.: «Lo mismo que vosotros» y «Los felices», 96.
GAMBGA C. T.: «Sobre el niño», 68.
GANIVET A.: «España», 26 y 29. «Gobiernos y gobernantes», 109.
GAOS V.: «El tiempo», 40.
GARCES F. (J.G.P.): «Vuelta a Goya», 6.
GARCIA BIRLAN A.: «Anarquismo», 22. «Un juicio sobre España», 113.
GARCIA E.: «Nuestra revolución», 43.
GARCIA LORCA: «Tarde», 107. «La Guardia Civil», 117.
GARCIA M.: «Sobre el progreso», 4.
GARCIA NAVARRO: «Hablemos claro», 70.
GARCIA PRADAS J.: «Puntos de partida», 1. «Ciencia y anarquismo», 2. «Anarquía del lenguaje», 3. «Pueblo en armas», 5. «Flor de solaces», 9. «Fabiulla del loro y del mochil», 10.
GARCIA V.: «Resurgimiento de Alemania», 39. «Aymares, Incas, Mayas y Aztecas», 96.
GARCON Maurice: «El historiador», 50.
GARFIAS F.: «J. R. Jiménez y A. Machado», 115.
GASQUET M.: «La mujer», 56.
G. COSTA ROSA: «El cielo de mi pueblo», 73.
GENET L.: «Expediente franquista», 104.
GERBAULT A.: «Diez pensamientos», 48.
GERMEN (A.R.): «P.B.G. Shelley», 14. «A. Huxley», 15. «La literatura predilecta del pueblo británico», 16. «Documentos», 22. «Godwin», 24 y 25.
GHIRALDO A.: «La virgen roja», 52. «La verdad», 50.
GIBSON T.: «Producción y población», 28. «Significado de la educación», 30. «La rebelión en la escuela», 31 y 32. «El niño», 33 a 35. «Guerra y paz», 97 y 98.
GIDE A.: «¿La razón o la verdad?», 50.
GILLE P.: «El sofisma de Marx», 2. «Sobre el progreso», 5. «Individualismo», 17. «El estoicismo», y «Grecia», 65.
GIMENEZ IGUALADA M.: «Han Ryner», 41.
GODWIN W.: «El voto en una organización», 50. «La ley», 61. «Del perdón», 106.
GOTHE: «El error», 50.
GOLDMAN E.: «Colectividades españolas», 18.
GOMEZ B.: «Cosas de España», 29.
GONZALEZ I.: «Anarquismo en Argentina», 39.
GONZALEZ MARTINEZ E.: «Renovación», «Te engañas», 16.
GONZALEZ PACHECO: «Ocho carteles», 3. «Los libros de Barret», 76. «Antilla», 77.
GONZALEZ PRADA: «Pensamientos», 52, 55, 65, 71, 72 y 73. «Dios», 65.

GORI P.: «El hombre», 19. «El gobierno», 66.
GORSWEILER E. O.: «Soberanía de sí mismo», 67.
GOURMONT R.: «Progresos», 5. «El hombre indiscutible», 50.
GOY: «Camilo J. Cela», 83.
GOYTISOLO J.: «Opinión de un escritor español», 112. «Campos de Nijar», 114. «Actualidad de Larra», 120.
GRACIAN B.: «Ideario», 19.
GRANIK Dr.: «Origen de la vida», 77.
GRANT: «La prueba del error dios», 75.
GRAVE J.: «Sobre el niño», 68. «La cruz», 75.
GUERRA JUNQUEIRO: «Parásitos» y «El coco», 59. «La barca de San Pablo», 62. «Letanía», y «El dinero de San Pedro», 66. «La Iglesia», 75. «Fantasías», 98.
GUERRERO P.: «El ídolo», 56.
GUMPOWIEZ L.: «América-Europa», 14.
GUSTAVO S.: «M. Angel», 17. «Anarquismo y feminismo», 68. «Rubens», 111. «Petrarca», 112.
GUTIERREZ J. M.: «La buñolera», 30.
GUYAU: «La libertad», 65.
G.V.: «Nuestra sociedad», 22.

— H —

HAecker T.: «Sobre cultura», 8.
HAEDENS K.: «Revoluciones en el arte», 50.
HANS FALLADA: «Nada hay eterno», 50.
HAZLITT: «La amistad», 56.
HECTOR: «Barret en el pensamiento anarquista», 14. «La ciencia, el arte y la libertad», 20. «Anarquismo o política», 46.
HEILBRONER L. R.: «La obra de Shakespeare», 63 a 67.
HELVETIO: «El crimen», 61.
HEM DAY: «El arte y el pueblo», 14. «J. Valles», 24. «Objetores de conciencia», 29. «El Estado, peligro para la paz», 30. «W. Godwin», 32 y 33. «Antimilitarismo y anarquía», 35. «Rabelais anarquista?», 38 a 40. «H. Ryner», 41 a 45. «E. Reclus en Bélgica», 58 a 65. «En torno a Germinal», 81. «Pacifismo científico», 85, 87. «L. Michel», 88 a 92. «Para comprender al bolchevismo», 116.
HENRI O.: «Caballero de la rosa», 3. «Entre ladrones», 6.
HERING H. A.: «El frutero y su alma», 5.
HERNANDEZ A.: «El hombre danza en el espacio», 15. «Mi amigo Arcadio», 20. «De España y lo español», 27. «Los esperanzados», 37. «Poseído de eternidad», 38. «El suicidio de Kellogg», 44. «La operación Divy», 47. «M. Viñuales», 51. «Biopolítica», 55. «El mundo de W. Witman», 61. «Diálogos», 62. «Los últimos días de Zapata», 67. «El genio de Rembrandt», 69. «Concepto anarquista del arte», 94 a 96. «Proyección al futuro», 105. «La marcha del hombre hacia el hombre», 111. «Un hombre en la sierra», 113.
HERNANDEZ M.: «Hijo de la luz y de la sombra», 41.
HERRER E.: «Canto de la juventud», 69.
HERRERA J.: «La vuelta de los campos», y «Las madres», 57.

HERRIOT E.: «Sobre España», 102.
HESSE H.: «Lo suave y lo fuerte», 50.
HEWETSON J.: «Apoyo mutuo y revolución social», 37 y 38.
HIERRO J.: «En memoria de Machado», 31.
HISPANIUS: «Un ideal viejo como España», 28.
HOCHWALDER F.: «Lo misterioso», 50.
HOSTEL B.: «Han Ryner», 41.
HUGO V.: «La idea y la fuerza», 25. «Amor maternal» y «Canto a la madre», 47. «El envidioso», 50. «Espíritu y corazón», 67. «La censura», 69. «Las ideas», 71. «Lo que vende el cura», 75. «Sobre los libros», 86. «Altos estudios», 102 a 105.
HUITRON J.: «Teotihuacan», 70.
HUIZINGA J.: «Sobre civilización», 7.
HUMBERT A.: «Sobre el niño», 68.
HUME: «El punto de apoyo del teólogo», 75.
HUNEBELLE D.: «Franco acosado», 115.
HUXLEY A.: «Sobre el progreso», 5. «Contrapunto», 17. «Mitin contra Franco», 107.

— I —

IBARBOUROU J.: «Bajo la lluvia», 19.
IBSEN: «El Estado», 26. «Espectros, Oswald y Elena», 29. «La educación», 68.
INGENIEROS J.: «La inmortalidad en el amor», 57. «El pensador», 71. «Pensamientos», 74. «El mediodía», 112.
INGERSOLL R.: «La hora feliz», 24.
ISAIAS: «La conducta», 65.
IXIGREC: «Jean Marestán», 42.

— J —

JACQUINET C.: «Sobre el niño», 68.
J.A.R.: «Una revolución», 20.
JEROME J.: «La pretensión de instruir deleitando», 10.
JESUS: «El comunismo», 65.
JOHN A.: «Contra Franco», 107.
JIMENEZ M.: «La experimentación aragonesa», y «En Málaga los fascistas asesinaron 30.000 personas», 103. «Ateneos de España», 118.
JOLY P.: «Ética de Estado», 50.
JONES R.: «Vida ejemplar», 50.
JONG A. de: «La revolución española», 20.
JORDANA N.: «Ideas sobre el socialismo», 3.
JOUVET: «Dinamismo o excitación», 50.
JULIEN C. A.: «Contra Franco», 103.
JULIO ANTONIO: «El manero» y «Cultura», 37.

— K —

KANT E.: «Las escuelas», 68.
KHAN E.: «Contra Franco», 103.
KIPLING R.: «Si...», 60.
KNIGHT M.: «Moral sin religión», 52. «Acerca de Dios», 53. «Lo que deber decir a tus hijos hablando de Dios», 108.
KOECHLIN H.: «Crítica de la ciencia», 7. «Defensa del escepticismo», 12. «Anarquismo y tolerancia», 26. «El pensamiento de Tolstoi», 29.
KOESTLER A.: «Testimonio sobre la guerra de España», 98.
KRISHNAMURTI: «Conversaciones»,

— IV —

43. «Descripciones del hombre», 99.
KROPOTKIN P.: «Fragmentos», 13.
«El bienestar», 24. «Las clases», 54.
«El derecho», 61. «Sobre el niño»,
68. «Acción económica o política
parlamentaria», 80. «Respuesta a
Huxley», 102 a 105. «Reflexio-
nes», 118.
KUBO G.: «La revolución españo-
la», 19.
KYRON A.: «El universo personal en
la realización», 16.

— L —

LA BOETIE: «Paraiso de ricos», 75.
LABRIOLA A.: «Sobre civiliza-
ción», 6.
LA BRUYERE: «Todo nuestro mal»,
50. «El héroe», 111.
LACAZE-DUTHIERS G.: «Corto me-
traje», 3. «Preludio», 8. «América-
Europa», 13. «La revolución espa-
ñola», 19. «El arte y la vida», 49.
«Si la clase obrera tomase el poder»
y «Nuestra igual la mujer», 50. «Si-
glos de torturas», 52 a 61. «El ver-
dadero progreso», 69. «La unión de
los trabajadores hará la paz», 82
a 85. «M. Devaldes» y «Manuales e
intelectuales», 88. «Deportes y de-
portistas», 92. «Chantages», 95. «Los
inconscientes», 97.
LACERDA M.: «¿Tiene sexo la inte-
ligencia?», 34. «Pitágoras», 49. «El
problema femenino», 68 y 71. «Ib-
sen», 85. «Carpe Horam», 88. «La
ciencia al servicio de la degenera-
ción», 89. «Domesticando», 90.
LAFRANQUE M.: «F. García Lor-
ca», 116 y 117.
LAFUENTE A.: «Panait Istrati», 5.
«Korochenko», 12.
LAGARDELLE H.: «Sobre el niño», 68.
LAMARLE: «Lo más corriente», 50.
LAMBERT R.: «La revolución espa-
ñola», 19. «Hechos de ayer y de
hoy», 65. «Aspectos de la justicia
popular el 19 de julio», 104.
LANCLON P.: «Anarquismo y bur-
guesía», 71.
LANZA S.: «Crítica miopía», 8.
LAPEYRE P.: «Encuesta de Genit», 82.
LAPEYRE A.: «La etapa revolucio-
naria del 36», 19.
LAROCHOUCAULD: «Sobre el
hombre», 9. «La confianza», 69.
LARRA M. J.: «Sobre el habla», 104.
«Sobre la sociedad», 116.
LAS PLACES A.: «Mi filosofía», 65.
LAZARTE J.: «América-Europa», 14.
«Estado y poder», 28. «Un libro de
Rotondaro», 34. «La comuna libre»,
38. «Sicología y autoridad», 40.
«Hacia las comunas libres», 42. «Es-
tado y ser», 53. «De la economía
gubernamental, en las sociedades
agrarias, al capitalismo», 55. «Cul-
tura y comunidades», 58. «Eugene-
sia y educación demográfica», 60.
«Entre lo masculino y lo femenino»,
75. «Aspectos del trabajo feme-
nino», 94. «Superpoblación mundial
y limitación eficiente», 118 y 119.
LEBLANC G.: «El escritor», 50.
LECOIN L.: «La revolución españo-
la», 19.
LEE L.: «Utilidad de los muertos», 68.
LEMONNIER L.: «Calidad de san-
to», 50.
LENHOLH K. I.: «La revolución es-
pañola», 20.
LENIN V. I.: «El problema nacional
y la economía de los pueblos», 71.
LEON R.: «Sobre libros», 86.

LEVAL G.: «Anarquismo, ciencia y
seudocrítica», 52. «Sobre poesía y
otras cosas», 118.
LIMBERT: «El dichoso y el desgra-
ciado», 67.
LINARES RIVAS M.: «El caballero
primero», 23.
LINCOLN A.: «Sobre dios», 102.
LINZE G.: «La guerra», 50.
LIZCANO C.: «Las mantillas del ar-
te», 35. «Dos pájaros de un tiro»,
37. «La deyección azul», 41. «Del
campo manchego», 51. «Amargasti-
lla», 54. «Hora del mercado», 64.
«Trayectoria del cuchillo», 66. «An-
gustioso vacío de ahora», 71. «La
silla de Cervantes y Argamasilla»,
73. «El Greco en pequeño», 75. «Me-
jor que un chorro de oro», 84. «El
puente de la inspiración», 90. «Creer
y crear», 100. «Razón y pasión»,
102. «Ética y estética», 107. «Indi-
vidualismo y personalismo», 108.
«Inteligencia y conciencia», 111.
«Del dicho al hecho», 113. «Mito y
meta», 116. «D. Quijote en Sierra
Morena», 117.
LOHAC E.: «El servilismo», 50.
LOMBROSO: «La ley», 71.
LONDON J.: «Tabaco y trombosis»,
53. «Crónica científica», 57. «La va-
cuna contra la parálisis infantil», 66.
LONGFELLOW H.: «Los niños», 75.
LOPE DE VEGA: «Los ríos y los
hombres», 75.
LOPEZ Arango: «Pensamientos», 72.
LOPEZ Lepegrin: «El aguador», 30.
LORENZO A.: «Amor», 27. «Pen-
samientos», 78.
LOSA J.: «Patología del poder», 5.
LOUVET L.: «La rebelión de Espar-
taco», 47. «Historia del anarquis-
mo», 50.
LOWENFELD M.: «El niño», 34.
LUCAS: «El comunismo», 65.
L. RONCO U.: «América-Europa», 14.
LUMET L.: «Cuando se puede y se
quiere», 50.
LUMIERE L.: «El dogma: temible
catástrofe», 50.
LYG: «Seres extraterrestres», 47.

— LL —

LLATSER M.: «Determinismo y vo-
luntarismo», 86 y 87.
LLORENTE R.: «Gremios y síndica-
tos», 4. «Defensa de los oficios», 6.
LLOYD W.: «Walden», 112.

— M —

MACHADO A.: «El mañana efímero»,
18. «Manifestos», 20. «España malo-
grada», 22. «A. C. Arenal», 24.
«Ideario», 108. «A Lorca», 117.
MACAULAY: «Sobre los niños», 86.
MACE C. A.: «La propaganda religio-
sa en las escuelas», 109.
MACHO V.: «Manifestos», 20.
MADARIAGA S.: «Del hombre y de
la sociedad», 22. «Contra Fran-
co», 103.
MAILLE A.: «La revolución españo-
la», 20.
MALATESTA E.: «Antifascismo o
anarquismo», 46. «El odio», 61. «Lo
que queremos», 71.
MAKNO N.: «Entrevista con Lenin»,
21.
MALATO C.: «La anarquía», 66.
MALLEA E.: «Sobre cultura», 7.
«Arabelas», 17.
MAN H.: «Ideas sobre el socialismo»,
2. «Sobre cultura», 8.

MANWELL R.: «Valor de la cinema-
tografía», 21.
MARANON G.: «El español», 111. «Es-
to digo», 118.
MARCUCCI E.: «América-Europa»,
13. «Tolstoi y el oriente», 25.
MARESTAN J.: «Mi concepto del
anarquismo», 42.
MARQUERÍA A.: «La cadena», 15.
MARQUES: «Manifestos», 20.
MARTÍ J.: «El crimen de Chicago»,
13. «Tres cuartetos», 28. «Pensa-
mientos», 60 y 62.
MARTÍN A.: «Primavera» y «Rosa
del fuego», 17.
MARTÍNEZ M.: «Sobre educa-
ción», 68.
MAKIN K.: «Contra Franco», 107.
MAURIAC F.: «El polemista», «In-
fluencia de los regímenes policia-
cos», 50.
MAUROIS A.: «Para salvarse», 50.
MEDINA V.: «La canción del dine-
ro», 82.
MEJIA J. E.: «Traición a Villa», 79.
MEJIAS PENA: «La novela contem-
poránea y dos libros de J. Dos Pa-
sos»,
MELLA R.: «Caudillismo», 60. «So-
bre el niño», 68. «Cómo luchar», 109.
MENENDEZ PELAYO: «Sobre los li-
bros», 86.
MENZEL R.: «El país más avanza-
do», 50.
MERLINO S.: «La promesa», 66.
MESA E.: «Voz del agua», 44.
MESLIER: «Dios», 75.
MESNIL C.: «Recuerdos sobre Re-
cius», 50.
MICHEL L.: «La hidra clerical», 75.
MICHEET: «El celibato, el cura y
la confesión», 75.
MILOSL C.: «Varsovia», 20.
MILLA B.: «El extremismo literario»,
1. «Problemas de América», 3.
«Campos de concentración», «Los
críticos de la anarquía» y «Equili-
brio de potencias», 17. «Stefan
Sweig, cazador de almas», «El hom-
bre y el Estado», «Maritain», «An-
cho es el mundo», y «Temas» 19.
«Europa y América», 20. «Para una
biografía de nuestro tiempo», «No-
che íntima» y «Barea», 23. «Tiempo
de exilio», 28. «La religión del
terror», 29. «Reflexiones sobre te-
mas vigentes», 32. «La fortaleza»,
33. «Realidades americanas», 34.
«En el campo», 35. «Factores de
degradación», 36. «Un precursor
chino del anarquismo», 41. «Ma-
nual» y «Arbol», 46. «Una lec-
ción para el mundo», 104. «Obses-
ión en la poesía de G. Lorca», 109.
«Los intelectuales», 114.
MIRA E.: «Conducta revolucionaria»,
21.
MIRABEAU: «Sobre los libros», 86.
MIRBEAU O.: «La sociedad», 70.
MISES L. V.: «Ideas sobre el socia-
lismo», 3.
MISTRAL G.: «Plegaria por el ni-
ño», 27.
MONICA A.: «Vidas esclavas», 39.
«Salud, puente de Panamá», 94.
MONATE P.: «Basta ya con tanta
dispersión», 50.
MONTESINOS J.: «Manifestos», 20.
MONTESINOS R.: «A un amigo», 114.
MONTESQUIEU: «Sobre los li-
bros», 86.
MONTHERLANT H.: «Origen de las
desgracias», 50.
MONTOVANI J.: «Sobre educa-
ción», 11.

— V —

MONTSENY F.: «Dos libros de Madariaga», 21. «E. Zola», 22. «B. Croce», 24. «Bibliografía por Lamberet», 27. «Unamuno», 35. «El dolor de crear», 37. «Stig Dagerman», 48. «Perseguido», 51. «Ensueño», 52. «Aventura», 53. «Entierro a la luz de la luna», 54. «Genitrix», 55. «Robo», 56. «Nocturno en el mar», 57. «Evasión», 58. «Boda», 59. «Milagro», 60. «Hacia la humanidad libre», «Historia sexual de la humanidad», «Marco» y «Geografía de España», 61. «Juegos del amor», 62. «Radowitzki», 63. «Madre», 64. «A Lorenzo en Londres» y «K. Marx y su familia», 69. «Un hombre y un libro», 73. «La tragedia del hombre libre», 74. «E. C. Carbó», 86. «R. Rocker», 94. «Vlaminck fue anarquista», 95. «En torno a F. Alai», 101. «M. R. Vázquez y Ascaso», 103. «Pueblo en armas», 104. «Juventud constructiva», 106. «Viaje a Oxford», 107 y 108. «Panorama internacional en los Nos. 98, 99, 100, 102 y 105».

MOORE H.: «Contra Franco», 107.

MORATORIO O.: «Ante ellos», 85.

MORO J.: «El hombre ante la ciencia», 23.

MORELLO: «La mujer», 61.

MORENO J.: «Bloqueo», 38.

MORGAN C.: «Sobre el hombre», 9.

MORO F.: «Consideraciones sobre el dolor», 3. «Cosas viejas», 4. «Soy un refugiado», 6. «Y marte vendimio», 8. «Sendero sensitivo» y «El pájaro mágico», 11.

MORO T.: «La justicia», 61.

MOST J.: «Creer, enemigo de pensar», 75.

MUHSAM E.: «La libertad como principio social», 79.

MULTATULI: «La vida», 50.

MUNFORD L.: «Mittn contra Franco», 107.

MUNOZ W.: «E. Relgis», 4. «Cenón», 21. «Huterianos», 24. «Epicteto», 30. «M. Lacerda», 31. «Armand», 33. «Mi anarquismo», 39. «Rincón del bibliófilo», 40. «Gorki y J. Maestán», 42. «Thoreau», 45. «Mito de América», 47. «A. Gerbanes», 48. «Barret y Thoreau», 52. «El terror militar en la España precristiana», 53. «Breviario filosófico», 54. «Dios», 55. «Masculinocracia», 57 y 58. «Apología de la anarquía», 60. «Los bárbaros», 61. «Por los caminos de la anarquía», 62. «Cosecha de luz», 65. «Breve historia del libro» y «Pensamiento de Neuenhuis y Carpenter», 67. «Los maestros», 68. «En la antigüedad» y «El pensamiento de Grave», 69. Whitman y Thoreau, 70. «Origen del anarquismo en Uruguay», 72. «Los árabes», 73. «Arte de imprimir», 74. «Individualismo y fraternismo», 75. «Mi biblioteca» y «El pensamiento de Barret», 76. «En la tierra de Hades», 77. «El Estadio», 79. «Omar Khayyam», 85. «Epicteto», 86 y 87. «Por las verdades del anarquismo», 88. «Thoreau», 89, 91 y 92. «M. Stirner», 93. «Sarandi de Barcelón», 95. «J. Warren», 96. «Schopenhauer», 97 y 98. «I. Puentes», 99. W. Whitman», 101. «R. y Cajal», 107. E. Reclus», 108. «I. Prats», 109 a 111. «El filósofo de Walden», 112. «E. Boulard», 113. «H. Ryner»,

114 a 116. «Thoreau et Hudson», 120.

MUSE E.: «Escepticismo y porvenir social», 8, 16 y 17.

MUSONIUS R.: «La felicidad», 65.

— N —

N. A.: «Pueblo de la meseta», 6.

NABUCONODOSOR: «Dios», 71.

NAQUET A.: «Malthusianismo y socialismo», 102 y 104.

NATOLI M.: «Los deportes», 50.

NAVARRO LEDESMA: «Los de lo alto», 20.

NAVARRO T.: «Manifiesto», 20.

NAVARRO M.: «Emociones y pasiones», 106.

NERVO A.: «Si una espina me hiera» y «En paz», 55. «La contemplación», 67.

NETTLAU M.: «Obreros y campesinos», 10. «Fuentes de cultura», 67. «La misión de los anarquistas», 93 y 94. «Correspondencia», 106 y 107.

NEVES R.: «T. de Fonseca», 62.

NICOLAI: «Medicina social», 30.

NIEMAN O.: «Sobre el niño», 68.

NIEZTSCHKE: «Amor», 71.

NINO N.: «Nietzsche y Stirner», 30.

NOJA H.: «Sentimiento y razón», 50.

NORE M.: «La honestidad», 50.

— O —

OCANA F.: «Poder de decisión», 82. «Conquistadores de niños», 92. Tradición autoritaria», 100. «La pedagogía», 101. «Criterio y consecuencia anarquistas», 112. «Pena de muerte», 116.

OCHOAORENA F.: «La conducta», 56.

OFFENER R.: «América-Europa», 13.

OLAJA F.: «El informe kruschev», 72 a 86.

OLIVER M.: «Sobre civilización», 6.

ORIBE E.: «La vaca», 72.

ORTEGA Y GASSET: «Sobre cultura», 7. «El hombre», 9.

OSTERGARD G.: «Anarquismo», 84.

OTERO C.: «El pasado vuelve o está», 25. «Faroles en altiplano», 30.

— P —

PALACIO M.: «El español», 29.

PALACIO S.: «Contraste», 92. «Sonetos sociales», 100. «Criminal arrepentido», 101. «Ambiente de altura» y «Principio del crimen», 102. «La rebeldía alma mater del anarquismo», 106.

PALANTE G.: «Sobre el socialismo», 2. «El progreso», 5. «La crítica trónica», 50.

PALLARES L.: «Dos besos», 50.

PANZINI A.: «Una enfermedad, un gato y un marqués», «Dos espectáculos», 12.

PARDO BAZAN E.: «La modista francesa», 30.

PARESCOIN J.: «La educación», 68.

PASCAL: «Condiciones de progreso», 4. «Vida feliz», 50.

PATAN J.: «Esperanza en Torrelblanca», 15.

PAULES C.: «Con el silencio», 65. «A. Kibozama», 68. «Con la humildad», 69. «Con la verdad», 72. «Propagar y combatir», 76. «La mendicación», 80. «Objetivo insoslayable», 88. «Palanca de Arquimedes», 90. «M. Bakunin», 92. «Nece-

sidad de ideal», 98. «De la discusión sale la luz», 102.

PAULHAN F.: «Sobre el hombre», 9.

PAZ O.: «Cuartillas admirables», 8.

DARRAQUE: «Canto a la vida», 76.

PEIRATS J.: «Zaragoza a la vista», 1. «La C.N.T. en la Revolución española», 9. «Sobre el pacifismo», 11. «La pretendida crisis del anarquismo», 12 y 13. «¿Existe un anarquismo científico?», 14. «Propaganda: cantidad o calidad?», 15. «Medios y fines», 16. «Excursión a principios de siglo», 20. «Cantayana», 23. «Conciencia histórica», 24. «Razón de Estado, sacrificio y reacción sentimental», 26. «Rabelais», 29. «Objetivo número uno», 30. «Pacto C.N.T.-U.G.T.», 31. «Lessons of the spanish Revolution», «Trentenio de activista anarquista», «El movimiento libertario spagnolo», «Les ramblas finissent à la mer», 35. «Krishnamurti», 43. «Aguas del Atlántico», 46. «La autoridad», 49. «Iniciación ideológica», 54 a 63. «Condición humana», 70. «De la verdad a las consecuencias», 78 y 79. «El hombre», 85. «Derecho civil en España», 89. «Fascismo y democracia», 90. «El anarquismo ante la actualidad», 97. «Nicolai-Einstein-Nettlau», 102. «M. Nettlau», 104. «El héroe de la Revolución Esp.», 109. «Ideas negras», 111. «Plan de realizaciones», 112. «Cortina de humo», 114. «Las individualidades en la Revolución Esp.», 116. «Sicosis de Estado», 117. «Sobre nuestra neutralidad diplomática», 118. «El anarquismo de Kropotkin», 119. «España, bajo el problema económico», 120.

PELAZ L.: «Arte», 50.

PEREDA J. M.: «España», 26. «Cosas de España», 29.

PEREZ BURGOS J.: «Imitemos a la llama», 106.

PEREZ F.: «La portera», 41.

PEREZ GALDOS: «Viejas glorias», 11. «Córdoba», 17. «Escuelas de antaño», 30.

PEREZ GUZMAN: «Las polvaredas», 62. «La educación», 90.

PEREZ NIEVA: «Tipismo español» y «El cesante», 30.

PERT C.: «La escuela», 68.

PERROUX F.: «Ideas sobre el socialismo», 3.

PETRICHENCO: «La escuadra del Báltico», 35.

PHATAN-HAPTON: «La conducta», 65.

PICON J. O.: «Prueba de un alma», 112.

PINDARO: «Madre común», 65.

PINILLA F.: «El niño», 68.

PINO F. (J. F.): «La razón no basta», 7. «No es por ahí», 8.

PIRINEOS M. (M.C.): «La música», 98.

PITALUGA: «Sobre cultura», 7.

PITAGORAS: «Pensamientos», 104.

PI Y MARGALL: «El arte», 17. «El derecho», 54. «El trabajo», 114.

PLAJA H.: «R. F. Magón», 85. «Labor a realizar», 105. «Sobre una supuesta crisis del anarquismo», 111 y 112.

PLANCHE F.: «Sobre el III Certamen socialista», 25.

PLATON: «Lo que es la vida», 50.

POCH A.: «La sífilis, enemiga de la belleza», 8.

POIRSON S.: «El niño», 68.

— VI —

POMPEYO G.: «M. Servet», 25.
 POPE A.: «La cultura», 81.
 POU B.: «P. Delasalle», 35. «La decadencia revolucionaria», 28. «Malatesta», 36. «El 1º de Mayo», 65.
 PRATELLE A.: «La escuela», 68.
 PREVERT.: «Insomnio», 18.
 PRIESTLEY J.: «Anarquistas pacíficos», 50 y 51.
 PRITCHETT V. S.: «Mitin contra Franco», 107.
 PROUDHON J.: «Sobre el progreso», «La sociedad», 21. «La anarquía», 41. «Esclavo de nada», 50. «El poder», 70.
 PRUDHOMEAUX A.: «Socialismo y cientismo», 50.
 PRUNIER A. (A. P.): «Godwin», 7. «Secreto y violencia», 9. «Ante la guerra», 12. «Límites de la rebelión», 13. «Verdad, justicia y libertad», 14. «Desheredados del humor», 32 y 33. «¿Marxismo o anarquismo?», 45. «Socialismo y libertad», 51. «Del cientificismo a la tecnocracia», 62. «Presiones sobre la prensa», 68. «Las ilusiones de un dictador revolucionario», 71.
 P. S.: «Anarquismo y gradualismo», 63.
 PUENTE I.: «Sisifos», 30. «Pensar y sentir», 64. «Higiene individual», 91 a 94.
 PUIG d'A.J.: «Vida en común», 14.
 PUYOL J. M.: «Ruta sin fin», 29 a 37. «G. Lorca», 39. «Vidas sombrías», 40. «A través de mis gafas», 41. «Guñol trágico», 42. «Ojos cobardes», 43. «Rafagas», 45. «Lo religioso de Cervantes», 46. «La novela de Salomé», 47 a 53. «El tren que pasa», «Perro mártir», 57. «Tres composiciones de Gabriel y Galán», 59. «Nocturno», 61. «Noticia al viento», 63. «Misa pontifical», 68. «Jerez», 71. «Prejuicio», 92. «Los toros de Guisando», 94. «Los Juanes de Cervantes», 96. «El nudo Gordiano», 98. «Los duques del Quijote», 101. «La hipoteca», 105. «Enero», 108. «Trabajos de hombres», 111. «Isla Cristina», 114. «Cervantes», 116 a 118. «Aquella vieja», 119.

— Q —

QUESADA O.: «Kinsey», 46.
 QUEVEDO.: «El gobierno», 115.
 QUILMA X.: «Las manos», 54.
 QUIROGA H.: «La abeja haragana», 75.

— R —

RABELAIS.: «Los libros», 86.
 RABINDRANATH TAGORE.: «La servidumbre», 66.
 RACHILDE.: «La lucha del animal y la del hombre», 50.
 RAFAEL C.: «Capitán Araña», 50.
 RAINBOW J.: «El eterno problema de la libertad», 33.
 RAINER M. R.: «El poeta», 16.
 RAMA M. C.: «El último libro de Russell», 34. «El fascismo como dictadura capitalista», 53. «Prefacio a la crisis española del siglo XX», 117.
 RAMON Y CAJAL S.: «La sociedad del porvenir», 98.
 RAMOS CARRION.: «La hacha», 21.
 RAPOPORT C.: «Sobre el socialismo», 3.
 RAUMSOL.: «La mentira», 50.

RAVASINI G.: «El Nepal», 47.
 READ H.: «La muerte da Kropotkin», 13. «El simiesco imitador de Hitler», 17. «El arte y la evolución», 18 y 19. «La paradoja del anarquismo», 41. «La educación», 42 a 45. «Individuo y grupo», 47 y 48. «Mitin contra Franco», 107. «Anarquía y orden», 118.
 REBER C.: «Primer congreso de robots», 63 a 66.
 RECLUS E.: «El progreso», 5. «La educación», 10. «Ideario», 16. «La anarquía», 60. «La sociedad», 61. «El budismo», 65.
 RELGIS E.: «Los libertarios de Rumania», 1. «La utopía», 2. «Istrati», 3. «Elites y masas», 9. «P. Synkeus», 11. «América-Europa», 13 y 14. «La Marsellesa de la pa.», 15. «Cultura y civilización», 18. «Buen camino», 20. «El hombre ante la barbarie», 25 y 26. «Doble moral sexual después de la Revolución rusa», 29 a 31. «El apocalipsis de Blake», 32. «Cerebro e inteligencia», 33 y 34. «Estética de la vida», 37 y 38. «Vida interior», 39 y 40. «Uriel y Spinoza», 42 y 43. «J. Ishill», 44. «Agonia de una civilización», 46 y 47. «Imperialismo literario», 48. «El humanismo, los intelectuales y el comunismo», 52. «Artesanos de la cultura», 54. «Einstein», 56 y 57. «Religión, ciencia y universalismo», 59. «Lo social», 61. «Testimonio para la juventud», 63. «Budapest», 66. «Escuela y enseñanza», 69. «Antroposofía», 70. «Belgrado», 73. «Praga», 76. «Eclesiastes», 77. «Melodías», 78. «Semanas vienesas», 80. «Berlín», 83. «Bibliotecas», 84. «Introducción a H. Ryner», 85. «Escuela de sabiduría», 90. «Diálogo de los sentidos», 91. «Cementerios», 95. «Las dos caras de Norteamérica», 96. «La gaceta», 97. «Columna del solitario», 98. «Latigo», 99. «Efímera», 100. «Ideográfica y Esperanto», 104. «Filosofía viva», 109. «Literatura de guerra», 111 a 117. «Doce capitales», 118.
 REMUSAT.: «Budismo», 65.
 RENARD J.: «Ideario», 19.
 RESPAUT A.: «La irreligión», 82.
 RACIUS.: «Insomnio», 18.
 RIMBAU M.: «Sobre el niño», 68.
 ROBIN.: «Sobre el niño», 68.
 ROKER R.: «Proudhon», 8. «Concepciones autoritarias», 9. «Responsabilidad del proletariado», 24. «J. Ishill», 56. «La revolución», 62. «Las leyes», 64. «España musulmana», 109 y 110.
 ROCHER P.: «El ejemplo y el dirigismo», 50.
 RODO J. E.: «Más allá», 12. «Pensamientos», 58.
 ROLAND-HOLST E.: «El sentido en la obra de Tolstói», 49.
 ROMAIN ROLLAND.: «Manifiesto a favor de España», 31. «La guerra y la mentira», 50.
 ROSELL A.: «La bestia humana», 36. «España», 78. «E. Key», 108.
 ROSELL J. J.: «Poema del nido», 90.
 ROSENDO (M. LL.): «Cuando el momento llegue...», 81.
 ROSTAND J.: «Independencia», «Procreación», 50. «Pensamientos», 120.
 ROUSSEAU J.-J.: «Las leyes», 64.
 ROUSSET D.: «La voluntad es insuficiente», 50.

R. TROISE P.: «Gorgo», 106. «Nirico», 110.
 RUBEN DARIO.: «España», 26. «A Goya», 58.
 RUIZ DE LA SERNA E.: «Árboles desnudos», 14.
 RUIZ J.: «Contra la obscenidad», 48. «Sobre mitología», 64. «¿Es mala la moral inglesa?», 78 a 81. «Sobre educación», 113 a 120.
 RUSSELL B.: «El error del comunismo», 1. «Reflexiones», 19. «La educación», 30. «Sobre filosofía y Mitin contra Franco», 107.
 RYNER G.: «Ryner en Noruega», 59.
 RYNER HAN.: «Ibsen», 29. «Pena de muerte», «La opinión pública», «La nobleza» y «El cobarde», 50. «La religión de la armonía», 56. «Los estoicos», 70. «F. Ferrer», 87. «Pacíficos», 88. «Judas», 89. «Los arragados», 91. «Bias», 93. «San Agustín», 95. «Los laboriosos», 96.

— S —

SACHA H.: «Contra Franco», 103.
 SAENGER P.: «Humanismo y socialismo», 91.
 SAGEREL J.: «Sobre el progreso», 5.
 SAINDELA CHIN P.: «El alcoholismo», 36.
 SALAVERRI V.: «Pío Baroja», 60.
 SALCEDO R.: «Campanadas de Noel», 74. «Las manos de mi cortijera», 95.
 SALVADOR T.: «Payeses de remensa», 119.
 SALVOCHEA F.: «El pobre y el rico», 78.
 SALZBERG D.: «Realidades», 25. «El anarquismo», 28. «De la revolución a la tiranía», 63. «El comunismo marxista factor de regresión social», 72.
 SALLES E.: «Su majestad el terror», 20.
 SAMBLANCAT A.: «Farturápolis», 1. «Dolor de España», 2. «Imperio de Manises», 4. «El secano patriotero», 5. «Segovia panera», 8. «Desbravar el aquizón», 9. «Dos fuerzas de choque», 12. «América-Europa», 14. «Antipapismo», 16. «El robie floral», 21. «R. Lulio», 22. «Cuadrilla diplomática», 25. «Canon corintio», 30. «Reconsideración de fastos», 32. «Superturismo dólar», 35. «Entuerto standard», 37. «Etnica hibridación», 42. «Abenjalau», 43. «Proscripción inmerita», 46. «Irracionalismo», 48. «Sócrates y la suripanta», 51. «Neoregesis de la cultura», 54. «Propiedad facinerosa», 58. «El Zeus Avesta», 60. «Tranchete del profeta», 68. «Lengua de Homero», 74. «Sofrosine», 77. «Taifas como trufas», 80. «Alta India», 81. «Calendas Justinianas», 84. «Tatarsa tridentino», 87. «Gorki acrisolado», «Los nibelungos», 94. «Cabado de gento», 97. «Maniqueísmo», 101. «Aragón», 103. «Jaz de libertades inglesas», 106. «Ni dios ni amo», 107. «Sacramento Social», 109. «Cábulos de mareantes», 110. «Nepotismo criollo», 111. «Bastardía de linajes» y «Los fueros aragoneses», 113. «Peñadanes», 115. «Serranilla graya», 116. «Narcisismo del zapote», 118. «Payeses de remensa», 119. «La ciudad palaciana», 120.
 SANCHEZ L.: «A. Gualdon», 56.
 SANCHEZ OCANA.: «Caprichos de hombre», 56.

SANDOVAL M.: «Siempre», 21. «La atención», 23.
 SAN MARTÍN: «Pensamientos», 22. «Sobre el niño», 68.
 SANS AMAT J.: «Obra del catolicismo», 103.
 SANSON P.: «Mitin contra Franco», 107.
 SÁNCHEZ LAYANA G.: «Lo que hay que aprender», 50. «La lealtad», 118.
 SANTOS E.: «Expediente Iraní», 103.
 SARMIENTO: «Criminales absueltos por la Iglesia», 75.
 SARRAU L.: «Cautiverio», 89. «Viejo mar», 102.
 SARTRE J. P.: «La falsa modestia», 50.
 SCHAEFFER: «El gobierno», 64.
 SCHELER M.: «El hombre», 9.
 SCHIENERT D.: «Los prejuicios», 50.
 SCHOPENHAUER: «Lo peor», 50.
 «Notas», 65. «Las religiones», 75.
 SCHUBERT: «Pensamientos», 58.
 SCHUMAN A.: «La exageración», 50.
 SCHWARTZMAN J.: «Chavaká, hereje», 48. «Lucrecio, teórico social», 118.
 SCIZE P.: «Nuestra sociedad», 50.
 SEGARRA P.: «Cómo organizarse», 22.
 SEGUI S.: «Sindicalismo y cultura», 25.
 SENDER R.: «K. Larness», 62. «El ensayo», 67. «Heine», 68. «Cocteau», 69. «Hugo», 71. «Escritores franceses en los U.S.A.», 74. «Platón en la Quinta Avenida», 83.
 SENECA: «La guerra», 60.
 S. E. P.: «El anarquismo entre esquimales», 19.
 SERGIO (J. B.): «Astronomía del día», 67. «El rincón del saber», 68 a 77. «Trogoditas», 85. «Nuestro mundo», 86. «Panorama internacional», 98.
 SHAKESPEARE: «Pensamientos», 22. «Los tiranos», 118.
 SHAW B.: «Pena de muerte», 71. «El estilo», 115.
 SILONE I.: «Variaciones», 2.
 SIMON J.: «Pensamientos», 58.
 SIMON L.: «Europa-América», 13. «Nuestro esfuerzo», 86.
 SLONIMM: «En honor de Tolstoi», 119.
 SMITH L.: «La escuela», 68.
 SOREL: «Misión de los trabajadores», 18.
 SOILLLO N. A.: «Trabajo a cadena», 19.
 SOUVENANCE J.: «Barbedette» y «La reacción del puñetazo», 50.
 SPEAIGHT R.: «Sobre el progreso», 5.
 SPENCER: «Sobre educación», 11. «Parasitismo animal», 50.
 SPENGLER O.: «Sobre la cultura», 7. «El nombre», 9.
 SPINOZA: «Dios, un absurdo», 75.
 SPRANGER E.: «La cultura», 8.
 STEIN L.: «Sobre cultura», 8.
 STEINBERG I. N.: «Ingenieros del alma humana», 17.
 STENBECK J.: «Marcha hacia el oeste», 16.
 STENDAL: «La vida», 50.
 STIG DAGERMAN: «A la España de los lucanadores», «España», 48.
 STIRNER M.: «Lealtad», 50. «Dios, pretexto para matar», 75.
 SUARES A.: «Fidelidad», 50.
 SUAREZ C.: «Krishnamurti y la unidad humana» y «Conocimiento a sí mismo», 43.
 SUAREZ J. M.: «Apostilla a Berne-
 11», 6. «Destino de los precursores», 7. «La televisión», 11.
 SUNO (W. M.): «Microcultura», 59 a 119.
 SUX A.: «Las catástrofes», 57.

— T —

TABOADA L.: «Los cursis», 30.
 TAMOINE O.: «El niño», 61. «Lo peor», 75.
 TATO LORENZO: «Valorización del tiempo», 6. «La Rvón. Esp.», 19.
 TCHERESOFF W.: «Crítica del marxismo», 4.
 TEJERINA: «Los silicones», 61. «La química contra el juego», 63. «Exceso de población», 92.
 TOLSTOI A.: «Yo vi morir a Tolstoi, mi padre», 119.
 TOSLOI L.: «Los poderosos», 61. «Los holgazanes», 71. «La cruz», 75.
 THOREAU H. D.: «Solo o acompañado», 50. «Walden», 87. «Vida sin principios», 100 a 106.
 TOYNBEE A. J.: «Sobre civilización», 6.
 TRASEAS: «La felicidad», 65.
 TRAVEN B.: «La personalidad», 18.
 TURBOT: «Las leyes», 64.
 TURGUENEF: «Fragmento», 107.
 TWAIN M.: «Washington», 7.

— U —

UCAR E.: «Canto a los forjadores españoles», 7.
 UGARTE M.: «Rebeliones», 91.
 UNAMUNO: «Salamanca», 29. «Extractos», 65. «Sobre el marasmo actual de España», 106.
 URALES F.: «Sobre educación», 68. «Por qué no somos comunistas», 69.
 UTSUIN-CHEN: «La educación», 10.

— V —

VAGRE J.: «El orden», 110.
 VALDES R. J.: «Crónica científica», 51.
 VALENCIA: «Chaplin», 44.
 VALERA F.: «Ante la tumba de Machado», 118.
 VALERA J.: «España», 26.
 VALERY P.: «La guerra», 50.
 VALIENTE J.: «Muniesa libre», 103.
 VALLINA P.: «El infierno verde», 25. «Las serpientes ponzoñosas», 27. «Paludismo», 28 a 30. «Fuego de los trópicos», 31. «La disenteria», 33. «Uncinariasis», 34. «Un gran meamiento: el agua», 37. «Comedores de carne humana», 38. «Comedores de cerdo», «Triquinosis», 41. «Locos por su culpa», 45. «Mal del pinto», 50. «La fuente de la vida y de la muerte», 54 y 55. «El alcohol, la mujer y el niño», 71. «La historia triste de mis libros», 85. «Extremadura y la justicia del pueblo», 103.
 VALLS E.: «La India y sus pensadores», 93.
 VARGAS VILA: «El amor a Dios», 75. «Fragmentos», 110.
 VAUVENARGUES: «Sobre los libros», 86.
 VEGA ALVAREZ: «Niños de azabache», 63. «Soledades sin prisa», 70.
 VELASCO S.: «La educación», 62.
 VEGA J.: «¿Armas secretas?», 42.
 WELLS H. G.: «El mundo», 17.
 VERGINE S.: «Terror militar», 43 a 49. «Carne y sangre», 60.

VERLAINE P.: «La canción buena», 40. «Personajes de Masip», 44.
 VIADU J.: «Radovitzki», 73.
 VIGNES J.: «Encuestas», 84.
 VILAGELIU J.: «Pequeño episodio», 9. «Otro episodio», 10.
 VILASETRU P.: «México», 98. «Don Juan español y universal», 99. «El sentimiento democrático español», 102 a 105.
 VILLAESPESA F.: «La rueda», 25.
 VILLEGAS L.: «Trío», 84. «La democracia», 96.
 VINA M.: «El secreto de la Gironda», 44.
 VINUALES M.: «Literatura latina», 6. «Estudio de artistas», 16. «Sancho Panza», 19. «P. E. Ureña», 32. «La novela norteamericana», 34. «Peñíscola», 35. «S. Díaz», 36. «D. J. Sierran», 38. «G. Florez», 40. «Solo quien conoce a Dios conoce al hombre», 13. «El diavolo», 44. «Zarabanda franquista», 46. «Revistas sobre mi mesa», 49. «Fraudes de Carlos III», 51. «El perro que supo perdonar», 118. «El abuelo y la muerte», 119.
 VIVECANANDA: «Cómo mejorar el mundo», 50.
 VOGT C.: «La anarquía», 64.
 VOIVENEL P.: «La edad crítica», 22.
 VOLGA MARCOS: «Sinfonía», 23. «Leyenda de flores», 32. «Alma del pensador», 42.
 VOLNEY: «El hombre», 9.
 VOLTAIRE: «Pedagogía», 68. «Los libros», 86.

— W —

WHALE J. S.: «Sobre el hombre», 9.
 WHITMAN W.: «Pensamientos», 56.
 WILSON C.: «La guerra», 50.
 WOODCOCK G.: «El principio anarquista», 2. «El escritor y la política», 16 y 17. «Anarquismo constructivo», 19. «Regla de la vida», 23. «La muerte de Kropotkin», 36. «Bakunin y la Internacional», 39. «Orwell y el anarquismo», 56 a 60. «Godwin», 82. «Fourier», 90. «A. Herzen», 95.

— X —

X.X.X. (M.N.): «La cibernética», 17. «¿Cómo evitar una nueva guerra?», 24.

— Y —

YA-HIAN: «La civilización china», 65.
 YAMAGA T.: «La Rvón. Esp.», 19.
 YAMANDA G.: «La resistencia del nativo americano», 23.
 YUNG R.: «La vida infernal de los obreros atómicos», 39.

— Z —

ZEDA V. (A.R.): «La escuela», 68. «Tara abúlica», 82. «Alfabetismo y cultura actuales», 88. «Anestesia mundial», 97. «Opio político», 100.
 ZISLY H.: «Sobre el niño», 68.
 ZOLAE: «Sobre educación», 66 a 76.
 ZORRILLA J.: «A la estatua de Cervantes», 64.
 ZUBER S.: «Naturaleza», 60.
 ZWEIG S.: «El refugiado», 110. «Los libros», 118.

— VIII —

de las masas, quienes tienen que hacer tremendos sacrificios para lograr una rápida acumulación del capital, utilizaron ideologías socialistas combinadas con ideologías nacionalistas; así han conseguido la reciente cooperación de los gobernados.

Hasta aquí el sistema de libre empresa es bastante superior al comunista, porque ha conservado una de las más grandes aspiraciones del hombre moderno: la libertad política, y, con ello el respeto a la dignidad y a la individualidad del hombre, que nos vincula con la tradición fundamental y espiritual del humanismo. Esto hace posible la crítica, y el proponer cambios sociales constructivos, lo cual, en la práctica, es imposible dentro del Estado policiaco soviético. Sin embargo, es de esperarse que cuando los países soviéticos alcancen el mismo nivel económico de desarrollo de Europa Occidental y los Estados Unidos, esto es, que una vez que puedan satisfacer la exigencia de una vida cómoda, no necesitarán ya del terror, sino que serán capaces de emplear los mismos medios de control que el Occidente: sugestión y persuasión. Este desarrollo hará que coincidan el capitalismo y el comunismo del siglo XX. Ambos sistemas se basan en la industrialización, su finalidad es incrementar la eficiencia económica y la riqueza. Son sociedades regidas por una clase dirigente y por políticos profesionales. Ambas son materialistas por completo en sus puntos de vista, a pesar de la palabrería de la ideología cristiana en el occidente y del mesianismo secular en el oriente. Organizan a las masas mediante un sistema centralizado, en grandes fábricas, en partidos políticos de masas. Si ambas continúan en el mismo camino, el hombre-masa enajenado, bien alimentado, vestido, que se divierte mucho, el hombre-automata (gobernado por burócratas que tienen tan pocas miras como él) tomará el lugar del hombre creativo, sensible y reflexivo. Las cosas ocuparán el primer lugar, y el hombre habrá muerto. *Hablará de libertad y de individualidad, pero no será nadie.* ¿Dónde nos encontramos hoy en día?

El capitalismo y un socialismo adocenado y falsificado han conducido al hombre a una situación en que está en peligro de convertirse en automata deshumanizado, está perdiendo su cordura y se halla en visperas de su total autodestrucción. Sólo la plena conciencia de su situación y de sus peligros, y una nueva visión de la vida que pueda realizar las metas de la libertad humana, dignidad, poder creador, razón, justicia y solidaridad, podrán salvarnos de una casi segura decadencia, pérdida de la libertad o destruc-

ción. No estamos obligados a elegir entre un sistema administrativo de libre empresa, y uno comunista. Hay una tercera solución: un socialismo democrático humanista que, basado en los principios originales del socialismo, ofrece la visión de una nueva sociedad verdaderamente humana.

¿Cuáles son los «principios» que sustentan la idea de un socialismo humanista?

1. Un sistema social y económico no es sólo un sistema específico de relaciones entre «cosas e instituciones», sino de «relaciones humanas». Cualquier concepto y práctica del socialismo debe examinarse según la naturaleza de las relaciones de los seres humanos a quienes está destinado.

2. En toda clase de convenios sociales y económicos, el hombre constituye el valor supremo. El objetivo de la sociedad es ofrecer condiciones para el pleno desarrollo de las facultades, la razón, el amor y el poder de creación. Toda medida social debe conducir a vencer la enajenación y la incapacidad del hombre, a permitirle lograr la libertad real, y la individualidad. El propósito del socialismo es crear un conjunto humano en el que el pleno desarrollo de cada uno es la condición para el desenvolvimiento de todos.

3. El principio supremo del socialismo es que el hombre tenga prioridad sobre las cosas, la vida sobre la propiedad, y, por consiguiente, el trabajo sobre el capital. Que el poder provenga de la creación, no de la posesión; que el hombre no sea gobernado por las circunstancias, sino éstas por aquél.

4. En las relaciones entre personas debe regir el principio de que cada hombre es un fin en sí mismo, y jamás debe convertirse en un medio para los fines de otro. De este principio se desprende que ninguno debe estar sujeto personalmente a otro individuo, porque éste posea capital.

5. El socialismo humanista se funda en la creencia de la unión de la humanidad y en la solidaridad de todos los hombres. Combate cualquier forma de culto al Estado, a la nación o a la clase. Considera que la suprema lealtad debe ser para la raza humana, y para los principios morales del humanismo. Se esfuerza por vivificar aquellos valores e ideas sobre los que se erigió la civilización occidental.

6. El socialismo humanista se opone radicalmente a la guerra y a la violencia en todas y en cada una de sus formas. Cualquier intento de resolver problemas sociales y políticos considera no sólo fútil, sino inmoral

e inhumano. Por lo tanto, se opone firmemente a toda clase de armamentos, así como a cualquier política que intente conseguir la seguridad por las armas. Considera que la paz no debe ser sólo ausencia de guerra, sino un principio positivo de relaciones humanas basadas en la libre cooperación de todos los hombres para el bien común.

7. De los principios socialistas se desprende no sólo que cada miembro de la sociedad se siente responsable por sus conciudadanos de todo el mundo. La injusticia que permite que las dos terceras partes de la raza humana padezcan hambre, o mueran, debe ser reparada por un esfuerzo mayor que el que han hecho hasta ahora las naciones ricas, para ayudar a los países subdesarrollados a alcanzar un nivel económico satisfactoriamente humano.

8. El socialismo humanista aboga por la libertad. Pretende que el hombre se libere del miedo, de la necesidad, de la opresión y de la violencia; pero la libertad no es sólo libertad de, sino también para; libertad para participar activa y responsablemente en todas las decisiones que se relacionen con los ciudadanos, libertad para desarrollar en su más alto grado posible las cualidades humanas del individuo.

9. La producción y el consumo deben estar subordinados a las necesidades del desarrollo del hombre, no a la inversa. En consecuencia, toda la producción debe regularse por el principio de utilidad social, y no por el beneficio material que le reporte a algunos individuos o empresas. Por consiguiente, si se debe escoger entre una gran producción, por una parte, o una gran libertad y desarrollo humanos, por la otra, debe elegirse el valor humano en vez del material.

10. En el socialismo industrial, el objetivo no es alcanzar la más alta productividad económica, sino la humana. Esto significa que la manera en que el hombre emplea la mayor parte de sus energías, tanto en el trabajo como en el ocio, debe tener un significado y ofrecer un interés para él. Se debe estimular y auxiliar el desarrollo de todas sus facultades humanas, tanto intelectuales como emocionales y artísticas.

11. Aunque para vivir se deben satisfacer las necesidades básicas materiales, el consumo no debe ser un objetivo en sí mismo. Debe evitarse todo intento de estimular artificialmente las necesidades materiales en provecho de las ganancias. El desperdicio de las fuentes materiales y el desgaste sin sentido, con fines de consumo, es dañino para el desarrollo de la madurez humana.

España bajo el prisma económico

A editorial parisina Calmann-Lévi ha publicado, en el tercer trimestre del año en curso, la interesante obra de Ignacio Alagüe, «L'Espagne au XXe siècle» (1). Desconocemos de este autor los datos biográficos más elementales que, según costumbre establecida, debieran acompañar a la edición. El trabajo revela al economista de afincada experiencia, pero delata, cuando menos, su negligencia política. La consecuencia capital de su análisis tira a dialéctica, a materialista histórica. Los factores económicos preceden y sumergen los breves capítulos dedicados a la dinámica humana peculiar de los españoles y tratan muy ceñidamente de los menesteres filosóficos, científicos, artísticos, etc.

Los efectos económicos se desmenuzan a través de las tres cuartas partes del libro. El mundo hispánico, a una y otra orilla del Atlántico, no ha conocido a tiempo, o no ha conocido nunca, los beneficios económicos de la revolución industrial del siglo XIX y, en consecuencia, tampoco sus repercusiones sociales e intelectuales. Faltamos también a la cita de la segunda revolución técnico-industrial del presente siglo. Los esfuerzos para recuperar el tiempo perdido han conocido los inconvenientes de una flagrante desventaja con respecto a los avisados madrugadores europeos. Bien que mal — más mal que

bien — pasamos a la electricidad y al motor de explosión sin apenas habernos familiarizado con la caldera de vapor. Más recientemente hemos dado un brinco a la era del avión sin casi transición desde la época del tiro de mulas. Cuando los caminos de hierro empiezan a electrificarse aparece el motor Diesel. La carretera y la rueda de caucho, priman hoy sobre la red ferroviaria, insuficiente y mal trazada.

Nos hemos esforzado en esta carrera contra el tiempo desperdiciado. (¿En qué siestas o luchas bizantinas?) El señor Alagüe no es aquí amigo de detalles. Su obsesión son las causas geográficas, climáticas, administrativas y, en fin, políticas hasta ciertos límites. Europa conoció una segunda mitad del siglo XIX de paz relativa que nosotros malogramos. Alagüe apunta discretamente que carecimos a la sazón de unidad política. Y empezábamos a hacer músculo en la práctica democrática — siempre a remolque de nuestros vecinos del norte — cuando éstos ponían ya en cuestión estos mismos principios. Acto seguido la duda se apoderó de nosotros y empezamos a pelearnos. Resultado: En los cincuenta años primeros de este siglo hemos conocido en casa los regímenes políticos más dispares: democracia parlamentaria, monarquía constitucional, amago corporativista y férula totalitaria. Por lo que a lo último respecta, la mitad de los sesenta

12. El humanismo socialista es un sistema en el que el hombre gobierna el capital, no éste al hombre, en el que el individuo manda sobre sus circunstancias, no éstas al hombre, en el que los miembros de la sociedad planean lo que desean producir, en lugar de que la producción obedezca las leyes del poder impersonal del mercado, y las del capital con su inherente necesidad de ganancias máximas.

13. El socialismo humanista es la continuación del proceso democrático en la esfera económica, más allá del terreno puramente político. Esto significa democracia política e industrial, y la restauración del sentido original de la democracia política: la verdadera participación de los ciudadanos, bien informados y responsables, en todas las decisiones que los afecten.

14. La continuación de la democracia en la esfera económica significa el control democrático de los

participantes en todas las actividades económicas: obreros, ingenieros, administradores, etc. El socialismo humanista no se interesa principalmente en la propiedad legal, sino en el control social de las industrias grandes y fuertes. El control irresponsable de la administración burocrática que representa los intereses del capital debe ser reemplazado por tanto el máximo de descentralización administrativa que actúe en nombre de los que producen y consumen, y que sea controlada por éstos.

15. El objetivo del socialismo humanista sólo puede alcanzarse implantando el máximo de descentralización compatible con un mínimo de centralización necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial. Las funciones de un Estado centralizado deben ser reducidas al mínimo, en tanto que la actividad voluntaria de los ciudadanos que cooperen libremente constituiría el me-

canismo central de la vida social.

16. El socialismo humanista es el resultado lógico y voluntario del ejercicio de la naturaleza humana en condiciones racionales. Es la realización de la democracia arraigada en el legado humanista del género humano, acondicionada a una sociedad industrial. Es un sistema social que opera sin emplear la fuerza: ni la física ni la sugestión hipnótica por la que los hombres son forzados sin darse cuenta de ello. Sólo puede lograrse mediante un llamado a la razón del hombre y a su deseo de una vida más humana, rica y significativa. Se basa en la fe en la habilidad del hombre para construir un mundo que sea verdaderamente humano, en el que el enriquecimiento de la vida y el desarrollo del individuo serían los principales objetivos, en tanto que los fines económicos se reducirían a su justo papel de medios para una vida humana más fértil.

años de este siglo los españoles hemos vivido en dictadura. Según el señor Olagüe porque hemos renunciado a la libertad por amor al menor esfuerzo.

El infortunio político de los españoles procede del económico, éste del climático, y éste, a su vez, del geográfico

A excepción de algunos riegos de Levante y Aragón se puede afirmar que España no conoció la irrigación propiamente dicha en la antigüedad. Los primeros síntomas de sequía empiezan a notarse a fines del imperio romano. ¿Exagerarían la fertilidad de nuestro suelo antiguos panegiristas, desde Strabón a Columela? Son demasiados los testimonios coincidentes sobre que España fuese el granero de Roma.

El autor se pronuncia por la hipótesis de un cambio de clima brusco en nuestra península. Hasta 1550 todo son elogios a nuestro clima. A partir de aquella fecha los elogios se convierten en lamentaciones. Los economistas del siglo XVI se extrañan del nuevo fenómeno. Los naturalistas habían llegado a la conclusión apresurada de la estabilidad de la Naturaleza. Pero los geólogos del siglo pasado empezaron a enseñar el fenómeno de la transformación lenta de la superficie de la tierra. Hoy sabemos de transformaciones geográficas recientes. No se historia hoy sin el consenso de la geografía. (Honor a Eliseo Reclus y a su «Hombre y la Tierra»). La sequía de nuestra península sería consecuencia de la que se produjo desde los primeros siglos de nuestra era en África y que convirtió las estepas del Sahara en desierto. En la antigüedad el Sahara era una estepa que se atravesaba a caballo. Esta mutación climática explica la decadencia de las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente.

Actualmente las nubes que se forman en el Atlántico penetran en el continente europeo a través de corredores más o menos precisos según las presiones y la orografía. Los ciclones que vienen del Atlántico si no se forman en la región de las Azores, resbalan a lo largo de la barrera cantábrica. La ruina de nuestro clima produjo, según el autor que comentamos, nuestra despoblación y la emigración a América.

Se omiten aquí otras causas de tipo religioso, racial, humano. A saber: La expulsión de los judíos y de los moriscos; el abandono, en consecuencia, de la agricultura y del artesanado. La España cristiana y caballeresca sentía horror por el trabajo. Pese al señor Olagüe, España siguió poblándose... siguió poblándose de conventos.

Desde el siglo pasado se ha realizado en nuestro país un gran esfuerzo hidráulico, pero los geólogos fueron poco consultados. El problema de la irrigación era más complicado de lo que se había supuesto. En cuanto a la explotación agrícola concibióse ésta en un sentido extensivo y no intensivo. Lo primero es una prima a la erosión. Corregimos el latifundio con el minifundio, éste emprendido por los gobiernos de la segunda república con estrecho criterio parcelario. El parcelamiento multiplica los pequeños propietarios, quienes languidecen por falta de recursos ante la pasividad del Estado. Ante esta penuria de medios de explotación una pequeña

minoría ha emprendido un movimiento de grandes consecuencias para el porvenir: el trabajo en común. Si sabrían esto nuestros colectivistas de 1936 que no conocían a Costa! Pues España es un país que prospera, pero este progreso, señala el señor Olagüe, ha sido obtenido por el trabajo de los españoles y no por iniciativa del Estado «cuya acción estos últimos años ha sido más nociva que bienhechora». El agricultor castellano, con medios rudimentarios ha sacado el mayor rendimiento de las tierras áridas. Y de las irrigadas, el labrador levantino. En España las comunicaciones por carretera, de iniciativa ciudadana, son mas importantes que las ferroviarias, bajo la petarñidad del Estado. Los propios caminos de hierro eran más eficaces cuando pertenecían a la iniciativa privada.

Esta prosperidad general no tiene que ver con las estadísticas. Los agricultores se ponen de acuerdo para esconder al Estado (fisco) el rendimiento de sus cosechas. Las sociedades anónimas poseen varios libros contables. Copian en esto al gobierno totalitario, para quien los problemas económicos constituyen secretos de Estado, como táctica para despistar al enemigo exterior. En suma: que las estadísticas que conciernen a la producción deben ser consideradas como un mínimo. Los años comprendidos entre 1901 y 1914 vieron un comercio exterior español más importante que en nuestros días.

Después de la guerra civil

Señala el señor Olagüe que después de la guerra civil la crisis moral y material habría podido ser dominada con una política de generosidad y sensatez económica. El Estado quiso ejecutar por sí mismo un vasto plan de industrialización del país. Era indispensable establecer un plan científico previamente, «abrir un debate público para confrontar opiniones de gente competente». De ninguna manera; se repitieron los errores de Primo de Rivera y «se derrochó el dinero de los contribuyentes lanzándolo a una sima sin fondo». La consecuencia fue la inflación. Según los datos oficiales los precios al por mayor han aumentado doce veces desde el comienzo de la guerra civil. Es decir, «que los precios pagados por los españoles al detalle son de 18 a 20 veces más elevados, y aun más, que los de 1936». Se ha llegado a pagar el kilo de patatas 30 veces por encima del valor en aquella época.

He aquí un vistazo de salarios. Según datos oficiales el salario real de los obreros en el curso de 1957-58 oscila más o menos entre 70 a 80 pesetas por día (el salario de base es inferior). La media del de 1936 podía calcularse entre 10 y 12 pesetas. De acuerdo con el alza de los precios actuales, para equilibrarse con los de aquella época, los obreros deberían ganar actualmente de 200 a 240 pesetas diarias.

Pasamos en silencio la última parte de la obra que comentamos no por falta de interés sino por su demasiada asimilación a los manuales corrientes. Repetimos, el libro de Ignacio Olagüe es ante todo el de un economista propenso a interpretar todos los fenómenos bajo el rígido prisma de su ciencia favorita.

JOSE PEIRATS

(1) Ignacio Olagüe: «L'Espagne au XXe siècle», Calmann-Lévy, Paris, 1960. 212 páginas.

NO siento ninguna enemistad respecto del que cree en Dios.

Ello simplemente porque la libertad, que reclamo para mí, de no creer tiene por corolario la libertad, para mí semejante, de creer. Este ha sido siempre el punto de vista de los anarquistas individualistas. «A pesar de ver en la jerarquía divina una contradicción de la anarquía, incluso siendo no-creyentes, los anarquistas no son por ello menos partidarios de la libertad de creer y se oponen firmemente a toda negación de la libertad religiosa.» (B. J. Tucker, «Instead of a book»). El anarco-comunista Lames, autor de «Malthus y el Anarquismo», escribió en su «Vindication of Anarchism»: «Yo no he querido jamás poner en duda la existencia de una primera causa inteligente ni hablar con desprecio de tales pruebas de la inmortalidad del alma que han convencido a hombres de ciencia como son los Crooks y los Lombroso». En lo que me concierne yo añado que estoy dispuesto a cooperar para un objetivo determinado con espiritualistas «individualistas», es decir, no pertenecientes a ninguna organización eclesiástica jerarquizada, desprendidos de los prejuicios convencionales y profundamente adversarios de las dominaciones y de las explotaciones de toda clase.

Establecida debidamente esa actitud de «buena vecindad», conviene examinar si, a la luz del análisis, de la razón, del sentido común, lo que llamamos «hipótesis-Dios» es admisible y puede defenderse, material, moral, filosóficamente hablando.

Por mi parte, mantengo que bajo cualquiera de los aspectos mencionados, Dios es una hipótesis, siempre consecuencia de la imaginación del cerebro humano, que no tiene ninguna consistencia fuera de la capacidad creadora de la inteligencia humana, en fin que ella es «antropomórfica» en sumo grado.

Materialmente, cuando se trata de representar la divinidad, los creyentes recurren a imágenes que reproducen ya sea los seres que tienen a su vista, o bien aquéllos de los que se sirven para forjar un ideal. Los dioses y diosas griegas representan con el aspecto de seres que han alcanzado plenamente la perfección corporal y el Padre Eterno aparece con los rasgos de un anciano venerable y majestuoso. Sin duda, esas representaciones pueden ser monstruosas, etcétera — lo que depende las concepciones religiosas de la época — pero siempre basadas sobre el cuerpo humano. Lo que pueda ser añadido o quitado a ese cuerpo importa poco; que la divinidad esté dotada de varias cabezas, brazos o piernas, de un falo exagerado, de alas o atributos amplificados o disminuídos — diccio-

nes o mutilaciones, siempre es el cuerpo humano el punto de partida. Desde luego, existen divinidades representando total o parcialmente animales, pero el procedimiento es siempre el mismo: si no se refiere al cuerpo humano, el creyente se basa en organismos de los cuales conoce la estructura corporal.

¿Qué puede haber de más antropomórfico que el mismo totemismo?

Evidentemente esas representaciones no son más que símbolos, y su objetivo es recordar a los fieles las diversas potencias que detentan, espiritualmente considerados los ídolos de madera, de piedra, de metal, o su imagen pintada o grabada. Tal representación evoca un poder maléfico o benéfico, ésta, la fuerza, la fecundidad, aquélla la piedad, la sabiduría o la justicia, etc. El creyente vulgar no comprende una papa de filosofías ni metafísicas. Está simplemente aterrado, envuelto en su misticismo, desesperado o vuelto a la esperanza, llevado a la resignación o al heroísmo por los símbolos. Esa clase de creyentes tiene necesidad para consolidar su fe, en uno u otro sentido, de contemplar, con sus propios ojos una imagen tallada, esculpida o pintada de la divinidad que tema o revera, dispensadora de los bienes de que goza o de los males que le afligen. Lo que no quiere decir, evidentemente, que comprenda el símbolo de la imagen a la que rinde culto.

Hay sectas y religiones que prohíben en los templos cualquier representación de la divinidad. Pero, sean cuales fueren, llegadas a cierto estado de evolución, todas terminan por llenar la divinidad de atributos como la omnipresencia, la omnipotencia, suprema Bondad, Conocimiento absoluto, Sabiduría extrema, Equidad, Misericordia, Inefabilidad, etc. etc. Todas las cualidades (exageradas), que llegan a ser para el hombre, deseables y meritorias. Imaginar por el contrario, por ejemplo, una divinidad celosa, envidiosa, inexorable, vindicativa, etc., es dotarla de pasiones igualmente humanas. Que simbolice el Soberano — bien o el Soberano — mal, la «hipótesis-Dios», tiene siempre su fuente en la imaginación humana. El «Eterno de los Ejércitos», como el «Dios de las gentes honradas» o «el señor de la Naturaleza sembrando por doquier la vida y la fecundidad», ni tienen realidad más que en el cerebro de quie-

nes les han inventado. Por otra parte, relativamente a la «hipótesis-Dios», ¿cuál puede ser el sentido exacto de las abstracciones tales como Grandeza, Justicia, Bondad, Sabiduría, etc.? Los seres que los creyentes se imaginan representando sus divinidades no son sino super-Hombres, o super-Mujeres, en general inmortales, sobresalientes en lo que se llama el bien o el mal, alcanzando ya sea la super-Perfección o el super-Gangsterismo, pero no yendo nunca más allá de la capacidad imaginativa del hombre.

Los argumentos escolásticos empleados muy a menudo por ciertos propagandistas del libre pensamiento están tan marcados de antropomorfismo como los invocados por los deístas de toda disciplina. Tomemos por ejemplo el problema del sufrimiento: Dios, que sabe todo, prevé todo y, además, es omnipotente, puede suprimirlo, puesto que es bueno, justo, etc.... Si no lo suprime es que no es omnipotente, a menos que sea cruel. O bien no ha sabido preverlo y entonces es que no sabe nada. Ahora bien, son los teólogos quienes postulan que Dios es omnipotente y omnisciente. Es fácil observar que eso no tiene nada que ver con la realidad o no de la «hipótesis-Dios», puesto que se trata de un producto de la imaginación de los teólogos. Sucede también con el argumento que, siendo dado que los seres han sido creados libres, su creador les deja obrar en libertad contentándose con llamar al orden por advertencias particulares o generales, de los que no hace ningún caso. Todos esos argumentos pecan por la base, yo lo reitero, puesto que ellos imaginan la divinidad provista de sentidos y de sentimientos humanos, que esta divinidad se lamenta por los males de sus propias criaturas hasta el punto de hacerse crucificar a fin de redimirlos, o que, por el contenido, sarcástico o irónico se contenta de su dolor y les inflige eternos tormentos.

Desde cualquier ángulo que se examine la «hipótesis-Dios», nos damos cuenta de que, moralmente hablando, los poderes que le atribuyen son amplificados, los que posee el ser humano, o los que ambiciona poseer, sin olvidar que esta hipótesis, fácil, cómoda, ha sido explotada bajo todas las formas dominadoras de toda envergadura, desde el brujo, el mago, el jefe de la Iglesia o el conductor de Pueblos (o sus agentes).

Por E. ARMAND

Dios, una

hipótesis

(Trad. F. FERRER)

Dios « Gran Relojero », « Gran Arquitecto del Universo », — « Inteligencia Suprema — «Célula Inicial» — «Dictador, Regulador o Legislador Cósmico» — Supremo Físico, Químico o Mecánico del Mundo, incluso «vertebrado gaseoso» — tantas y tantas ideas emanando, como el resto, del pensamiento humano, de la imaginación humana. Yo recuerdo a tal archi-libre-pensador, enunciando, con tono teatral que «la ciencia había tomado a Dios por el cuello gritándole: « ¡Tú no existes! » Como manifestación de antropomorfismo, era un éxito tanto como un absurdo.

Desde hace mucho tiempo, los teólogos y los filósofos deistas se han dado cuenta de la noción popular de la idea de la divinidad o del grosero antropomorfismo de la representación que dan los libros religiosos, empezando, en lo que se refiere a Occidente, por los primeros capítulos de la Biblia. Es así que en «La Moral y las Morales» (P. 47), en el capítulo del «Problema del conocimiento», M. S. illet, profesor en la Facultad Católica de París, describe a Dios como a «un ser que no tiene necesidad de recibir el impulso creador, sino que el Acto puro, el Ser mismo, y por ende, necesariamente creador de todas las cosas». «Tal es — prosigue M. S. illet — el Ser que nosotros llamamos Dios, síntesis viva de todo lo que es, cuyo pensamiento creador se halla análogicamente en todos los seres, incluso amasados de materia, y los hace inteligibles en potencia en espera de que nuestra inteligencia, por la intuición abstractiva que le es propia, les despoje de su materia y los haga inteligibles en acto.»

No importa qué persona de buena fe reconocerá que esta concepción del «Ser que nosotros llamamos Dios» no cede en nada, cuanto al antropomorfismo, a las otras representaciones de esta hipótesis. De lo que se deduce que, puesto que todos los seres no son inteligibles en potencia y en acto más que gracias a la capacidad de abstracción cerebral humana. El Ser de los Seres» no escapa a esa facultad abstractiva y no existe más que por ella pues permanece siendo una abstracción, es decir, una «operación del espíritu» (Petit Larousse Illustré). Por otra parte, si existen animales (éstos forman parte de «todos los seres»), capaces de inteligencia y de abstracción, su com-

prensión de los seres y de Dios — si en ello piensan — es tan valedera como la del hombre. Es así que si las termitas o las ballenas se representan a Dios bajo la forma de un super-Termita o de una super-Ballena, su hipótesis tiene tanto valor como la de los creyentes, representándose a Dios como un super-Hombre. Y si, en cualquier otro mundo habitado existen a causa de su constitución físico-psíquica, seres dotados de una forma de sentir y de abstraer muy diferente a la nuestra, su comprensión de Dios (si el tema les interesa) vale tanto como la que puedan manifestar los creyentes terrestres. Dicho en pocas palabras, la comprensión de Dios siendo relativa a la inteligencia de quien la concibe, llegamos a la conclusión de que, fuera de esa inteligencia, no hay existencia alguna.

Están los místicos, quienes pretenden o afirman sentir a Dios en la obra «en ellos mismos». Esos ni discuten ni razonan su fe y obtienen, — inaccesibles a la duda — una gran fuerza moral de su «revelación interior», permanece siendo indiferentes a todas las argucias de los teólogos, filósofos o casistas de toda ralea.

Se trata ahí de un fenómeno de autosugestión nacida ya sea de una imaginación apasionada, de un temperamento incontrolado, o de una extrema emotividad como acontece para los estáticos. Su caso es análogo al de esas gentes que, sin creer en una divinidad cualquiera, se dejan arrullar, subyugar, transportar por ensueños ilusorios, fantasmagóricos. El empleo de estupefacientes produce parecidos «estados de alma». Unos y otros hallan en esos «estados», una quietud que va «más allá de toda inteligencia». ¿Pero, en qué sentido tales sensaciones íntimas, personales, exclusivas, que no van más allá de las facultades de imaginación de los que las sienten, pueden favorecer la realidad de la «hipótesis-Dios»? Esas sensaciones no favorecen la «hipótesis-Dios», como no la favorecen la existencia de visionarios y otros psicópatas, quienes, adentrándose más y más por la vía de la autosugestión halucinadora, afirman haber oído o visto a Dios.

Sea cual fuere el ángulo desde el cual se aborda la «hipótesis-Dios» se revela como un producto de la imaginación humana (terror, curiosidad, explicación de fenómenos in-

comprensibles, aspiración a una perfección a menudo mal concebida, persecución de un espejismo, hecho de sugestión, etc), una creación del funcionamiento cerebral. «Nadie ha visto a Dios», declara el evangelio de Juan, nadie tampoco ha demostrado su existencia.

Se me objetará que ¿cómo puedo yo explicar la existencia del Universo o de los Universos? Contestaré francamente. En el curso de mi prolongada carrera, no he hallado más que organismos que nacen, crecen, declinan y mueren. Y no sé de que lado volverme cuando se me habla de algo no creado, de Cosa sin principio ni fin. Mi comprensión no concibe cosas que mi imaginación no puede representarse. Si la ciencia no ha «cogido por el cuello» la «hipótesis-Dios», por la sencilla razón que no se puede batir con un fantasma, ella ha resuelto numerosos enigmas. Y la Ciencia, la verdadera, no la especulativa, descifrará aún muchos otros. El espíritu curioso que vive en mí espera pacientemente el resultado de cualquier investigación, como debe hacer un hijo de la Tierra, equilibrado y sin pretensiones. Y yo rehuyo oponer una hipótesis a otra hipótesis, aunque ella tuviera la simpatía de la masa o de una élite, incluso aunque me sonriera a mi gusto por la fantasía.

Laplace no tenía necesidad de la «hipótesis-Dios» para explicar, como podía, en su tiempo y con los conocimientos que poseía, la creación del sistema solar. Personalmente hablando yo no tengo necesidad de preocuparme de ella para sentirme vivir, existir, desenvolverme intelectualmente, evolucionar físicamente, para constatar, reflexionar, meditar, obrar, reaccionar, amar y ¡ay!, sufrir. Yo no tengo necesidad para cumplir mi determinismo, de creer en la omnipotencia o en la intervención de ese producto del temor o de la ignorancia de nuestros antepasados mal informados. Yo no tengo necesidad de la hipótesis de un Dios omnipotente «síntesis de todo cuanto existe» o Gran Maestro es-moral, no solamente para amaestrar los residuos de los instintos que me recuerdan mi descendencia animal, más aún, para realizar una vida interior profunda que me capacita para resistir a las ilusiones procedentes del exterior o de mis propios yerros. Tampoco tengo necesidad de la «hipótesis-Dios» para perseverar en el camino que me parece el más adecuado para desarrollar hasta el máximo las pocas facultades de que yo pueda estar dotado, y hacer que se aproveche de ellas el excesivamente pequeño número de afinitarios cuyas ideas concuerdan con las mías. Yo no he basado mi causa más que sobre mí mismo.

Ideas sobre educación

VI

La educación humanista va extendiéndose simultáneamente con Italia, por todo Europa, aunque tomando en cada pueblo diferentes características y marchando a paso dispar, pero siempre basada en los nuevos métodos que dieron un nuevo aliciente a la vida y a las relaciones humanas. El norte europeo, a pesar de que el movimiento humanista allí era un engendro de la corriente cultural italiana, carece de la exuberancia de vida que aquella llevó a las grandes aglomeraciones urbanas que produjeron hombres con el acerado temple y propósito de no cejar nunca en la investigación de la naturaleza y de la humanidad, y carece también del espíritu de individualidad que caracteriza todos los rasgos de la vida italiana de los siglos catorce y quince.

Parece como si este movimiento, en su propio país, se considerara extranjero. Compuesto de grupos de artistas y hombres de letras en su mayoría, trataba de inspirarse en contactos e ideas que le llegaban de allende los Alpes en vez de la atmósfera del ambiente que le rodeaba. No obstante, la influencia que estos hombres o grupos ejercían en todas las esferas de la actividad humana, como por ejemplo, en la religión, educación y en la marcha de la vida ordinaria, era considerable. Se puede decir que si antes de esto existía un deseo de renovación en los métodos de vida el renacimiento, aunque con unos comienzos tan inseguros como acabamos de apuntar, vino a reanimar esta corriente y a liberar las energías que al final habían de dar vida a las importantes instituciones de artes, letras, educación, etc.

Es precisamente en el terreno de la educación donde primero notamos este cambio de actitud, con el desarrollo de la clase comerciante en las grandes urbes, cuya influencia lleva el dominio en las escuelas de las manos del clero a las de los seglares; pero aunque este cambio de la dirección de la educación de unas a otras manos se considerase importantísimo porque al fin y al cabo se vencía un gran obstáculo en esta lucha por las libertades individuales, el cambio en los métodos de educación no habían de sufrir cambios considerables hasta bien avanzado el siglo quince.

El Renacimiento encuentra suelo apropiado en los Países Bajos, donde las grandes ciudades de Holanda y Flandes, gobernadas por ciudadanos que deben sus riquezas a la industria y al comercio, reflejan más que en ninguna otra parte del norte europeo, las características de las ciudades italianas y por este hecho se hallaban preparadas para recibir las corrientes culturales que animaban a las primeras y asimilar las nuevas ideas, por lo que sus progresos en el desenvolvimiento de la educación fueron considerables.

Entre los Países Bajos y sus países vecinos existían

marcadas diferencias sociales y culturales debido en gran parte en que en los primeros, desde el siglo trece las ciudades tenían bajo su control el funcionamiento de las escuelas y por esta razón cuando el siglo quince empezó a marchar con el renacimiento y hacerse sentir en la vida intelectual de los pueblos, las escuelas de los Países Bajos fueron las primeras en el norte de Europa en hacer suyas las nuevas ideas de educación.

Otras de las fuerzas que prepararon el terreno para este cambio en educación fué la aparición de un sistema de escuelas bajo los auspicios de una orden religiosa llamada los Hermanos de la Vida Común, la cual aunque una organización religiosa se diferenciaba de otras órdenes de monjes en que su ingreso en ella era voluntario y sin estar sujetos sus miembros a juramento alguno. Su fundador se llamaba Geert Groot de Deventer (Holanda) allá por el 1376 y su objetivo, la devoción a las obras de caridad. Aunque Geert Groot era un hombre de cierta cultura, sus intenciones no fueron las de que la hermandad se dedicara a los trabajos de educación; sólo al darse cuenta de que sus alumnos al asistir a las escuelas de la ciudad se hallaban expuestos a los peligros de otras corrientes morales, fué cuando empezaron la formación de residencias para estudiantes y de aquí pasaron a hacerse cargo de la dirección de las escuelas mismas. En el curso de poco más de un siglo llegaron a controlar gran parte de las escuelas de segunda enseñanza de los Países Bajos y del Occidente de Alemania.

No cabe duda de que empujados hacia una posición que ellos no se propusieron al principio, los componentes de esta hermandad realizaron una labor poderosa al introducir en los programas escolares las humanidades, dando así un gran paso en el nuevo sistema de organización escolar, y esto cuando a su vez la comunidad no tenía mayor interés en los estudios humanitarios, pues como hemos dicho antes, su interés principal radicaba en la prédica de la moral y de la religión. Ahora si tenemos en cuenta las características orgánicas de la comunidad podemos comprender, cómo sus maestros, que no todos pertenecían a la misma, dieron admisión en sus programas de estudios a disciplinas que sólo se hallaban en prácticas en las mejores escuelas italianas.

Otro de los factores que caracterizaba estas escuelas era la unidad de organización y método que reinaba entre ellas, diferentes a las escuelas italianas donde cada una de ellas era una unidad en sí, con su autoridad y su ley, tan independiente de las demás como el gobierno de la ciudad en que radicaba era del de otra ciudad cualquiera; hecho debido tal vez al gobierno autocrático de las ciudades italianas y al gobierno democrático de los burgos del norte europeo que con el tiempo vendrían a revolucionar no sólo la enseñanza, sino también las instituciones políticas y religiosas.

El desarrollo de las escuelas en este sentido no era sin embargo patrimonio de un grupo o de una sola personalidad, sino más bien de la fuerza de las comunidades en que florecieron

Sin embargo, hay que reconocer la obra y esfuerzos que realizaron algunos hombres tales como Alexander Hegius, el genial maestro que fué rector de la escuela de Deventer desde 1465 al 1498. Hegius no llegó a familiarizarse con los estudios humanistas hasta ya llegado a los cuarenta cuando encontró a su amigo Rudolph Agricola, que fué uno de los primeros humanistas que llevaron la enseñanza de Italia hacia el norte, pero una vez compenetrado con la nueva corriente, se aplicó con toda su inteligencia a humanizar los estudios de la escuela, dando lugar preponderante al estudio del griego. «A los griegos — decía — les debemos todo». Y como organizador su fama también es más que merecida.

Uno de los hombres que pertenecieron a la escuela de Deventer mientras Hegius se mantenía aún en gran reputación y que expuso con gran claridad las bases del humanismo aplicadas a la pedagogía fué Desiderio Erasmo o Erasmo de Rotterdam (1466-1536) como se le conoce en nuestra lengua. Erasmo era considerado como uno de los hombres de letras más famosos y de los mejores teóricos sobre educación que tuvo el primer cuarto del siglo dieciséis. La parte tan considerable que tomó en la gran controversia que sostuvieron los dos bandos de la Iglesia anterior y durante la Reforma, contribuyó grandemente a que sus trabajos sobre materia de educación quedaran un tanto en las tinieblas, no obstante su obra influyó poderosamente a la corriente que destruyó los arraigados prejuicios de la época y abrió amplio cauce en la opinión hacia las nuevas doctrinas.

Erasmo nació en Rotterdam en 1466, hijo ilegítimo de un cura y de la hija de un médico. Asistió a la escuela en Gouda y a la edad de nueve años fué enviado a la escuela de Deventer, donde según nos dice él mismo su mayor ocupación era aprender versos latinos de memoria. Al parecer también adquirió allí los primeros rudimentos de griego que más tarde en su vida perfeccionaría. Contra su propia voluntad se ordenó como sacerdote en 1492, pero pudo escapar a la práctica del oficio al ser nombrado secretario del obispo de Cambrai, con cuya ayuda económica pudo ir a la universidad de París a ampliar los estudios sobre los clásicos y sobre teología. Desgraciadamente el colegio a que fué destinado era uno de aquéllos que más dedicado estaba a la enseñanza escolástica, lo cual contribuyó a que el desprecio que sentía por los viejos métodos de estudio aumentara en grado superlativo. En 1499 fué invitado a visitar Inglaterra por su amigo y protector Lord Mountjoy y en esta primera breve estancia en Gran Bretaña entabló relaciones con los humanistas ingleses Linacre, Colet, Sir Thomas Moore, etc., la cual duró mientras vivió. Los seis años siguientes los pasó casi todos en París, y en el año 1506 consiguió realizar o ver realizado el gran sueño de ir a Italia, donde pudo completar los estudios del griego. Cuando Enrique VIII subió al trono de Inglaterra Erasmo volvió a Inglaterra con la esperanza puesta en que el joven monarca cumpliera las promesas de su juventud y llegara a ser un gran protector de las artes.

En los cuatro años que permaneció en el país en ese periodo ayudó a Colet a la reorganización de la escuela de St. Pablo como un centro humanista, y en la universidad de Cambridge enseñó griego y divinidades. Después de unos años de viajar de un sitio para otro se estableció en Lovaina donde se dedicó a fondo en el establecimiento de un colegio trilingüe anexo a la universidad, pero al estallar las pasiones con el empuje sectario que llevó a la Reforma, le fué imposible permanecer en esta ciudad teniendo que marchar a Suiza, donde pasó la mayor parte del resto de sus días sumido en la calamidad de la constante controversia, ya que como hombre de tendencias más moderadas tenía que chocar con las de ambos bandos.

A pesar de una salud no muy robusta y de una época de constante inestabilidad social, Erasmo produjo un gran número de obras que abarcaban una ininidad de temas de primera importancia. «El elogio de la locura», aunque no está dedicada exclusivamente a la educación, contiene un valioso material que contribuye al avance de las ideas pedagógicas. Esta obra iba dirigida a todas las vanidades y debilidades del género humano, ambiciones, falsos deberes tanto religiosos como sociales, egoismos, etc., sin que esta sátira formidable no azote por igual a príncipes, grandes tanto seglares como religiosos a la sociedad entera. En el ataque a los viejos sistemas vapulea a todos y a todo: métodos, maestros, edificios, en fin al conjunto de seres y cosas que hacen la vida miserable e insoportable a los que habían de aprovecharse de la educación. «Una raza de hombres de las más tristes», dice refiriéndose a los maestros, «que envejece en la penuria y suciedad de las escuelas. ¿He dicho escuelas? Prisiones y calabozos debería haber dicho» entre sus muchachos ensordecidos por el ruido, envenenados por la fétida atmósfera, pero, que gracias a su locura, completamente satisfechos en tanto que les sea posible chillar y gritar a sus aterrorizados alumnos, golpearlos y azotarlos y así dar riendas sueltas a sus crueles predisposiciones».

Erasmo consideraba que la función de la educación debería ser «primera preparar al niño para que su joven inteligencia pudiera absorber la base de la piedad, segundo, para que aprendiera a amar los estudios liberales con intensidad, tercero para que pudiera aprender los deberes que impone la vida diaria y cuarto para que desde los más tiernos años de su vida pudiera habituarse a la manera gentil de conducirse hacia los demás.»

En su libro «La educación liberal de los niños», Erasmo sienta premisas hoy universalmente aceptadas. «Primero no apresurarse, pues los conocimientos se adquieren fácilmente cuando se ha llegado a la propia edad para ello; segundo evitar cualquier dificultad que pueda darse de lado sin peligro, o al menos aplazarla para cuando llegue la oportunidad; tercero, cuando no haya más remedio que afrontar la dificultad de que hablamos, hacer que el niño la afronte gradualmente y con el máximo interés que pueda despertarse en él.» Consideraba que el material de enseñanza debería agruparse de manera que el niño pudiera ir salvando las dificultades que se le presentaran sin darse cuenta de ello, a su manera y no por un rígido método impuesto sin respeto al estado y capacidad de los alumnos. Sus teorías aceptaban la evaluación de la razón aristotélica como guía poderosa de la naturaleza humana. El fin de la educación es ayudar al ser humano a gozar profundamente la

vida; pero como tanto la naturaleza y la capacidad del ser humano varían de una persona a otra, la educación no puede obtener éxito si es aplicada en conjunto sin tener en cuenta las características de cada individuo.

Si bien podemos considerar que Erasmo (como otros genios antes que él y después que él), por su concepciones en muchos sentidos se hallaba más avanzado de lo que lo estaba su época, hemos de tener presente que él no se proponía sentar nuevas bases ni métodos, sino que no hacía otra cosa que poner de relieve una vez más las ideas de los grandes maestros. Al mezclar estas ideas con la filosofía del humanismo llegó a la consideración de las necesidades y características del alumno como individuo, de aquí que no pudiera aceptar como humana o fructífera la vida cruel y sin aliciente del sistema escolar que él mismo había tenido que soportar cuando niño y que aún reinaba muy a sus anchas en las escuelas del siglo dieciséis. «Hagamos todo lo posible para que la vara que usemos en la escuela sea la del ejemplo y la de la crítica a la cual el hombre libre debe obedecer; que nuestra disciplina esté basada en la bondad y no en la venganza. La vara no debe usarse más que en casos extremos y solo después de haber agotado toda paciencia y esfuerzo del maestro, y si se hallara que el alumno ni tiene cualidades ni interés para los estudios, no debe forzarse para que continúe en ellos.»

Los sostenedores del sistema establecido no prestaron interés alguno a las ideas de Erasmo y tanto tutores como maestros, mal preparados y peor educados, se aferraron a su «modus vivendi» e hicieron caso omiso a la llamada de sus conciencias si éstas despertaron alguna vez. Esta actitud hubo de reconocerla el mismo Erasmo y este obstáculo al progreso de la educación le llevó a la convicción de que la educación debería ser incumbencia pública. Desde luego esta idea no era nada nueva, pero para su época resultaba ser ultraavanzada. Erasmo creía que la educación era tan importante para la nación como la propia defensa militar, cosa no aceptada aun en su propio país; aunque desde luego él no aspiraba a cambios bruscos y esperaba que el Estado, la Iglesia y las instituciones libres, mancomunando sus esfuerzos cubrieran esta necesidad.

En uno de sus libros Erasmo hace remarcar que la enseñanza debe empezar a una tierna edad, preferible antes de los siete años, no sólo para inculcar en el niño la costumbre y el hábito en los estudios, sino en una palabra, para no darle la oportunidad de imitar malos ejemplos. En este sentido dice que más bien arriesgaría la salud del niño que la educación de éste; pero él no se harta nunca de repetir que la presión en la forma estricta de disciplina es detestable. Tales métodos, dice, son la antítesis de una educación liberal y en todo momento debe de existir extrema consideración hacia las habilidades e intereses de los alumnos.

En Inglaterra

El Renacimiento en Inglaterra penetra a marcha lenta y por lo que respecta a las escuelas puede comprobarse que éstas van cambiando o adoptando los nuevos métodos despacio, sin cambios bruscos, empleando un largo periodo para ello, hasta que llegan a hacer suyas muchas de las ideas humanistas. Pero hay quien insiste en que en Inglaterra no hubo Renacimiento, sino más bien un cambio de actitud en métodos y disciplinas. «La

verdadera virtud de lo que se conoce como Renacimiento, está mejor expresada por la palabra Humanismo. No es la introducción del griego o la imitación de Cicerón, la preferencia por los estudios de la gramática sobre la dialéctica, o por los detalles de filología en vez de las delicadezas de la lógica, lo que constituye el Renacimiento. Se trata de la sustitución de la divinidad por el Humanismo, de este mundo por el próximo como una forma de vida y por tanto de educación, lo que diferencia a los humanistas de sus predecesores. Durante mil años la atención del mundo educado había sido concentrada en su estado final o en lo que se temía seguiría a éste. El objeto de la cultura no había sido la vida sino la muerte, es decir, no la forma de prepararse para la vida sino para la muerte, éste era el solo objeto de la educación. El progreso humanista consistía en la adopción del dogma: «El estudio más noble del género humano, es el hombre», nos dice un autor contemporáneo.

Sea como fuere, y a pesar de un tono menos vívido que en otros pueblos de la corriente renacentista, Inglaterra poseía un grupo de humanistas que podía compararse con grandes ventajas a los demás humanistas del mundo, entre ellos se contaban John Colet, Thomas Moore, Elyot, etc., quienes no sólo resplandecían con luz propia, sino que alumbraron a tan grandes hombres como Erasmo, Vives y muchos otros. Erasmo, escribiendo de sus contactos con algunos de ellos dice: «El aire de Inglaterra es suave y delicioso. Los hombres son sensatos e inteligentes. Muchos de ellos son sabios sin ser superficiales. Conocen sus clásicos, y tan profundamente que yo he perdido poco con no ir a Italia. Cuando Colet habla es lo mismo que si estuviera escuchando a Platón. Linacre es un pensador tan profundo y agudo como yo no he encontrado nunca. Grocyn es una mina de conocimientos y la naturaleza no ha formado nunca una disposición más graciosa y feliz que la de Thomas Moore.

John Colet era Dean de San Pablo, un hombre rico, y aunque no estuviese versado en griego su amistad con Erasmo y con los hombres del movimiento humanista, muestra que sentía gran amor por la corriente de ideas que estos hombres sustentaban. En 1509 fundó la Escuela de San Pablo según los métodos típicos de una escuela del Renacimiento. Para ello puso toda su fortuna en una compañía de depósito (Mercer's Company) que fundó a este fin y redactó estatutos de organización y administración sin que se le escapara el más nimio detalle. En esta época se hallaba Erasmo en Inglaterra en una de sus visitas y dadas sus íntimas relaciones con Colet no tiene nada de extraño que contribuyera a los planes de la escuela en lo que se refiere a métodos y libros de texto.

Sir Thomas Elyot

Sir Thomas Elyot (1490-1546) escribió sobre educación a pesar de que ni era cura ni profesor, admitiendo siempre la deuda que en este respecto debía a Erasmo y a Moore. Elyot se casó con Margaret Barrow, un alumno de la escuela de Moore, quien seguramente contribuyó a la formación de sus ideas sobre educación. Su obra principal, «The governour», aunque se basa en la educación y crianza de nobles y príncipes, su contenido, no cabe duda, aplica en general al conjunto de la sociedad. El libro parece reflejar el ambiente de la época

pueda hacer uso de las palabras que encajan debidamente en el asunto que trata, seguramente dará una interpretación falsa de lo que explica.»

Referente al uso de la literatura vernácula en las escuelas, la actitud de Vives difiere mucho de la de Erasmo sobre este particular, pues éste no creía más que en el estudio de las lenguas clásicas, única manera de poder llegar a un medio de comunicación universal. En lo que respecta a los progresos que la educación podría realizar por el contacto con los hechos de la vida diaria, Vives fué único entre sus contemporáneos al darle a este asunto la importancia que merecía. «El estudiante — dice — no debe avergonzarse de entrar en los

talleres y fábricas a hacer preguntas a los artesanos para conocer los detalles de sus trabajos. Antes los hombres cultos desdeñaban el inquirir sobre estas cosas, que son de tan vital importancia para aprender y recordar. Esta ignorancia se desarrolló hasta nuestros días, de forma que hoy sabemos más de los tiempos de Cicerón y de Plinio que de los tiempos de nuestros abuelos.»

De esta manera Vives se aleja un tanto de los humanistas, marcando la pauta a aquéllos que desde entonces han recogido el material de educación, no de las explicaciones teóricas de las aulas, sino de la viva experiencia de los hechos reales.

JUAN RUIZ

POETAS DE AYER Y DE HOY

INVIERNO

Es invierno. El sol de enero
traza su curva pequeña...
que se alzaré poco a poco
y nos traerá la Primavera.

La banda municipal
se instalará en la glorieta.
Mientras... el viejo murió
— el día de Nochebuena,
aquel viejo que soñaba
doradas lejanas fiestas —
Los soldados serán otros,
serán otras las niñas,

y serán otras las flores
de parterres y macetas...
Allá, el reloj, inmutable,
con dos campanadas suena.

J. ELBAILE

THOREAU

Y

HUDSON

CASO por demás curioso es que los dos grandes naturalistas libertarios de América fueran de origen neo-inglés. Thoreau nació en Concord, la Atenas de América. Los padres de Hudson eran de cerca de este último lugar y emigraron al «verde mar del mundo» (las Pampas) por razones de salud.

El doctor Fernando Pozo, «profeta de Hudson en el Nuevo Mundo», fué quien redescubrió a Hudson, difundiendo sus escritos y localizando en 1929 la estancia llamada «Los veinticinco ombúes», cerca del arroyo Conchitas, a dos leguas del Río de la Plata y en el partido de Quilmes, lugar de nacimiento del gran naturalista pampeano. Fácilmente podemos figurarnos la atracción que en 1844 tendría para los indómitos gauchos el panorama de aquella colección de ombúes, pues aunque...

*No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de una loma
que se alcanza a divisar,
el ombú solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta
que a las nubes se levanta
como el faro de aquel mar.*

cual poetiza el gran bardo nativista argentino Luis L. Domínguez.

Aunque de más larga existencia que Thoreau (1817-1862) fué mucho más corta la vida de Hudson (1844-1922) en vibración naturalista. A los 33 años emigró al inhóspito Londres, mientras que Thoreau permaneció siendo raíz y carne del suelo donde nació y murió. Enfocándolo ante el nuevo análisis de J. Mafud en «El desarraigo Argentino», Hudson aparece como un desarraigado, habiendo trocado la selva de ladrillos y ce-

En el centenario del nacimiento de Thoreau, celebrado en Londres en 1917, proclamó W. H. Hudson en un mitin público: «Cuando venga el bicentenario será comprendido como una gran personalidad en la vanguardia de los poetas.» — (Citado por W. Harding en «Thoreau Handbook».)

Cuando oigo a personas que dicen que no han encontrado el mundo y la vida tan gratos e interesantes como para amarlos, o que miran tranquilamente su próximo fin, creo que nunca vivieron de verdad. De mí puedo decir que el embeleso que la naturaleza me produjo no se disipó jamás. Esa felicidad no me abandonó nunca, y en las peores épocas de mi vida en Londres, encerrado, enfermo, pobre, sin amigos, siempre pude sentir que, a pesar de todo, era infinitamente mejor ser que no ser. — Hudson. (Citado por Luis Franco en «Hudson a caballo».)

mento londinense por la ilimitada belleza y libertad de la Pampa grandiosa. «Lo curioso y que no deja de llamarnos la atención — asevera Lucilo Ortiz — es que se dirigiera a un país donde la industrialización cobraba día a día mayor importancia y ganaba todos los ámbitos de la vida civilizada.»

Hudson, a la edad que dicen murió Cristo, pecó de ingenuidad creyendo hallar en Inglaterra un refugio contra la invasión pampeana, contra el fraccionador alambrado y el grito de Sarmiento: «¡Cerquen, no sean bárbaros!», al gauchaje refractario. Aun hoy, mañana y siempre existen y existirán visiones campestres sudamericanas y, vale decir, rioplatenses, donde el más humilde naturalista de libre idiosincrasia, vibre ante el cosmorama natural a la manera reclusiana. Hudson padecía de italofofia contra la emigración peninsular rotulada por él «destructora de pájaros». Ido ya Hudson, aún siguen con sus trinos los horneros, teruteros, ratoneras, cachilitas, chingolis, benteveos, tordos, pinchos, churrinches, calandrias, cardenales, torcacitas, picaflones, zorzalls, jilgueros, tijeretas, siete colores, carpinteros, gorrones y demás avifauna rioplatense, todos esos pájaros nuestros poemizados por Juan Burghi. No sólo los italianos, sino todos los seres no importa de qué «nación» sean, insensibles, destruyen o encarcelan a los pájaros. El mismo Hudson los cazaba de chico. Mas el hombre inteligente, rechazando el crimen pasado, comprende y entona:

*el «Mea Culpa» de los actos cruentos...
por el pájaro muerto, por el pájaro herido,
por el que hemos privado del amor de su nido.*

Es más que posible que Hudson sintiera la «morriña» gallega, enfermedad viajera que padecen hasta los hijos de los galaicos y que, luego en la «madre patria» (?)

volviera a sentir por el bien perdido (en este caso la región pampeana), la «saudade» lusitana. Hudson ya no pudo hacerlo, era ya tarde. «Indudablemente — nos dice Graham —, Hudson sufrió de saudades toda su vida... Su espíritu siempre estaba en los pasados días de su juventud, transcurridos en las llanuras argentinas.»

Thoreau no llegó a vivir un mes en Nueva York y eso a la temprana edad de los veinte, adonde recién salido del colegio lo impulsó la miseria económica. Intuyó en seguida aquello que Hernández pone en boca de su Martín Fierro.

¿Dónde trá el güey que no are?

y escribió que el hombre que no encuentre toda la felicidad en el lugar donde nace, difícilmente la hallará en otras partes. Nos referimos a la felicidad como alegría del vivir.

Comentaristas y biógrafos rioplatenses e ingleses de Hudson parecen haber pasado por alto que la obra escrita de este pensador es de pura «saudade» o añoranza hacia su lugar de nacimiento. Su obra cumbre, «Allá lejos y hace tiempo» es la autobiografía de su infancia escrita siendo un anciano. «El naturalista en el Plata», «Días de ocio en la Patagonia», y «Pájaros del Plata», son reminiscencias del pasado, basadas en apuntes o reflexiones del mismo. Cuatro libros hermosos y dignos de ser leídos, como así sus cuentos encabezados por «El Ombú». Asevera cuanto vamos diciendo el desconocimiento de Hudson por los naturalistas — excepto el clásico Azara —, rioplatenses de la talla de un Marcos Sastre, al que nunca menciona, autor de la gran obra «El temple argentino», por demás hermosa descripción reclusiana del Delta. En todos sus otros libros sobre naturalismo inglés, Hudson abunda en párrafos y hasta en páginas sobre estas latitudes y en «La tierra purpúrea» dedicada a la Banda Oriental, novela filosófica, desde la vetusta Inglaterra tiende a destacar y ensalzar la vida de aquí en comparación con la de allá. Vese que Hudson es un exilado y en la prisión de su exilio produce sus obras liberadoras. En esos cuatro libros hudsonianos está el sedimento libertario de la filosofía primitivista, que considera el naturalismo a-civilizado el «medium» propicio para el desarrollo de la libertad. Sus rudimentos están al alcance de cualquier párvulo: carecía la pampa precolonial de fronteras, de amos de esclavos, de dinero de iglesias, de propietario y el pampa o el ranquel en cualquier lugar podía, como el hornero, levantar su nido, sin temor al desalojo.

Desde luego, esos cuatro libros escritos en un idioma ajeno al medio — el inglés — no pueden compararse en raigambre a las cuatro primeras producciones de Thoreau, escritas en idioma local — el inglés, en este caso. — Tanto el clásico universal «Walden», como las excursiones «Una semana», «Cabo Cod» y «Los bosques del Maine» surgen poderosos y arraigados como cedros itálicos y ombúes pampeanos.

Omitiendo lo que aquí decimos, el notable escritor argentino, Ezequiel Martínez Estrada, conocido autor de «El cuadrante del pampero» y «Radiografía de la Pampa» tiende a ensalzar, tanto en su hermosa biografía «El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson» como en su prefacio a «El naturalista en el Plata», el primitivismo hudsoniano acentuándolo frente al naturalismo thoroviano. «En este filósofo de los bosques — escribe Estrada — hay todavía patentes resabios de la vida urbana — es un prófugo — aun cuando reacciona contra ella; hay el gusto del hogar, de la cabaña en Walden, del seto de habas que cultiva, de su mobiliario rudimental. Hudson no necesitó ni eso. Quince años vivió a lomo de caballo, ambulando de rancho en rancho, sólo con su cabalgadura bajo el sol y la lluvia, con sus alforjas de linyera, atestadas de plumas, cueros y libretas de apuntes». Todo esto, desde luego, suena a hueca, cuando se piensa que Hudson se retirara a «cuarteles de invierno» en la plenitud de su juventud, yendo a parar a miles de kilómetros de sus vagabundeos. Por su parte, Thoreau nada tenía de misántropo o ermitaño, aunque entendiéndose que en el naturalismo reflexivo radica el bien preciado de la libertad. Si uno de sus libros se titula «Pájaros de nueva Inglaterra», otro lo es «Hombres de Concord». En Thoreau nada hay de novelado, no escribe para pasar el tiempo, sino para bien vivir ese tiempo. Todas sus vividas líneas tienen fuerte sabor autobiográfico. La diferencia con el naturalista sureño (mejor fuera calificarlo de oriental por su larga permanencia en Inglaterra) radica en su entronque y arraigo en el lugar donde vió la luz primera y en su fidelidad a los parajes de siempre hasta el último suspiro.

Amemos a la naturaleza y al ser humano, producto de ella. En uno solo de sus libros, «La vida de un pastor», denuncia por boca de un protagonista a la esclavitud del agro, silenciándose luego Hudson sobre los padecimientos del hombre. Su esteticismo naturalista es más contemplativo que militante. Thoreau no es sólo el denunciador de la tiranía del Estado en «Desobediencia civil», sino que es el valiente defensor de los fueros humanos en «Defensa de J. Brown», «Los últimos días de J. Brown» y «Después de la muerte de J. Brown», toda fresca la rebelde hazaña de Brown en Harper's Ferry en pro de la liberación de los negros.

El liberalismo ha tenido en Thoreau la acentuación del aspecto naturalista, pues toda su obra se basa en ello; mientras que otros pensadores le dedicaron un solo libro, cual ejemplariza Kropotkin en «El apoyo mutuo», o lo incluyeron en sus estudios geográficos, como es el caso de E. Reclus. Si Nettlau se dedicó al historicismo, Thoreau lo hizo «hasta el caracú» en el naturalismo. También en menor parte, pero con singular belleza el quilmeño Hudson aportó su grano de arena.

W. MUNOZ

Principios elementales de socialismo auténtico

1º. — El hombre, para vivir en sociedad y participar de sus beneficios, debe, si es apto, trabajar.

2º. — El trabajo debe ser útil; jamás ha de consistir ni en la usura, ni en la especulación, ni en el monopolio, sino en la producción de objetos adecuados a la satisfacción de las necesidades reales propias y ajenas.

3º. — Para trabajar son necesarios los medios de producción: la tierra, máquinas y talleres, y las materias. Por tanto todas estas cosas deben ser comunes y estar a disposición de cada uno.

4º. — El trabajo no debe ser una fatiga puramente manual y mecánica, sino manual e intelectual al mismo tiempo, y proporcional a las fuerzas del hombre. Toda distinción de clase debe desaparecer. Médicos, ingenieros, técnicos, especialistas, secretarios, albañiles, etc., no han de gozar ni de mayor retribución, ni superioridad, ni preferencia social alguna.

5º. — El trabajo se hará, generalmente en asociación. Estando los instrumentos de trabajo en posesión de las diferentes asociaciones, vienen así a quedar a disposición de todos los trabajadores.

6º. — Las condiciones de trabajo serán discutidas y establecidas en cada asociación, federada como estará con las de otra localidad, con las que consultará y convendrán amistosamente lo que convenga al bien general.

7º. — El cambio de los productos se hará directamente entre las asociaciones, sin intermediarios, monopolios ni especulaciones. No será necesaria la moneda como medio de acumular riquezas.

8º. — No debe existir clase gobernante. Nadie, que pueda disponer de la libertad, de los bienes ni de las personas. Las asociaciones, del mismo modo que se pondrán de acuerdo sobre intercambios y otros asuntos, podrán establecer modos prácticos para resolver las diferencias sociales y prevenir los delitos.

9º. — La independencia, dentro del respeto, del individuo, no hará diferencia de sexo ni de posición. Los menores dependerán, naturalmente, por vínculos de afecto, de aquellas personas que disfruten de él, en cuyo primer lugar se encuentran los padres.

Pronto, la colección de «Cénit»
en cinco tomos.

Más de 700 firmas de
diferentes naciones y de todas
las razas.